EXCMO. AYUNTAMIENTO
ALCOY

7-23

BIOGRAFÍA

DEL SIERVO DE DIOS

Casimiro Barello Morello

R-5423

1933
Imprenta de Agustín Armiñana
J. Costa, 58.-ALCOY

BIOGRAFIA

DEL PENITENTE

Casimiro Barello Morello

que falleció el 9 de marzo de 1884
en Alcoy (Alicante) en olor de santidad

Por un agradecido devoto del
siervo de Dios.

1933
Imprenta de Agustín Armiñana
Joaquín Costa, 58

Este libro ha sido donado a la Biblioteca del Despacho de Sres. Concejales de este Excmo. Ayuntamiento por

D. Rafael Poloma

siendo recibido y registrado en la misma por

Arzobispado de Valencia

ALBERTO E. GARCIA RODRIGUEZ

Imprímase

Tomo número 273

Valencia 8 de junio de 1933

Fecha de Clasificación

Miguel Payá Alonso

Alcoy 28 de junio de 1975

Vic. Gral.

921

BAR

El editor se reserva todos los derechos de reimpresión

EL SIERVO DE DIOS

Casimiro Barello Morello

Nota bibliográfica

Las fuentes principales de donde se han tomado los datos y noticias de esta biografía, son las siguientes:

Apuntes para la historia del peregrino piamontés Casimiro Barello, por D. Miguel Vilaplana, Pbro.

Casimiro Barello, penitente piamontés por S. P.

Vitta del pellegrino Casimiro Barello, por J. Semino, Pbro.

Verderera historia del célebre penitente itialiano Casimiro Barello, por D. José Plá, Arcipreste de Jativa.

Memoria sulla vita del pellegrino Casimiro Barello, por J. Buzio Arcipreste de Cavagnolo (Turin).

Oración fúnebre de Casimiro Barello, por el Reverendo P. Juan M.ª Solá S. J. en el XXV aniversario de su muerte.

Varias cartas de respetables señores.

AL LECTOR.

Una recopilación de lo que se ha escrito de nuestro querido Casimiro, ya en folletos, ya en cartas, por personas que trataron con intimidad y estudiaron con interés el espíritu del siervo de Dios, entre ellos su director espiritual. es lo que se ofrece al piadoso lector en esta biografía.

Publicado gran parte de ello en la «Hoja Parroquial» de esta Ciudad, y edificados los lectores de la misma de la vida extraordinaria de Casimiro, desearon muchos de ellos ver reunido todo lo publicado del siervo de Dios, cuyos deseos creo ver cumplidos en esta biografía. Y el objeto que me propongo en esta publicación es el mismo que se propuso Casimiro con su vida penitente.

Interrogado Casimiro Barello sobre la vida extraordinaria que llevaba contestó: «Yo deseo que todos los hombres conozcan a Dios, le amen y le sirvan: si yo fuera un sabio me valdría de mi lengua, de mi sabiduría para conseguir mis deseos; pero como soy un ignorante, un rudo... no puedo valerme mas que de mi cuerpo, para que viendo los hombres cómo

adoro a Dios y le sirvo, le conozcan tambien, le amen y le sirvan».

Al igual que el peregrino piamontés, que todos los que lean esta biografía amen a Dios, enfervorizados con el ejemplo de su fidelísimo siervo Casimiro, con una vida que responda al nombre de cristianos, sirviendo a la vez de ejemplo a los demás, es el objeto de la misma, la que dedico a mi querida ciudad de Alcoy, trono de Jesús Sacramentado y altar de su Inmaculada Madre, perfumado por los milagrosos lirios del Carrascal. Ciudad defendida y protejida por los invictos mártires de Cristo San Jorge y San Mauro; cuna embalsamada por el aroma de las virtudes de los apostólicos y extáticos Onofre Jordá, Gregorio Ridaura, Antonio Buenaventura Guerau y de una pléyade de adoradores eucarísticos; sepulcro y relicario del enamorado de la Sagrada Eucaristía el penitente Casimiro Barello, cuya biografía, como hijo muy sumiso de la Santa Iglesia, someto a su juicio infalible deseando no se entiendan de otro modo, que conforme a las prescripciones del Sumo Pontífice Urbano VIII, los hechos extraordinarios referidos en esta biografía, y no dándoseles mayor fé, que la que tiene por fundamento la autoridad humana.

EL AUTOR

Alcoy 49.° aniversario de la muerte de Casimiro, 9 de marzo de 1933.

CAPITULO I

Infancia y primeros años de Casimiro

En la parroquia de San Eusebio de Cavagnolo, pueblo de la diócesis de Casale Monferrato, provincia de Turín el día 31 de enero de 1857, fué bautizado Casimiro Juan María, que nació el mismo día, hijo de los honrados labradores José Barello y Angela Morello. Niño de pecho, como atestiguaba su nodriza, no lo tomaba los viernes hasta la puesta del sol.

Desde muy niño asistía a la escuela municipal que dirigía su tio materno Domingo Morello, siendo modelo de docilidad y aplicación, descubriéndose en el niño, desde sus más tiernos años, rasgos que ostentaban una índole bellísima, llena de actividad y de vida, y las cualidades de un excelente corazón.

El día 13 de agosto de 1868, de manos de Monseñor Pedro María Terré, Obispo de Casale, recibió el Santo Sacramento de la Confirmación, siendo padrino el Conde de Brosolo, Casimiro Radicati. Era aficionado a leer libros piadosos y vidas de santos; mas despues de la muerte de su madre, señora muy virtuosa, ocurrida el 13 de septiembre de 1869, a la que con gran ternura, como afirmaba su tio, asistió en su larga y penosa enfermedad, fué entibiandose su fervor, abandonando poco a poco las prácticas piadosas. Hablando con el Sr. Cura

de Alberique (Valencia), como más abajo se verá, dijo: «la muerte de mi madre fué el principio de mis extravíos, pero la infinita misericordia de Dios, me volvió otra vez a su seno».

A la edad de quince años, enfermo de infección gástrica, que le retuvo en la cama durante algunos meses. Enfermedad que fué providencial, pues Dios le había elegido, y quería de este modo apartarle del camino peligroso que ante su vista se ofrecía con toda suerte de felicidades ilusorias y engañosas. En estas circunstancias apareciósele la Santísima Virgen, y le exortó a que se diera al Señor sin reserva, e hiciera vida de peregrinación y penitencia.

Casimiro aceptó e hizo promesa, y en breve tiempo fué sano, dándose a Diós por completo. Mas no perseveró en sus propósitos y volvió a caer en la tibieza y disipación. Empero la Virgen no permitió que estuviese mucho tiempo en aquel estado de languidez espiritual. Enfermó de nuevo, y la Santísima Virgen, distingiéndole sobre manera, vuelve a aparecérsele, manifestándole que, aquellos sufrimientos no eran mas que justo castigo a su ingratitud. Casimiro reconoce su infidelidad, renueva su promesa y recobra muy pronto la salud perdida: inmediatamente fué a dar cuenta de estas visiones al señor Cura párroco de Cavagnolo D. Francisco Amione, diciéndole estaba dispuesto a servir a Dios con vida de penitencia.

Este fué el principio de aquella existencia

maravillosa. Confortada su alma con las palabras de la Virgen, dedicase obediente, en casa de sus padres, a los trabajos del campo, y el tiempo que le quedaba libre, lo invertía en dar ejemplo con actos heróicos de mortificación, y especialmente con su compostura en el templo.

Casimiro abandona la casa paterna

Viendo que en su pueblo natal no tenía campo suficiente para ejercitar su vocación, un domingo de otoño del año 1874 abandonó la casa paterna. Marchó a Chieri y consultó su decisión con un sacerdote de la Compañía de Jesús, que al principio mostrose contrario a sus pretensiones; mas después, cuando le hubo conocido mejor, diole su aprobación. De Chieri fué a Alejandría; vivió en Sampierdarena, arrabal de Génova, y allí comenzó a distinguirse por su vida de santidad. De Sampierdarena iba con mucha frecuencia a Génova. Cuando volvía de esta ciudad con los pies descalzos y la cabeza descubierta, entraba alegremente en Sampierdarena, edificando a todos con su ejemplo. Ayunaba con frecuencia y trabajaba algunas horas, ganándose la subsistencia unas veces como criado de servicio doméstico, y otras como peón de albañil. Un día, mientras se hallaba trabajando en una casa en construcción, situada en la calle de Asaroli de la ciudad de Génova, oyó tocar a Misa en la iglesia de San Ignacio. El sonido de la campana fué para nues-

tro joven la voz de Dios que le llamaba cuando menos lo esperaba, y dejándolo todo exclamó: «¿Qué estoy haciendo yo aqui al servicio de los hombres del mundo?», y sin detenerse fuese corriendo a la referida iglesia, asistiendo al augusto sacrificio, tomando la determinación de entregarse a la vida de peregrino.

Después de una de sus primeras estancias en Génova, estuvo en la Santa Casa de Loreto y en Roma, según carta dirigida a su tio Domingo, desde esta ciudad el 23 de marzo de 1875. Dirijióse a Nápoles, con intención de embarcarse para Tierra Santa; pero junto a dicha ciudad le detuvo la policía como vagabundo, y lo condujo al seno de su familia. Poco permaneció en Cavagnolo, pués su corazón no encontraba la paz sino seguia los impulsos de su vocación.

Casimiro se retira a un monte

Refirió a un Sacerdote, confidente suyo, que su padre, que habia quedado viudo siendo aún muy joven, no quiso volverse a casar por temor de que esta segunda mujer maltratase a sus dos hijos; y que después llegado Casimiro a una edad regular, comenzó a decirle su padre que pensase tomar mujer para que esta gobernase la casa. Mas él, que habia establecido en su corazón consagrarse perpetuamente a Dios, por temor de verse obligado por su padre a tomar el estado de matrimonio, se escapó nue-

EXCMO. AYUNTAMIENTO - ALCOY - BIBLIOTECA ALCALDIA

vamente de casa, dirijiéndose a una elevadísima montaña, cuya pendiente le costó grandísimo trabajo de subir. Llegado a la cumbre, y lleno de gozo de verse allí exclamó: «¡Oh montañal, desde hoy tu serás mi amadísima esposa, hoy me desposo contigo y no te dejaré jamás». Después de varios coloquios en los cuales se creía transportado de amor, pasó lo restante del día en oración. Mas como en esta montaña no habia cueva donde albergarse por la noche, viniendo poco después el frío y las nieves, tuvo por fuerza que dejar la montaña y darse a la peregrinación. En esta montaña se alimentó de hierbas y sufrió mucho frío, hasta temer morir helado. Dios lo quería peregrinando por el mundo, predicando con el vivo ejemplo la pobreza, la humildad, la caridad, la verdadera abnegación.

«Sabe de cierto, como dice el Rvdo. P. Juan María Solá, en la oración fúnebre de Casimiro, pronunciada en el XXV aniversario de su muerte, que su destino es peregrinar. No creamos que no repugnaba a su natural esta voluntad del cielo. Sentía a par de muerte separarse de su familia, experimentaba una repugnancia increible en acometer aquella vida andariega y le llenaban de terror los desprecios, las fatigas de aquel contínuo caminar de gente en gente, de ciudad en ciudad, sin pan, sin regalo, sin albergue seguro donde guarecerse. Hubiera escojido cualquier género de martirio antes que una senda sembrada de espinas como pasos

iba a dar. ¡Lucha intestina que hubiera desalentado a otro que no fuera Casimiro!. De aquí aquel cambiar, en el tiempo que peregrinó antes de ser soldado, tantos dueños y oficios, por manera que fué tenido, por mozo inquieto y vagabundo. Vía purgativa en que trabajaba por salir de si y arrancarse de sus culpas y aficiones terrenales».

Decidiéndose por último, abandonó de nuevo la casa paterna, marchó otra vez a Génova con el propósito de visitar y consultar a su amantísimo director espiritual, y previo su consentimiento, realizar los propósitos que le animaban de visitar el Sepulcro de Santiago de Compostela y después todos los lugares sagrados del mundo, en especial los dedicados a la Santísima Virgen, contándose entre los santuarios que visitó el de Lourdes, La Saleta, Pilar de Zaragoza y Monserrat.

CAPITULO II

Primer viaje de Casimiro a España y servicio militar

Casimiro permaneció en España hasta que llegó el tiempo del servicio militar, en que se restituyó a su patria, donde estuvo tres años, esto es, desde 1878 hasta fines del 1880.

Alégrate y regocíjate, oh patria mia, por que te envió el cielo un varón que desagraviara a

tu Dios y levantara tu espíritu con los ejemplos de su heroismo. ¡Bendito sea Dios, que no permitió que ningún español, que sepamos, le prendiese y molestase en esta su primera venida a nuestra patrial. Tal vez por ello nos lo envió el Señor segunda y tercera vez, y nos enriqueció. finalmente, con sus preciosas reliquias.

De este viaje de Casimiro a nuestra patria, es del que tenemos menos noticias. Mas, aunque nos faltan hechos concretos, se sabe, sin embargo, que recorrió gran parte de España y Portugal, porque interrogado por su hermano Conrado, a raiz de este viaje, en donde había pasado tanto tiempo, contestó: «es imposible decirtelo, pués han sido muchos los lugares de España y Portugal que visité».

También refirió a su hermano, que en cierta población de la peninsula habia estado al servicio de un comerciante que tenia relaciones con Italia y entre otras cosas, le servia de intérprete para la correspondencia italiana. El negociante estaba muy contento de sus servicios, y hubiera querido tenerle siempre a sns órdenes pero Casimiro, sintiéndose llamado a la vida de penitencia, despidiose muy cariñosamente de su patrono y partió.

Dispuesto a embarcarse para los Santos Lugares, cosa que ardientemente deseaba, cayó enfermo, y hubo de refugiarse en un hospital. El comerciante al saber que Casimiro se hallaba enfermo, corrió al hospital y consiguió lle-

varse al penitente a su casa. Más tarde, dicho señor escribió al padre del peregrino dándole cuenta de la enfermedad y manifestándole que con mucho gusto y como si hubiera sido su hijo, le había prodigado toda suerte de atenciones.

Casimiro dijo todavía a su hermano, que en un lugar de España, no sabemos donde, pidió limosna con otro compañero, para entregarla a unos hermanos que sostenían un Hospicio de pobres; y que en un solo día recogieron quinientas monedas y gran cantidad de trigo y garbanzos.

Es digna de tenerse en cuenta la siguiente revelación que también hizo a su hermano. Díjole que en cierta ocasión, hallándose de rodillas en una iglesia mientras se celebraban los divinos Oficios, vió de repente una luz bellísima que llenaba el sagrado recinto y singularmente brillaba en torno a la imagen de la Santísima Virgen, ante cuyo altar se hallaba postrado; y tal era el resplandor, que le impedía ver cuanto a su alrededor tenía, mostrándosele únicamente visible la preciosa imagen.

Estas son las pocas noticias que se tienen de su primer viaje a España.

Casimiro militar

Un crontraste le sale al camino y le ataja sus intentos de peregrinar: la ley del servicio militar, para cuyo cumplimiento regresa a su pa-

tria; fué hecho prisionero en Savona y detúvose en Sampierdarena.

Primeramente sirvió en un cuerpo de tíradores, después en Verona en el regimiento de infantería número 72; en esta ciudad fué castigado por renunciar al nombramiento de cabo. En el año 1878 asistió a unas grandes maniobras en el campo de Bossolengo. Después, en Pescara, por su buen comportamiento y excelentes cualidades, fué puesto a las inmediatas órdenes del Coronel. Su conducta y rectitud indujeron a su señor, una vez terminados sus deberes como militar, a proponerle grandes ventajas, si continuaba a su servicio en lo que tenia vivo interés. Mas Casimiro no aceptó, resuelto como estaba a darse enteramente al servicio del Señor de los señores.

Según los datos que se han podido recoger, parece que contaminado por el mal ejemplo de sus compañeros de armas, se disipó un tanto, haciendo algunos gastos supérfluos y creándose alguna deuda. Mas la reacción sobrevino enseguida; reconcentróse en si mismo, y entregóse como antes con más celo que nunca a hacer la vida de un santo entre los soldados, como antes la habia hecho entre las gentes. Sus compañores se burlaban de él porque iba a la iglesia con frecuencia, denunciándole por esto ante la autoridad. Un día su coronel hizo a algunos esta observación: «¿Quien cumple su deber mejor que Casimiro?; me alegraría de que todos regulasen por el suyo su comportamiento».

Se le aparece la Santísima Virgen

El despertar de Casimiro de aquel sueño que tenía encerrado en su espíritu, sucedió de este modo. Estaba de soldado en Pescara y un guardia le invitó a su casa donde tenía preparado un altar para celebrar el mes de María. Casimiro mostró su agrado por esta invitación. Pusiéronse ambos a rezar el Santo Rosario. Cuando nuestro peregrino oraba con más fervor, apareciósele la Santísima Virgen, que le reprochó su conducta pasada y le exortó a que recobrara pronto su antigua piedad e hiciera penitencia. Hizo inmediatamente una buena confesión de sus pecados y diríamos que llegó a amar a Dios con el mayor amor que puede una criatura amarle en la tierra. Por esto pudo resistir las pruebas durísimas a que fué sometido, como en la lectura de su vida se verá. Casimiro dió noticias, con pena, de esta visión, especialmente en una carta que escribió a su padre, y que más adelante conocerá el lector.

Decía un joven llamado José de Miguel, de la parroquia de Brosolo, diócesis de Casale, que por espacio de dos años, en la milicia fué compañero de Casimiro, que: «llegado el fin del servicio militar, partieron juntos de Pescara con otros muchos soldados. Mientras sus compañeros reían y cantaban, él, retirado en un ángulo del coche, leía un libro piadoso. Al llegar a Ancona teníamos que separarnos; él dijo

que marchaba a Roma; me entregó 30 liras que debía a su tio y me encargó mucho fuera a su casa a saludar a su padre, a su hermano y a todos sus parientes; cuando asi me hablaba temblaba de emeción, me abrazó llorando y partió. No le vi más. Enseguida fuí a Cavagnolo a cumplir sus encargos. Su hermano, al oir que Casimiro no volvía a su casa, comenzó a llorar y dijo: ¡después de tanto esperarle no viene a casa!. En Cavagnolo corriase la voz de que Casimiro se habia hecho fraile...». La revista «Jerusalemme», que veia la luz en Casale, describe asi algo de lo que ocurrió a nuestro amado Casimiro al abandonar el servicio militar: «Llegado el tiempo de volver a su casa, partió del punto en que se encontraba, con muchos de sus compañeros.

Aquellos graciosos quisieron dar pruebas a Casimiro de su osadia, para oscurecer la virtud y a quien la practica, y durante el viaje hicieron befa de él de mil maneras, arrojàndole mendrugos de pan al grito de «¡al fraile hagàmosle limosna!...»

Libre del servicio militar, escribió a su padre solicitando su permiso, que obtuvo, para irse en peregrinación.

CAPÍTULO III

Cartas de Casimiro

Carta de Casimiro a su padre.

No consta en ella ni la época ni el punto en

que fué escrita; pero fué enviada a su padre poco después de terminado el servicio militar, esto es, hacia fines de 1880, como se desprende del texto de la misma. Al leer esta carta, tal vez se extrañe alguien que Casimiro, que no siempre fué fiel a la voz de Dios y a los avisos de María Santísima haya sido sin embargo tan favorecido por el cielo; pero observemos, que si en la vida precedente de Casimiro hubo infidelidades y debilidades, no faltaron sin embargo muchos rasgos de un alma verdaderamente generosa. Si después Casimiro alcanzó en brevísimo tiempo una virtud extraordinaria, no es de maravillar, considerando los favores extraordinarios con que fué privilegiado. Hé aquí la carta:

«Estimadísimo querido padre: He llegado al término del servicio militar y he emprendido otro sin consultar vuestra voluntad. Si con esto os doy disgusto, perdonadme, que yo imploro vuestro perdón y os pido me dispenseis de todos los disgustos que habeis recibido y recibís de vuestro ingrato y desobediente hijo. Querido y amado padre, me arrepiento de haber correspondido mal al amor que me habeis siempre tenido y demostrado afanándoos tanto por procurarme un pedazo de pan, por asegurarme el sustento de esta vida mortal, y siento mucho contrariar al presente vuestra voluntad la cual tanto se interesa en hacerme rico, tranquilo y feliz en esta vida pasajera. Yo os rindo los honores y la estimación que un hijo debe dar a

su padre, y un padre debe recibir de su hijo, ofreciéndoos el corazón con todos los íntimos afectos de amor, de reconocimiento y de sumisión a vuestra voluntad, cuando esté conforme con la voluntad del grande, supremo, óptimo Dios, Padre omnipotente, Criador y Dueño del cielo y de la tierra. Os doy infinitas gracias por todos los beneficios que de vos he recibido desde el primer instante de mi vida hasta hoy, y por todos los que recibiré desde ahora hasta mi muerte. Os ruego con todo mi corazón que me concedáis por amor y en nombre de Dios una gracia que imploro postrado humildemente a vuestros piés. Os ruego que queráis concederme el permiso de seguir un íntimo secreto de mi corazón infundido por Dios en mi mente el cual no os puedo revelar antes de haberlo puesto en ejecución. Querido padre, bendecidme, dad vuestra santa bendición a vuestro hijo, que el Padre común impondrá la suya sobre vos. Querido padre, sabed que yo no he sido criado para las cosas de la tierra, y sí para las del cielo: ni tampoco he sido puesto en el mundo para procurarme un pedazo de pan, sino mas bien para ganarme y asegurarme un pedazo de pan eterno; ni estoy destinado para amar y servir a un hombre, sino para amar y servir al Dios eterno, omnipotente, infinitamente bueno y misericordioso, el cual me ha criado y me ha dado a su Hijo por Salvador y que nos ha destinado una gran mujer vencedora del tentador enemigo del género humano y

dueña general del universo, por salvadora, libertadora, auxiliadora nuestra; que nos libra y defiende de todo mal, bastando solo someternos y recurrir a Ella.»

«Asi, pues, dejo que juzgueis lo que Dios espera de nosotros y que nosotros Le debemos dar. Es muy justo y razonable que si Dios os ha dado a su Hijo Jesus por vuestro amor, vos por amor le deis a vuestro hijo Casimiro: si Dios por salvarnos nos ha dado todo aquello que le era más caro, nosotros Le debemos dar todo lo que nos es mas caro para salvarnos.»

«Querido padre, vos direis: pobre hijo ¿porqué crees esas cosas que te han contado? Querido padre, por piedad de vuestra alma, no digais eso, pues yo no creo estas cosas por que me las han enseñado los hombres; sino que las creo por revelación dada por Jesucristo omnipotente y fidelísimo, el cual no puede engañar ni ser engañado; y más perfectamente las creo porque me han sido reveladas por su gran Madre Maria, habiéndoseme aparecido en forma de una gran señora vestida de luz y de claridad, siendo yo de edad de 15 y 16 años, esto es, durante aquella enfermedad que tuve, y de la cual puedo afirmarme y asegurarme sin ningún temor de errar no haber sido curado ni por los médicos ni por las med cinas, sino por gracia suprema de Dios hecha en favor mío por la intercesión de su gloriosísima Madre Maria en recompensa de aquellas miseras devotas súplicas elevadas al pie de su imagen en el altar de

la Asunta en nuestra parroquia. Más por ingratitud mía me he olvidado de todo; y sin embargo, esta buena Madre no me ha dejado en abandono y se me ha aparecido de nuevo otras veces en figura de una tierna y apasionada Madre que va en busca de su hijo perdido, y con las lágrimas que corrian de sus ojos me ha llamado con estas amorosas palabras: querido hijo ¿por qué me abandonas y me dejas? ¿Acaso merezco este abandono en recompensa de tantos favores como has recibido de tu madre? Ven, hijo querido, y no des más pena a mi corazón que tanto ha padecido y sufre de verte separado de mi y en peligro de perderte eternamente; ven, querido hijo mio, y procura no ser ya mas ingrato, sino mantenerte fiel a tus promesas.

«A tanta bondad usada conmigo no he correspondido y he faltado a mis promesas de ser todo de Dios. Antes al contrario, cuando llegó la época del servicio militar dejé de prácticar todo lo que era bueno, olvidándome de todos los favores recibidos de María. Por otra parte, atraido y engañado por los malos compañeros, llegué al punto de blasfemar y maldecir de esta buena Madre y de llevar una mala vida y enteramente indigna de un cristiano. Entonces vivia yo en contínua tristeza y rabiosa desesperación. Fortuna para mi fué que, en medio de tanta indignidad e ingratitud hacia Dios y María, tuve ocasión de ser invitado por un guardia de la cárcel a rezar el Rosario en su casa ante

un pequeño altar que este buen guardia había preparado para honrar a María en el mes de Mayo de este año. Aún cuando yo rezaba sin devoción y sin afecto, no obstante, aquellas pobres plegarias fueron aceptadas por María y de improviso sentí conmovérseme de espanto el corazón, y mientras temblaba, se me apareció otra vez, pero no ya en figura de tierna madre, sino en figura de una reina desdeñada, radiante de luz y de potencia, y me habló con estas palabras:—Ingrato e indigno ¿es este el amor que me debías tener? ¿Qué mal te he hecho que me ofendes de taf manera? Tú has merecido mi abandono y debía abandonarte por tu ingratitud; y en vez de esto he aplacado la divina justicia irritada contra tus pecadós. ¡Cuántas veces has merecido el infierno! y yo por solo tu amor te he librado de él. Muchas veces la venganza de Dios estaba suspendida para precipitarte y ya debías estar allá abajo con los condenados, si yo no hubiese presentado la sangre de mi Hijo derramada por tí, y mi dolorido Corazón al Supremo Juez; si yo no me hubiese encargado de tu miseria ¿qué sería de tí? Ámame y entrégate todo a mí, que no seas mio una vez sola, sino mil veces. Deja ya de ser ingrato y sigue mis mandatos; hónrame en presencia de todo el mundo y no te avergüences de mí, pues yo no me he avergonzado de ti. Encomiéndate a mi en todos tus peligros, que yo no dejaré en abandono a un pecador que se arrepiente y que me ama. Haz alguna

fatiga en honor mío, que te será pagada aún en esta vida, pero especialmente en la hora de la muerte.»

«Dicho esto desapareció y yo me dirijí a los pies de un confesor a acusarme de mis faltas, e hice una confesión general, y aunque hacia mucho tiempo que no me había confesado, con la ayuda de esta buena Madre hice una confesión de tanto consuelo y contento que no lo cambiaría por todos los reinos de la tierra.

«Querido padre, si quereis estar contento, consolado y tranquilo, en fin, si quereis gozar de las mas grandes satisfacciones y consuelos que un hombre puede gozar en este mundo, derramad dos solas lágrimas de arrepentimiento y con este arrepentimiento, haced una buena confesión y experimentaréis los efectos de ella y direis:—Mi hijo tiene razón para consolarse en las cosas del alma.—Si no podeis creer, como no se puede creer sin probar, que una absolución que un humilde sacerdote pronuncia en nombre de Jesucristo pueda producir efectos tan admirables, os ruego que hagais la prueba y experimentareis estos grandes efectos. Encomendaos a la Madre de misericordía y Ella os prestará su ayuda en todas las miserias y necesidades tanto espirituales como temporales.....»

«Querido padre, siento en gran manera abandonaros y daros este disgusto con esta mi carta, pero consolaos pensando que yo estoy llamado a llevar a cabo cosas grandes como no existen ni pueden existir en nuestra casa. Hasta

ahora no había querido daros este aviso, ni haceros saber las cosas que me han sucedido, pero ahora he sido iluminado por una inspiración divina. No desprecieis, pues, os lo ruego, esta carta, la cual, con la voluntad de Dios, podría ser de gran consuelo para mi y de gran provecho para vos.»

«Hasta ahora hemos hablado del interés de la vida futura que es la que más importa, hablemos ahora de los intereses de la vida presente. Yo no estoy seguro de ir a casa tan pronto, y aunque fuera no me hallaría dispuesto a tomar estado, como sería vuestro deseo; pero no debeis afligiros por esto. En adelante teneis ahí a mi hermano Conrado que se halla ya en edad de ayudaros y aliviaros. Os ruego os intereseis por él... No me queda otra cosa más que saludaros de todo corazón declarándome vuestro»

Affmo. Hijo, *Casimiro.*

«P. S. Rogad por mi, que yo rogaré por vos, a fin de que podamos terminar bien esta mísera vida para comenzar la vida eterna. Padre, padre mío, si pudieseis ver y hacer lo que yo hago, no podríais menos de llorar de consuelo. No lloreis la pérdida de vuestro hijo, sino consolaos y dad gracias a Dios que se ha dignado elegir entre tantos otros a vuestro hijo para cumplir sus santos designios. Rogad, rogad a Dios que os conceda la gracia de poder ver a vuestro hijo antes de morir, pues será vuestra buena muerte.—Adios, querido padre, el cielo

os haga fervoroso y constante hasta la muerte. Ya que no podemos vernos y estar juntos en este mundo, esperemos volvernos a ver y estar juntos en el Paraiso.»

Carta de Casimiro a su prometida

Al mismo tiempo que escribia Casimiro a su padre la anterior carta, esto es, al terminar el servicio militar, escribió la siguiente a su prometida, la que por estar escrita llena de bellísimos pensamientos, es conveniente la conozcan nuestros lectores; y no debe alarmarles, porque Casimiro no habia hecho voto alguno que le impidiera contraer matrimonio.

Dice así:

«Estimadísima señora: acudo a vos en nombre del Dios todopoderoso y de la poderosísima Reina del cielo, para comunicaros mi idea y la nueva resolución que el Señor me ha inspirado.-Quizá vos no entendais esto; mas os suplico no desprecieis estas lineas que os dirijo inspirado por Dios.

«Sabed como despues de tanto deseo de ir a casa para desposarme con vos, ahora que he terminado el servicio militar, me he determinado abandonar toda idea del mundo para no servir más que a Dios. Os suplico, pues, me olvideis, sin pensar más en mi; no penseis más en amarme, ni de ser amada por mi.

«Os pido perdón, estimada prometida, pues por el grande amor que tengo a mi Dios, he de

dejaros; mas os prometo y os juro en presencia del cielo y de la tierra, no tomar esposa ni pensar, ni poner mi corazón en ninguna criatura a costa de la vida. El señor por su misericordia me ha iluminado y atraido así, y yo debo seguir su inspiración. Mas os ruego no os aflijais porqne os abandono, sabed que esto puede ser para vos de gran consuelo. Deseo veros mi imitadora, es decir, que abandoneis el mundo y el amor de las criaturas para entregaros sin reserva al servicio de Dios. Por esto os suplico no anheleis más los amores engañosos del mundo, que son amores venenosos, aparentando goces deliciosos, que desaparecen como sombra y no dejan en el corazón más que tristeza y aflicciones. No viertas lágrimas por un amor falso que no puede contentar el corazón y dar verdadera paz y consuelo, mas aprovechad esta circunstancia para ofrecer vuestro corazón a Dios, que solo él puede contentar en esta y en la otra vida.

«De todos modos, si vos quereis tomar estado, guardaos de elegir un hombre malo que pudiera ser vuestra perdición, y tened presente que un amor que no sea inocente y temeroso de Dios no puede ser duradero y puede mudarse en odio y desdén, y que un matrimonio que no es santificado por Dios será un encadenamiento de miserias y castigos. Si no pudiereis encontrar otro hombre a quien fiar vuestro corazón, no os apene, mas poneos en los brazos ds Nuestra Señora, nuestra querida Madre,

que ella podrà encontrar un esposo, el cual os amará tanto y os será tan querido, que os sentireis feliz de entregarle el corazón para uniros a él y amarle hasta el fin de la vida. Si, rogad a María que os dé a conocer el suspirado Esposo, que es tan hermoso y amable que enamora el corazón de tal manera, que llorareis de consuelo: lo encontrareis tan bueno y alegre, que pensareis en él, y deseareis estar siempre a él unida.

«Rogad a la buena Madre María que os haga conocer este celeste Esposo que es la flor de la inocencia y de la pureza, con que podreis llegar a tanto amor y dicha. de decir con sollozos y con grandes llamas de amor; Jesús mío, os amo y me sois tan querido, que mil y mil veces prefiero permanecer un instante a solas con vos, que una eternidad con todas las criaturas del mundo bajo mi dominio. En fin, si amais de corazón al buen Jesús, serà tal la felicidad que gustareis que llegareis a decir: Jesús mío amantísimo, os amo tanto y me sois tan querido. que quiero siempre amaros y no amar otra cosa que a vos. Por él llegareis a rehusar el más hermoso, el más rico, el más poderoso rey de la tierra. Y en esto tendreis razón, porque verdaderamente el buen Jesús es el más hermoso, el más rico, el más poderoso emperador de la tierra.

«Y si amar a Dios en este mnndo es la mayor delicia que se puede poseer en la tierra, donde solo se le ve con los ojos de la fe en el

Santísimo Sacramento, ¿cual será el placer que se gozará en el cielo viendo a las claras su belleza, y observar su divino rostro y amarlo sobremanera en c mpañia de los àngeles? ¿Cual será el placer y la consolación del devoto corazón que habrá amado a su Criador?

«Solamente puedo deciros que yo no he amado a otra criatura que a vos y paréceme encontrar gran contento al no amaros; pues la alegria que experimento en el Señor es mil veces mayor. Yo os amaba tanto que hubiera estado presto a morir antes que abandonaros; mas el amor a Jesús y la alegria que experimento en amarlo es mil veces mayor, y si por amor vuestro estaba pronto a morir una vez, ahora por amor a mi Dios estoy presto a morir mil veces, antes que abandonarlo por una criatura.

«Os ruego acepteis con gusto esta carta, conservadla y leedla muchas veces con atención, qu podria ser a mi de gran consuelo, y a vos de gran ventaja. Dios os bendiga y os otorgue la gracia de abandonar el mundo y entregaros enteramente a El, y os vuelva fervorosa y fiel hasta la muerte en su gracia y en su divino amor. Rogad a Dios que me conceda la gracia de tener una dichosa muerte y que pódamos vernos en el otro mundo. No me resta otra cosa que de vivo corazón saludaros declarándome ser

Barello Casimiro

CAPÍTULO IV

Segundo viaje de Casimiro a España

Casimiro, libre del servicio militar, emprende de nuevo la ejecución de su destino. ¿A donde irá esta vez el fervoroso peregrino? Su corazón le lleva a Jerusalen, y parte con este propósito a Livorno, de Livorno a Groseto, de Groseto torna a Livorno, de donde sale un navio con rumbo a las playas de levante.

«Dios, empero, como dice el Rvdo. P. Solá, en la oración fúnebre de Casimiro, vela por España y ha determinado que el nuevo Jonás, con sus ejemplos admirables, predique penitencia en nuestras Ninives. Para ello levanta una tempestad, el mar se embravece, hinchanse las olas, la nave zozobra, mas la mano del celestial Piloto la empuja a nuestras riberas y Casimiro desembarca sano y salvo en el puerto de Barcelona.»

Casimiro en Barcelona

Apenas se tienen noticias de la estancia de Casimiro en Barcelona. El dia de la Inmaculada Concepción de 1880, no del año 1883, como hasta ahora se ha creido, se le vió bajar del célebre santuario de Monserrat, todo cubierto de nieve; y según relata el señor Semino, director espiritual de Casimiro, durante su estancia

en Barcelona cayó enfermo y se refugió en un hospital, siendo tan grande su amor a Dios, cuya demostración consiste en el cumplimiento de su voluntad, que exclama: «donde me albergo con más gusto es en los hospitales y en las cárceles, porque sé que estoy allí, no por querer propio sino por voluntad de Dios.»

Es muy fundada la suposición que Casimiro se hospedara en el Hospital de Santa Marta, hoy desaparecido desde el principio de la reforma urbana en la típica Riera de San Juan, porque en aquella fecha, además de este hospitaf, solo existía el de Santa Cruz, y en el rejistro de este establecimiento no consta la estancia de Casimiro.

Recobrada la salud, ¡con qué fervor y caridad atiende a los demás enfermos, con qué paciencia y solicitud les sirve!. Parece nacido para ello, y quisiera emplear el resto de sus días en tan santo ministerio. Pero la voz interior de «Casimiro, peregrina por el mundo,» no calla y endereza sus jornadas a la capital de la España Tarraconense. Así cumple la divina vocación, venciéndo aún los deseos màs puros de su tierna edad.

Casimiro en Cambrils, (Tarragona)

Por carta del señor Cura de Cambrils en 3 de mayo de 1884, dirigida al Rvdo. señor D. José Cervera, Beneficiado de los Santos Juanes de Valencia, relacionado con el director espiritual

de Casimiro, señor Semino, en Génova (Italia), se sabe que Casimiro estuvo en Cambrils en el año 1881

Dice en su carta el Rvdo. señor Grau, Cura de Cambrils, que viniendo de Tarragona un vecino suyo en el carro, encontró a un pobre, le hizo subir y se lo llevó a su casa, conviniendo que trabajaría allí. Se llamaba Casimiro, comia muy poco, y si se le obligaba a comer más, contestaba que no se lo habia ganado; en tres semanas que estuvo con él, no quiso cama para dormir; apenas tenía un rato desocupado, se iba al zaguan y siempre le encontraban de rodillas; pasaba muchas horas, o tal vez toda la noche, en oración. pues se le vió a altas horas de la noche arrodillado. Viéndole tan pobre, le hicieron un vestido y él no quiso aceptarlo, alegando que no lo había ganado. Si le daban algunos cuartos los repartía entre los pobres. Manifestaba grandes deseos de comulgar diariamente, pero decia, que no podía, porque lo que hacia le distraía mucho. Confesaba con una humildad admirable, y comulgaba con tanta edificación, pareciendo que allí estaba arrebatado con la gracia del divino amor, llamando todo esto la atención de algunos fieles, que juzgaban ser aquello más que ordinario. Se dice, tambien, que profetizó la muerte de dos hijas de su amo, Maria y Cecilia, que fallecieron el 9 y 26 de noviembre de 1883.»

Al partir de esta, no se sabe a donde se dirijió, y salió solo con el intento de hallar otro

género de vida más conforme a sus inclinaciones y sentimientos. Aquí recibió la noticia de que su padre estaba gravísimo y como buen hijo desea asistir a quien le engendró. Su piedad filial le lleva a Cavagnolo, pero su impotencia le retiene en España, elevando al cielo por su alma fervientes plegarias. A ellas debió José Barello que muriese tan santamente el 25 de noviembre de este mismo año (1881).

Casimiro en Almería

No se tienen noticias de Casimiro en esta su segunda peregrinación por España, hasta el mes de julio de este mismo año, en el que del 26 hasta el 11 de agosto, estuvo enfermo en el Hospital de Almería, según consta por un certificado expedido por el director de este establecimiento, en el cual dió motivos Casimiro de mucha edificación, por su conducta eminentemente cristiana.

Casimiro en Murcia

En el mes de agosto de este mismo año aparece Casimiro en la capital de Murcia, «todavía covalesciente y con los dedos manchados de yodo», según refiere el M. I. Sr. D. Joaquín De la Madrid, seminarista entonces, y hoy Canónogo Chantre de la Catedral Primada de Toledo. Dejemos a este señor nos hable de Casimiro, ya que tan de cerca y con interés estudió la vida admirable del penitente, y cuyas pala-

bras penetraron vivamente en el corazón de dicho señor; tanto que este mostrose decidido a seguir e imitar al penitente en sus peregrinaciones, y ya tenian preparadas unas túnicas, que les habia hecho una piadosa señora, llamada Juana Martinez, y que asi vestidos, pensaban marchar juntos al desierto para hacer horación, antes de comenzar aquel género de vida.

Las palabras del señor De la Madrid, son párrafos de algunas de sus cartas dirigidas a don José Valero Munoz, en cuya casa murió el virtuoso penitente, y al autor de esta biografia, en las que habla del siervo de Dios.

«Ya entonces, agosto de 1881, que era la segunda vez que estaba en España, habia estado en el servicio militar, en donde, a pesar de la licencia de los cuarteles, algún compañero, sin estar dado a la vida espiritual, le acompañaba a la iglesia o orar, con las manos anfe el pecho, porque, «esa uniformidad, decia, es propia de los santos ancheles». Apenas hablaba el castellano. Cuando le vi en la Catedral de Murcia le pregunté si era religioso de los expulsados de Francia, y me contestó: «No, catolich». ¿A donde vais? ¿teneis dinero?, y me contesta con humildad y cortesia: «Voy a hacer la voluntad de Dios: gracias a El no tengo dinero», ¡Qué confianza en la Divina Providencia!.»

«Con el rostro encarnado y derramando lágrimas, me decia: «Cherman, yo volebat amar a Dio». Estas palabras me hicieron ver con gran claridad su espíritu celestial: cuanto más

le miraba más santo me parecía; yo no sé explicar lo que en mi pasaba.»

«Era Casimiro un santo extraordinario: aquel joven, su aspecto solo me decía: este es un santo. El, como desligado ya de todo lo terrenal, iba de paso y no quería detenerse; mas yo, que desde niño me atraían las almas santas, seguía sus pasos y no descansé hasta alcanzar tratarnos.»

«En una noche de clara luna, pude ver a Casimiro como elevado de rodillas, con sus manos cruzadas sobre el pecho, o levantados sus brazos en actitud suplicante: así solía pasar las noches aquel angel, que con sus grandes alas, el amor de Dios y del prójimo, remontaba sus vuelos bien altos de la tierra.»

«Casimiro era un verdadero serafín por el amor; es que ardía, es que se abrasaba, es que se consumía en las llamas del fuego divino al pie del Sagrario. Y era tal el estado en que quedaba, despues de pasar todo el día ante la adorable Eucaristía, que tenía que desahogar su encendido pecho. Sus grandes y brillantes ojos angélicos, elevados al cielo, despedían preciosas lágrimas de devoción y de fervor; su rostro celestial encendíase como de fuego; su benditísima lengua, no podía expresar su alegría, su dicha y su felicidad, porque había estado todo el día ante el Tabernáculo. Refiérome a un atardecer que venía del templo y había oido músicas y cánticos sagrados, en unos solemnísimos cultos a Jesús Sacramentado; ¡qué alegría era

aquella tan extraordinaria!. Jamás vi cosa igual. Yo creo que el joven Casimiro venía entre muchos ángeles, y estos mismos ángeles llevábanlo al templo del Señor.»

«¿Cómo se explica, que desconociendo por completo a Murcia, corriera con impulso extraño, con paso veloz, pero edificantísimo, y diera sin titubear con la iglesia en que podía acompañar al Señor expuesto en las Cuarenta Horas?. O ¿es que Casimiro era atraido por las divinas fragancias de Jesús Sacramentado?. Y el caso era que a aquellas horas no había tomado aún alimento corporal. Pero ¿quién le hablada de comida, despidiendo fuego y vida?. Admirados contemplábamos aquella sublime elevación, aquella actitud extática y arrebatadora, que parecíanos elevarnos tambien. Pasado algún tiempo, tomaba unos pedazos de pan que mojaba en agua: de rodillas pasaba la noche y seguía el rigor de su mortificación y penitencia, acompañado de una gran alegría y paz celestial.»

«Crea, mi respetado señor y hermano, que a pesar de haber conocido almas santas, de quienes se trata de elevar al honor de los altares; apesar de edificarme lo indecible su trato íntimo, a ninguna de esas almas vi tan desprendida de todo, tan elevada, tan abrasada en las llamas del amor divino. Era aquello nunca visto. Crea que Casimiro era un ser amadísimo de Dios, era una de esas almas en que Jesús tiene sus delicias de día y de noche; con él conver-

saba y se lo llevaba a las plantas de sus sagrarios y tabernáculos, llenando todo su ser de bellezas y hermosuras, embriagando su alma toda en las inefables dulzuras de su divinidad... Solo asi se explican su extraordinaria penitencia y las amarguras que hallaba en todas las cosas terrenas, que le impedian encontrar su solo descanso en Jesús. Solo asi se explican su continua oración, su contemplación y extática elevación. ¡Qué blanca, qué pura, que hermosa y brillante azucena delante del sagrario, exhalando tan suaves perfumes!. ¡Qué lámpara tan encendida ante el tabernáculo!. Nada, nada fascinaba a Casimiro; solo le era dulce y deseable Jesús en el Sacramento del altar: seguramente que con San Agustin, dijo muchas veces; Señor, haz que me sean amargas todas las cosas, para serme dulce tú solo.»

«Alcoy, Alcoy es el que puede tambien hablar de estas cosas, que le vió consumido de amores ante la custodia... que presenció aquel sublime tránsito, y cómo Casimiro, ya sin vida, por haber volado al cielo, aquel cuerpo tenia imàn para atraer a si miles y miles de almas, y aún presenciar apuellas prodigiosas curaciones...»

«Cuando se me dijo que en Alcoy habia muerto un santo, pregunté: ¿Era italiano, y se llamaba Casimiro?, si es ese, era un gran santo y espero verle elevado a los altares. Haber tratado a Casimiro, recordarle tal como era, y no verlo ahora rodeado de ángeles entre los es-

plendores de la divinidad, coronado de gloria y de honor, yo no lo concibo. Habia de recibir el premio de aquella vida consagrada toda entera al amor de Jesús y al de sus prójimos.»

Hasta aqui son palabras del Sr. De la Madrid

Casimiro en Encinas Reales (Córdoba)

En carta de 29 de septiembre de 1929 escribe el señor Cura párroco de Encinas Reales (Córdoba), D. Ramón Lozano, al autor de esta biografía, que aún perdura vivo el nombre de Casimiro en aquellas tierras; y de las gestiones que ha practicado para adquirir noticias del peregrino, resulta que: «el citado penitente apareció en este pueblo a las dos de la tarde del día 25 de diciembre de 1881, instalándose en la casa de Fausto Puisebut, en donde se albergaban graciosamente todos los pobres que lo solicitaban. Dijo Casimiro que la noche anterior la pasó en una cueva o covacha existente en las afueras de Monturque por el lado del norte y que con sarmientos hizo una vela en honor del niño Jesús».

«Durante su estancia en este pueblo, que fué hasta el día de los Santos Inocentes, comió en la pobre mesa del citado Fausto, la mujer de este María Ramirez y sus dos hijos Ana María y Francisco, único superviviente. El día 26 se fué el penitente a la iglesia, y llamó la atención de los fieles por estar de rodillas tanto tiempo

y en muy humilde actitud. Confesó con D. José Sanchez Aragón, virtuoso sacerdote, natural de este pueblo, y recientemente fallecido en Córdoba. El mencionado sacerdote, en el mismo acto de la confesión, le introdujo en el zurrón dos monedas de cinco pesetas, que admitió sin protesta, y al llegar a su alojamiento preguntó, qué necesidad apremiante habia en el pueblo. Acababa de nacer una niña y no habia paños para envolver a la criatura, y las diez pesetas se aplicaron a ello».

«Fausto y su familia notaron algo extraordinario en los hechos narrados: además, con la escasa y mísera comida que se servía en la mesa quedaban todos saciados y aun sobraba, y no consentia utilizar el jergón de paja y la manta que le pusieron, pasando las noches en contínua oración. En la casa de unos parientes de esta familia, el jefe tenia una hija casada, que había alumbrado varias veces, falleciendo los hijos al nacer o poco despues; y al estar muy próxima a dar nuevamente a luz, pidió al penitente algún recuerdo en donde depositar su fe y esperanza. Casimiro le entregó una medalla con las imágenes de la Virgen del Pilar y San José, que aquella conservó, hasta su muerte, colgada al cuello. El 16 de enero de 1882, nació de esta mujer una niña llamada Dolores González Barrera, que hoy vive en estado de viuda, y conserva en el pecho la medalla que descolgaron del cuello de la madre ya muerta. El día 28 se fué Casimiro por la carretera del

Espino a Málaga con rumbo a Benameji y Antequera.»

«Es cuanto puedo informar a V. sobre el particular, congratulándome de poder justificar que el penitente Casimiro Barello estuvo por estas tierras en el invierno del año 1881 al 82.»

La penitencia, la oración y el grande amor de Casimiro a la Sagrada Eucaristía, le merecieron de Dios especial favor, mas su virtud debía de ser probada. Como leemos en la vida de los santos, quien más, quien menos, todos han pasado por el mar de las tentaciones; y Casimiro, llamado por el Señor para grandes cosas, debía gustar el caliz amargo de la prueba espiritual.

Casimiro se retira a un desierto, angustiado por una tentación, y es confortado con una celeste visión

Como él contó a su director espiritual, en el principio del año 1882, mientras se disponia a volver a su casa, fue asaltado de una fuerte tentación contra la bella virtud, la que más adorna a una alma cristiana, la santa pureza. Espantado de esta tentación, temiendo ofender a Dios, a quien todo estaba consagrado, aunque conocia su vocación del cielo de peregrinar, creyó que el remedio más eficaz era retirarse a un desierto, para darse de lleno a la penitencia. Vase allá y comienza una vida asperísima y de contínua contemplación. Para librar-

se de la sugestión diabólica, se revolcaba entre las espinas o sumergía su cuerpo en agua frigidísima. Mas un día, postrado en tierra y pegada la frente en el suelo, con gran desolación, sin ningún sentimiento de fe, de amor y de confianza, siente una fuerza sobrenatural, alza la vista y ve a Jesús que, con infinita dulcedumbre, le reprende de su desconfianza, y le intima salga del desierto y que vaya peregrinando por el mundo,

Jesús ha triunfado de Casimiro, que se obliga con voto a andar descalzo, con la cabeza descubierta: a raiz de su carne viste una túnica de paño burdo, y al cinto una cuerda y formula este admirable plan de vida: «Seré peregrino mientras viva. Mis viajes serán siempre a pie y mis alojamientos al aire libre o cualquier tugurio. No aceptaré otros dones que el pedazo de pan que me baste y reciba de limosna. Mi puesto será a los pies de Jesús Sacramentado, ante el cual pasaré días enteros... El mundo me maltratará, me arrojará de si, me encarcelará... De estos tratamientos tengo yo sed para dar a conocer a mi Dios, sosteniéndolos con paciencia, que mi corazón es enteramente suyo.» Formado este plan, lo puso en obra, y continuó aquella peregrinación que debia tener su cumplimiento en la ciudad de Alcoy.

«Peregrina, peregrina, oh amable Casimiro, le dice el Rvdo. Padre Solá, en su notable oración fúnebre, por esta tierra que pisó la Reina de los ángeles y respira este ambiente que as-

piró la misma Madre de Dios cuando vino en carne mortal a la ciudad del Ebro; peregrina santificando nuestros caminos y carreteras, donde tantas blasfemias se profieren; nuestras calles y plazas, donde impera la licencia; nuestros templos e iglesias, donde se cometen tantas profanaciones.»

Casimiro en Valverde del Jucar (Cuenca)

Fué visto Casimiro, aunque no se recuerda la fecha, en Valverde del Júcar (Cuenca), en donde se admiró su paciencia al ser apedreado por unos niños, a los que luego acarició. Le ofreció hospedaje el vecino Juan José Patiño, y cuenta que pasó la noche en el suelo, renunciando la cama que se le ofreció.

Casimiro en Tarancón (Cuenca)

En 25 de agosto de este mismo año (1882), se encontraba Casimiro en Tarancón (Cuenca), según consta por un autógrafo de Casimiro, que conserva con mucha veneración el autor de esta biografia, dirijido a su tio materno Domingo Morello, en el que dá el pésame a su familia por la muerte de su señor padre, el que traducido al castellano, dice asi: «Tarancón 25 de agosto de 1882. Querido tio: he recibido la triste noticia de la muerte de mi amado padre, y no acabo de tranquilizarme ante tamaña desventura.—El motivo de no haberos escrito no

puedo al presente manifestároslo.—En cuanto a ir a casa, carezco de medios pecuniarios para el viaje.—Os ruego me comuniqueis todo lo referente a la muerte de mi padre, como tambien qué tal van los asuntos de casa, y además, si mi hermano es capaz de cuidar vuestros intereses, y si está libre del servicio militar.—Un saludo cordial para V. y demás familia.—Vuestro sobrino CASIMIRO.—Agradeceria una pronta contestación.—Mi dirección es esta: España, Sr. D. Casimiro Barello, Patio grande del Saladero. Madrid.»

Casimiro en Madrid

La carta anterior, escrita en Tarancón, no fué franqueada en esta población, sin duda por no permitírselo, pues aqui fué capturado y llevado preso a Madrid. Ingresó en la prisión del Saladero, según certificado que tambien conserva el autor de esta biografía, y dice así: «Casimiro Barello Morello. (60—149). Ingresó en 1.º de septiembre de 1882 en concepto de detenido, procedente del Gobierno Civil de Cuenca, con pliego y guía a disposición del Exmo. Sr. Gobernador de Madrid. En 4 de septiembre fué puesto a disposición del Consul de Francia, en 14 del mismo mes, fué puesto a disposición del Consul de Italia, y el 19 fue libertado por orden del mismo Consul, de quien depende». Hay un sello que dice: «Penitenciaria de Madrid».

Durante su breve estancia en la carcel, ad-

miró Casimiro con su ejemplo y edificación a sus compañeros de cautiverio, con quienes repartía su comida. En aquel entonces, llevaba por único traje una manta cosida por los lados en forma de saco y con tres agujeros por donde sacaba la cabeza y los brazos, ciñéndose aquel tosco hábito con una soga a la cintura. El señor Conde de Xiquena, Gobernador a la sazón de la provincia de Madrid, dispuso su libertad, en vista de que, identificada su persona por el Consul general de Italia, no habia motivo alguno que justificara su prisión.

Casimiro en Arganda del Rey (Madrid)

Desde Arganda del Rey, en fecha 2 de noviembre de 1884, escribió una hermosa carta D. Pascual Castellano y Carlés a D. José Valero Muñoz relatando el paso por aquella población del heróico penitente, la que dice asi: «En una tarde de los últimos días de noviembre de 1882 se presentó en esta villa de Arganda del Rey un hombre de hermosa figura, el que postrado de rodillas ante la ermita de la Virgen de la Soledad, sita a la entrada del pueblo, oró largo rato, llamando la atención de cuantos le miraban».

«Levantado de aquel sitio, aumentó la curiosidad de las gentes por su aspecto poco común en los demás hombres. Vestido con una túnica remendada, pero muy aseada, descalzo de pies y desnuda la cabeza, de la que pendía

una larga y rubia cabellera, que graciosamente se ensortijaba sobre los hombros, su rostro lleno de expresión, blanco y hermoso, sonrosado, nariz aguileña, mirada atractiva, sus formas, sus maneras y sus palabras, que sin revestir elegancia mundana, formaban un conjunto agradable y lleno de dignidad al par que humilde, a todos interesaba en su favor, sintiendo una irresistible simpatía y un respeto misterioso hacia aquel pobre, de quien los chicos decían si sería Dios besándole su sayal».

«No pedía limosna; tomaba si le daban, algún pedazo de pan y nada más. Al lado de dicha ermita existen varios campos sembrados de hortalizas, a cuyo borde se acercó el pobre, recojiendo del suelo las hojas de los repollos que por inútiles habían arrojado los hortelanos. Con ellas hizo un manojo que colocó debajo del brazo, y siguió su camino hasta entrar en el pueblo. En la fuente titulada del Ave María, lavó cuidadosamente las hojas que volvió a colocar debajo del brazo, entrando después en la población por la calle principal, conocida con el nombre de San Juan».

«Seguíale una turba de muchachos en número regular. Al llegar al final de la calle se metió en una tienda de comestibles, pidió una cazuela y tomó asiento en un banco; sacó las hojas de repollo, las desmenuzó con los dedos y cortó del mismo modo un poco de pan, echándolo todo en la cazuela con medio cuartillo de agua y una copa de vino, comiendo después con ver-

dadera ansiedad aquella especie de gazpacho».

«Todos los que le seguian quedaron a la puerta contemplándole. Eran poco mas o menos las cinco de la tarde; hora que en el mes citado es ya casi de noche, y preguntándole uno de los presentes: hermano ¿donde vá usted a dormir?, «en cualquier parte», contestó, con una sonrisa bondadosa. Pues se viene usted conmigo a mi casa, le dijo Severiano del Toro, de oficio yesero; y efectivamente se lo llevó, y queriendo disponerle una cama en una habitación, se negó a aceptarla y eligió el hueco de una escalera en estado ruinoso que habia en el corral, sin que hubiera medio de disuadirle de su empeño. Allí pasó la noche sobre unos juncos que le sirvieron de colchón y arropado en la túnica».

«Severiano del Toro, hombre rústico, en extremo ignorante, de maneras burdas y formas campestres, posee, en cambio, los mejores sentimientos de caridad; es limosnero, con arreglo a sus cortos haberes, y recoge a varios pobres dentro de su casa, sin que nunca le haya preocupado ni quitado el sueño la estancia de aquellos, mientras han estado en su hogar. La noche que durmió Barello en su casa, no sucedio asi, y según confiesa, casi no durmió en toda ella, pensando en el pobre de debajo de la escalera. A las cinco de la mañana, antes de amanecer, se levantó y fue a verle encontrándole ya levantado. Se saludaron y le ofreció una jícara de chocolate, a lo que contestó Ba-

rello: «No, no puedo, tengo que ir a la iglesia, ¿a qué hora la abren?», a las seis, contestó el yesero. Despues de breves momentos, Barello se marchó a la iglesia y estuvo esperando que abrieran».

«El que estas líneas escribe, habia oido hablar del pobre que andaba por el pueblo, pero no lo había visto y tenia ganas de verle, ante la manera de hacerse lenguas acerca de él que las gentes tenían, y los bellos colores con que le pintaban».

«Eran las siete de la mañana y la campana dió la señal de Misa, a la que asistí, según mi costumbre diaria. Entré en la capilla del Rosario, y en ella vi un hombre desconocido para mi, pero que reconocí en el acto porque las noticias que yo tenia correspondían fielmente con la figura. Aquel día no me valió la Misa, porque tenia para mi tal atractivo aquel hombre, que más le miraba a él que atendía al santo sacrificio, sin poderlo remediar ni hacerme superior a esta especie de fascinación»,

«Cuando más subió de punto mi admiración, fue al concluir la Misa, verle levantarse y marchar pausadamente al comulgatorio donde recibió la sagrada Comunión con una reverencia incomparable. Las sensaciones que senti la emoción y todos los movimientos de mi espíritu, con el tropel de ideas y reflexiones que acudieron a mi mente, no es posible explicarlas; baste decir, que quedé admirado hasta el extremo, y que salí del templo embargado por

una emoción indefinible».

«Hasta las diez que se cerró la iglesia, permaneció en ella constantemente de rodillas, y al medio día salió de este pueblo por la carretera de Perales, acompañado, hasta bastante distancia por el dicho Severiano, dejándonos en este pueblo un grato recuerdo de sus actos y de su persona».

No se tienen más noticias de este segundo viaje de Casimiro por España. Parte para Italia; mas el cielo nos lo volvió, como luego se verá, para nuestra defensa y ornamento.

CAPITULO V

Regresa Casimiro a Italia y peregrina por esta nación

Su paso por Francia

En el mes de diciembre de 1882, Casimiro abandona a España. Parece que Dios le llama a Cavagnolo, para que edifique a sus paisanos y recorra como un angel de paz a la conturbada Italia. A su paso por Francia, en una capital, que el que oyó referir esto a Casimiro entendió ser Tolosa, se le invitó a que asistiese a la Academia de medicina para ser reconocido, tal vez por aquellos doctores. Lo cierto es que los miembros de aquella Academia examinaron fisiológicamente a Barello, midiéndole su ángu-

lo facial y las pequeñas e imperceptibles protuberancias de su cráneo, deduciendo de aquel examen que Casimiro tenía desarrollada la protuberancia religiosa, diciéndole al despedirse; «Usted es un monomaniaco religioso». A lo cual contestó Casimiro: «¿Es decir que soy loco, loco de amor de Dios?. muchas gracias, señores, yo me encuentro muy feliz en mi locura.» Le prenden en Montpeller, mas sale al tercer dia de la carcel con la condición de que se corte el cabello y la luenga barba que se había dejado desde su vida militar, y que deje aquel hábito de peregrino. Ni esto vale para que no le prendan de nuevo en la ciudad y fuerte de Savona, de donde, mejor informados, le remiten a su patria.

Casimiro en Cavagnolo

En los últimos días de febrero de 1883, entra Casimiro en Cavagnolo su pueblo natal. Alegraos, cavagnolenses, con la posesión de vuestro Casimiro, y aprovechaos de sus maravillosos ejemplos; aprovechaos de su corta estancia, porque el espíritu de Dios le lleva a peregrinar y tiene por perdido el tiempo que mora entre vosotros.

Sus allegados le recibieron con muestras de la más viva complacencia; mas era tan precario su estado de salud, que despertaba compasión en todos; hábito raro y destrozado, descalzos los pies, barba y cabellera desarregla-

das. No podían acercársele sin advertir, desde los primeros días de su llegada, que en él se había verificado un cambio muy notorio. Por su parte experimentaba Casimiro cierto reparo de comparecer en público, hablaba poco, estaba siempre alegre, trataba con satisfacción a los amigos y conocidos, procuraba instruir a todos con máximas edificantes, y buscaba manera y ocasión por hacerse despreciar.

Sus paisanos conocieron su ardiente amor de Dios y su elevada oración. Le veían muy de mañana ir a la iglesia parroquial para oir la Santa Misa, le veían postrado junto a la escalerilla del púlpito, desde donde con una mirada podía ver su Tesoro oculto en el Sagrario y la imagen de la Asunción de la Virgen, le veían permanecer todo el día en la iglesia, postrado en tierra, sin apoyo alguno, con los brazos cruzados, la mirada fija ya en el Sagrario, ya en María Santísima. Fue con frecuencia observado, y en diversas horas, por el Párroco, por el maestro, tio suyo, por el sacristán, u otra persona, y siempre fué encontrado firme y constante en aquella misma posición.

El Párroco, temiendo que tal fervor y prolongado ayuno pudiera perjudicar la salud de Casimiro, con frecuencia le invitaba a tomar algún alivio. Pero él humildemente lo agradecía, diciendo que de nada tenía necesidad.

Cuenta Monseñor Bucio, Arcipreste de Cavagnolo, que el Párroco muchas veces, movido por un sentimiento de curiosidad, espiaba des-

de la puerta de la iglesia a Casimiro, le veía fijar la mirada en el Sagrario y clamar en alta voz los más dulces nombres a Jesús Sacramentado. En estos éxtasis amorosos hacia la Sagrada Eucaristía, siempre se ofrecía Casimiro a Jesús en reparación de los escándalos, sacrilegios y desprecios que El recibe en este sacramento de su amor a los hombres. Queriendo imitar Casimiro la pobreza de su Divino Modelo, hizo en esta circunstancia, completa renuncia de sus bienes, que por derecho heredaba de sus padres, a favor de su hermano Conrado, sin reservarse lo más insignificante. A instancias de sus parientes aceptó una insignificante suma de dinero, y mientras la recibía, con una sonrisa angelical, decía: «presto encontraré quien me librará de esta molestia». Casimiro parte de Cavagnolo; el tiempo pasado en su patria lo considera perdido, y entonces con mayor aliento sigue su vocación.

Casimiro en Génova

Ya está de nuevo Casimiro en Génova. Nuestro peregrino en la anterior estancia en esta ciudad, había despertado ya la atención de los buenos genoveses y era general la fama de sus virtudes. El director de un pio Instituto, en que se educaban para el sacerdocio algunos jóvenes, pobres de bienes de fortuna, anhelaba conocerle. Era un día del bello abril. Casimiro según su costumbre, estaba orando en la iglesia

de Santa Sabina. Un señor muy respetable se acercó al penitente, rogándole dejara la oración por breves momentos, y le siguiera. Casimiro alzó la vista, y al ver que era un sacerdote, se levantó. Y ambos, saliendo de la iglesia, llegaron al Pio Instituto de Hijos de María, como este se llamaba.

Una vez allí pasaron al locutorio, y Casimiro, despues de conferenciar con el Director de aquel Instituto, que tal era su acompañante, por indicación de este, esperó. En tanto los alumnos salian de las clases. Uno de ellos por curiosidad o porque le conociera, viendo al peregrino, le saludó y se entretuvo con él en amigable coloquio... Acompañado luego a la capilla, besó la tierra con profundisima humildad y se entretuvo en orar delante del Tabernáculo... La campana dió la señal de refección... El Director avisó al peregrino, y este confuso pasó al refectorio, ocupando el último puesto. Entonces el Director hízole señas para que se sentara junto a él, pero Casimiro, por tal distinción, mostró su desagrado, con una mirada de tanta humildad, que el Director no quiso insistir, viendo el gran sacrificio que este acto suponia para el penitente... Observaba gran compostura y mortificación en la comida, y cuando los jóvenes le interrogaban, respondía con cierta reserva y respeto. Tenia frecuentemente, para aquellos seminaristas, frases inspiradas y llenas de verdadera unción. Un día varios de ellos, le rogaron que se quedara en recreo un rato más

AYUNTAMIENTO - ALCALDIA - ALCOY

que de costumbre, y él respondió: «Hermanos mios, en esta tierra no podemos estar unidos; hagámonos santos, y asi nos uniremos en el cielo». A dos alumnos que le pidieron que les recomendara al Señor en sus oraciones contestó: «Yo rogaré, pero tened presente que el corazón debeis entregarlo todo al Señor».

El Director gozaba de razonar con él largos ratos, quedando sumamente edificado de sus virtudes. En una de estas entrevistas, manifestóle Casimiro deseos de confesar. Entonces el Director le puso en relación con el Rvdo. don Juan Bautista Semino, sacerdote de gran ilustración y virtud, Vice-director de aquel seminario, a cuyo señor confió su dirección espiritual y tuvo por confesor y consejero principal hasta la muerte.

Llegado el momento de ausentarse de aquella casa, Casimiro, puesto de rodillas delante del superior, le pidió su bendición. Todos sentían su marcha, lloraban, le estrechaban las manos, haciéndole a la vez piadosas recomendaciones... Y cuando ya habia partido, frecuentemente recordábase su memoria con esta general exclamación: ¡Quel glovine e veramente un santo! «¡Aquel joven era verdaderamente un santo!»

Algunas cosas notables de Casimiro, durante su estancia en Génova

Larga fué en esta ocasión la estancia de Casimiro en Génova. Según dice su Director es-

piritual, el antes mencionado Sr. Semino, fué del 18 de marzo al 3 de mayo (1883).

Muchos admiradores tenía Casimiro en esta ciudad, que procuraban averiguar la iglesia en que oraba para edificarse con su contemplación. Una tarde, mientras nuestro peregrino oraba en la iglesia de San Juan, atrayendo las miradas de todos, pudo observarse una escena muy tierna. Una señora, inclinándose hacia su niña, puso en sus manecitas un billete, diciéndole a la vez unas palabras. La niña descendió de su silla, y con encantadora viveza, se avecinó al peregrino, e hizo por entregarle aquella limosna. Mas él, con sus brazos formando cruz junto al pecho, y los ojos fijos en el tabernáculo, no se movía. La rapazuela miró a su madre, manifestando su extrañeza, y para cumplir su cometido, llevaba acá y allá su manita, deseando encontrar un pliegue, siquiera, donde depositar la limosna. No alló donde, y ya un poco tímida y profundamente apenada, volvió a su madre, dejando a aquel angel absorto en la más profunda contemplación. Con cuánta verdad dijo en cierta ocasión: «Dios me revela de tal modo su bondad en este Sacramento de amor. que yo permanezco tan sumergido en su contemplación, que estaria ocupado en la misma por toda una eternidad».

El Rvdo. D. Gaspar Umi, de Génova, que con mucha frecuencia hablaba del penitente, refería en una carta a D. José Valero que, «un día, mientras Casimiro se dirigia a la iglesia de

San Gerolano, se le acercó un viejecito, rogándole que se acordara de él en sus oraciones, porque sufría desde hacía algunos años acerbidísimos dolores en todo el cuerpo, por tener los nervios contraídos, de manera que estaba deforme, sufriendo especialmente dicha enfermedad en las manos. Entonces el peregrino las tomó entre las suyas, las besó con palabras de consuelo, y se despidió de él dejándole desde entonces, libre de los dolores que le atormentaban. Tambien se decía en esta ciudad, que restituyó el habla a un mudo, la vista a un ciego, la salud a una señora, enferma desde hacía doce años y que obró una conversión».

Grandes fueron los regalos que el Señor hizo a Casimiro en Génova, ya que encontró un religioso y un sacerdote secular que se ocuparon con empeño de su espíritu. Estos aprobaron su conducta y le animaron a seguir el género de vida que había abrazado, ordenándole que comulgase frecuentemente, cosa que antes no venía practicando de la misma manera, aunque tuviese de ello un deseo tan fuerte qu le hacía languidecer, porque no había encontrado quien se lo prescribiese.

Singularmente edificados y conmovidos por la virtud y santidad que resplandecía en Casimiro, los buenos genoveses se le acercaban y le veneraban, bendiciendo al Señor que lo había conducido en medio de ellos, pero la canalla emparentada con los verdugos del Gólgota le escarnecía. Le pusieron en la cárcel, le col-

maron de insultos, le dirigieron amenazas, y por último le expulsaron de la ciudad, so color de salvarle de los insultos de la chusma que le sigue y escarnece. Algunas personas influyeron para que fuese puesto en libertad. Como referia «L' Amico delle Famiglie», periódico de Génova: «conducido ante el señor Questor, fue interrogado y tratado con humanidad y respeto; esto puede ser cierto, pero no es menos verdad que fué llevado a la carcel, de la cual no se le sacó hasta la mañana siguiente a las once, con orden de abandonar inmediatamente a Génova. Quizá pedido por Casimiro, por ser la fiesta de la Ascensión del Señor, 3 de mayo 1883, entró en San Ambrosio, donde oyó misa y recibió la Sagrada Comunión. Salido de San Ambrosio, pasó por Santa Andrea y Ponticello y luego rápidamente por la Puerta-Pilla. Después fué visto en varias iglesias de la ribera desde donde envió a saludar a sus amigos, presentándoles sus excusas, diciendo que habia sido obligado a abandonar a Génova, sin concederle tiempo para despedirse siquiera de sus conocidos».

La conducta de las autoridades genovesas para con el peregrino piamontés era una lógica consecuencia de su modo de proceder. Hacía ya tres años que no permitian las procesiones del Corpus Christi; no era justo pues, que su más ferviente adorador recorriese libremente las calles y plazas de aquella ciudad, recibiendo de sus piadosos habitantes testimonios de sim-

patía y admiración, ya que un bando municipal les prohibía rendir ningún obsequio público al augusto e infable Misterio del amor. El discípulo no debía ser de mejor condición que el Maestro; y si una disposición arbitraria tenia encerrado en el sagrario al divino Maestro sacramentado, es claro que Casimiro, que reflejaba en sus palabras, en sus obras y en su vida toda, las sublimes lecciones del tabernáculo, debía ser encerrado en la cárcel, y sacado de ella, únicamente, para ser lanzado de la ciudad, como indigno de morar en ella...

Casimiro en Módena

Pasó Casimiro por Bógliasco, Sori y Zoagli. El dia 14 de mayo de 1883, el canónigo D. José León, director espiritual de la cárcel de Santa Eufemia en Módena, escribió a Génova una carta en la que entre otras cosas decia: «Cerca de dos días lleva en la cárcel de Santa Eufemia en esta ciudad, un joven vestido de peregrino, llamado Casimiro Barello. El se encuentra feliz de estar recluido; no se lamenta de nada, y ora constantemente; no piensa en la libertad, teniendo, como tiene, los pasaportes en regla. Despues de tres días salió de allí. Interrogados los guardias que le habían tratado, cómo pensaban de él, contestaron: Aquel joven hacía tal impresión, que parecía un angel, no un detenido. Pasaba dia y noche en oración y demostraba una alegria verdaderamente angelical».

Casimiro en Rímini

El día 23 de mayo se encontraba Casimiro en Rimini. Hacia las cuatro de la mañana entraba en la Catedral. Comulgó en compañía de otros que quedaron sumamente edificados. Oida la Santa Misa, se encaminó a la iglesia de Santa Clara, donde veneró la milagrosa imagen de la Virgen María, y oró ante su modelo San Benito de Labre. Allí se entretuvo hasta las once. Despues volvió a la Catedral, donde confesó con el sacerdote D. Serafín Guardini Quería marchar a Loreto, pero invitado a reparar sus fuerzas, por aquel sacerdote, hubo de aceptar por obediencia. Tenía gran reparo en acercarse a la mesa, pero cedió, constreñido por aquella virtud que tanto amaba.

Interrogado, dijo, entre otras cosas, que había pasado por Bolonia, donde vió a su antiguo coronel, que deteniéndole, le habló de esta suerte: «¿Qué idea te ha pasado por la cabeza?. Para hacer esa vida ¿no hubiera sido mejor que estuvieras a mi servicio?». Casimiro respondió: «Yo dejo a cada uno haga su agrado; los demás debían respetar mi modo de pensar y dejarme hacer aquello a que me siento inspirado.» Decía que a la mañana siguiente quería estar en Loreto para recibir allí la Sagrada Comunión. Mostró grandes deseos de ir a Roma y ver al Papa, pero desconfiaba tener este consuelo, atendida su especial condición. Interro-

gado cuantas misas había oido aquella mañana, creía había oido once, dijo. Nuestro buen sacerdote, al ver que tenía una mano rasguñada, preguntóle de qué era aquello, y refirió el peregrino que la noche anterior pernoctó en el campo, durmiendo cerca de una maleza, donde había muchas espinas.

Cuando hubieron comido, demostró al sacerdote su mas cordial agradecimiento y pidiole su bendición, manifestándole, al mismo tiempo, que jamás olvidaría sus beneficios.

Casimiro en Lanciano

Partió de Rimini, y para satisfacer sus deseos, marchó a Loreto, en donde estuvo dos días. A primeros de junio llegó a Lanciano, donde despertó enseguida la admiración del pueblo. Un canónigo, Arcediano de la Iglesia Metropolitana, demandaba con insistencia noticias de Casimiro, temiendo fuera un impostor. Descubierta su duda a uno de los hombres del pueblo, halló esta contestación: «Ah señor, no es un impostor, sino San Benito de Labre, que ha vuelto».

Marcha a la iglesia y allí vió a Casimiro, orando con tal recogimiento y fervor, que él quedó altamente edificado. Le llamó a si y pudo formar entonces un concepto cabal de su persona; tanto que pensó: ¡Este es un verdadero siervo de Dios! Preguntóle quién era, y Casimiro respondió humildemente: «Soy un pobre

peregrino que voy visitando a Jesús Sacramentado y los santuarios de la Virgen; a mi sustento proveo con la limosna». A la pregunta de si tenía bienes de fortuna, contestó que se había despojado de una pequeña herencia. Habiéndole ofrecido el canónigo una moneda de cinco liras, la rehusó, diciéndole la distribuyera entre los pobres.

Marchó a la Catedral, en donde siempre se le veía de rodillas, sin ningún apoyo, todo absorto en la oración. A la elevación de la Sagrada Hostia, estaban cerca de él dos jóvenes que no doblaron la rodilla. Cuando se marcharon, levantóse y corrió a besar el lugar donde aquellos habían puesto sus pies, sin duda para reparar la irreverencia hecha a Jesús Sacramentado. Todos los canónigos presentes quedaron edificados del recojimiento y fervor con que oraba, y el Ilustrísimo Señor Vicario General, entrando en la sacristía, mandó se rejistrase el nombre de aquel devoto.

A medio día Casimiro fue a comer con el Rvdo. Arcediano a un pequeño Instituto de Caridad, fundado por el mismo señor canónigo. Comió muy parcamente. El canónigo exclamó: «Qué hermosa jornada al tener por comensal a un hombre de tanta devoción!» Entonces habló Casimiro: «Las jornadas son todas igualmente bellas, cuando hay amor de Dios». Despues de comer sacó del bolsillo nueve monedas, que era todo el capital que poseía, diciendo: «Este dinero no lo puedo tener más tiempo», y

fué a depositarlo en el cofrecito de la limosna para el Instituto. Despues el canónigo manifestó sus deseos de lavarle los pies, a lo que Casimiro, avergonzado, no quería acceder, mas obedeciendo, consintió, mal de su agrado. Este sacerdote, para demostrale aun más su profundo afecto, le inscribió en la Orden Tercera de San Francisco, cuya cartilla se guarda con mucha veneración. Tuvo Casimiro un breve discurso para aquellos Hijos de San José, excitándoles al amor de Dios y a la observancia de la regla, con un lenguaje conmovedor y verdaderamente celestial.

A mediados de junio marchó de Lanciano, donando como recuerdo a aquel Rvdo. Arcediano, un viejo librito de la vida de San Ardovino. Cuando ambos se despedían, llamaron al señor canónigo para que fuera a administrar el Sacramento de la Penitencia. Este señor manifestaba deseos de prolongar la despedida, y Casimiro le advirtió: «No, padre, no debe perder el tiempo conmigo con detrimento de su deber», y arrodillándose inmediatamente, le pidió su bendición y partió.

Casimiro fue admirado por toda la ciudad de Lanciano, donde dejó huella indeleble de sus virtudes, y recuerdo gratísimo de su santidad.

Casimiro en Montefalcone del Saunio

Desde Lanciano marchó Casimiro a Montefalcone. Entró inmdiatamente en la iglesia, don-

de estuvo orando hasta la tarde. Observóse en él que por la noche, rehusando el albergue que le ofrecían personas caritativas, prefería dormir en el suelo. Por la mañana, al abrir la iglesia, se le veía en la misma actitud, de rodillas con los brazos cruzados ante el pecho, abrasado en amor tan celestial, que enternecía a cuantos le miraban. Un día viendo salir el Viático, se unió al acompañamiento, edificando a todos con su ánimo absorto en la Sagrada Hostia; luego, habiendo tornado a la iglesia, para reparar al Santísimo Sacramento, hacía repetidas genuflexiones, antes de acercarse al altar, y muchas veces, prorrumpía en sollozos, desahogando así su alma de aquel fuego sagrado que le devoraba.

El señor Arcipreste, enterado de todo, quiso hospedarlo en su casa. Pero en vano lo pretendió, porque cuando el peregrino pasaba por la plaza, los policías viéndole tan mal trajeado, descalzo, cón la cabeza descubierta, las manos juntas al pecho... en lugar de tomarle por una persona ingénua y buena, le creyeron un vagabundo y condujeron a la carcel. A tal noticia, el señor Arcipreste corrió pronto para obtener la liberación, quedando edificado al verle de rodillas con el semblante bañado en lágrimas de la más viva alegría, dando gracías a Dios, que con tanta frecuencia se dignaba templar su fortaleza en las plazas y en las cárceles. Procuró este señor el medio de librarle de la prisión, ofreciendo garantías a la autoridad. Conseguido su buen deseo, y noticiada a Casimiro la orden

de libertad, él no consintió salir hasta haber terminado su oración; cumplimentando luego a los que le habían encarcelado, por estimar este un señalado favor.

Casimiro en Trivento

Antes que Casimiro penetrara en esta ciudad, encontróse con dos villanos que viendo su raro aspecto, le insultaron, llamándole «el diablo». Nuestro peregrino, al sentir nombrar al enemigo de Dios, hizo la señal de la Cruz, y sacó su Crucifijo, rogando a aquellos que lo besaran, los cuales, enternecidos, accedieron a sus deseos, y no le insultaron más.

De la estancia de Casimiro en Trivento, y en otros lugares de la misma diócesis, habla el entonces Obispo de aquella ciudad Fray Luiz Agazio, y dice entre otras cosas: «Casimiro Barello llegó a Trivento, en calidad de peregrino, en junio de 1883. Fué directamente a la Catedral, allí arrodillose ante el altar del Santísimo Sacramento, y oró con su peculiar devoción; luego pasó a la sacristía en demanda de un confesor para reconciliarse; a este fin se avisó al Vicario General D. Francisco Salverio Cioffi, quedando este señor entusiasmado de la piedad del penitente, tanto, que encargó a uno de los camareros del Palacio episcopal observara de cerca al peregrino, con el fin de hospedarlo en aquella residencia. Pero este buen deseo no dudo llevarse a cabo, porque el siervo de Dios

había salido de la ciudad, marchando a dormir al campo, como tenía de costumbre, sobre la desnuda tierra. Una señora aseguró haberle visto tendido sobre un espino».

«En la mañana siguiente de su llegada a Trivento, volvió a la Catedral, donde comulgó y oyó varias misas, dando ejemplo al pueblo con su compostura. Hacia las diez de la mañana, mi Vicario, que había hablado con él la tarde anterior, le llamó a Palacio para dármelo a conocer. Me lo presentó, y a primera vista, hízme la impresión de un verdadero hombre de Dios. Tuve con él un detenido coloquio, que me agradó en extremo. Interrogado porqué prefería las ciudades a las aldeas, contestó: «Por tres razones; porqué en las ciudades encuentro las Cuarenta Horas y puedo pasar el día delante de Jesús Sacramentado, donde viviría siempre, y donde encuentro mis delicias. Porque en las ciudades hay más pecados y yo entiendo hacer penitencia y reparar, en lo que puedo, las ofensas a Dios; y por que en las ciudades hay más lujo y más afan por las cosas temporales, y yo entiendo dar ejemplo contrario, con el desprecio de todo lo que priva y se busca en el gran mundo».

«Viéndole descalzo y con la cabeza descubierta, quise remediar en algo su necesidad, y le ofrecí cinco francos, que él no quiso aceptar. Pero, a instancias mías, dijo, tomaría únicamente lo necesario para la jornada; cojió dos francos, y le invité a que volviera a comer conmi-

go... No muy bien hubo salido de Palacio, distribuyó los dos francos entre los pobres... Poco despues del medio dia tornó a Palacio, y creyendo comer cualquier vianda, cuando vió que debia sentarse a la mesa conmigo, echose a tierra, llorando excesivamente, porque se creia indigno de comer con el Obispo. Sin embargo, cedió en fuerza a la obediencia. Su compostura y modestia fueron para mí edificantísimas. Para que se acordara de mi en sus oraciones, le dí una tarjeta que él tomó con alegría, besándola y guardándola en su librito; otro tanto hizo mi Vicario. Pidióme licencia para salir, y recibida la bendición y un abrazo cariñoso pasó al departamento de mi Vicario. Este tuvo con él una larga conferencia, quedando maravillado al oirle hablar de religión y ascética, como si estuviese versadísimo en conocimientos teológicos y morales. Mi Vicario le aconsejó, ante las instancias de muchas personas que querían agasajarle, no entrara en ninguna casa a excepción de la de su abogado, católico fervoroso, llamado Antonio Ciafardilli, donde iba siempre acompañado de uno de mis domésticos. Casimiro obedeció ciegamente, y cuando por vez primera, fue a aquella casá, le presentaron a toda la familia, y viendo a cuatro hermanas del abogado, las saludó diciendo: «Todas esposas de Jesucristo». Tuvo luego un largo discurso en presencia del abogado y de todos sus parientes, entusiasmándoles con sus doctrinas tan sublimes y conmovedoras. Al despedirse,

acompañáronle todos, y junto a la puerta, exclamó, dirigiéndose a una de aquellas jóvenes: «Sea obediente, y no deje la comunión diaria». Efectivamente, aquella joven comulgaba con frecuencia y, por timidez algo escrupulosa, no lo hacia todos los días».

Al tener noticia de la muerte de Casimiro, tanto se interesó el señor Obispo por adquirir noticias de su peregrinación por Trivento y otros paises, que a dicho señor se deben varias relaciones de nuestro peregrino.

Casimiro en Salcito, Frosolone, San Biase y Agnone

Marchó Casimiro a Salcito, distante cuatro kilómetros de Trivento. Allí fue conducido, con burlas, a un café en que habia muchos jóvenes imprudentes; mas él, todo soportándolo con calma, y hablando un lenguaje muy inspirado, conmovió a toda aquella concurrencia. En Frosolone fue acogido Casimiro con entusiasmo por el pueblo. El docto Arcipreste D. Domnicangelo di Iorio y otro sacerdote, hablaron con él en amigable coloquio, haciendo Casimiro hermosas disquisiciones sobre materia de gracia. El Arcipreste le hospedó en su casa, y habiéndole señalado una estancia con lecho, el peregrino pasó toda la noche en oración, arrodillado en el suelo.

De aqui pasó a San Biase. Habia allí un comisario incrédulo, que mandó conducir a la car-

cel al peregrino, como vagabundo y pordiosero. El Arcipreste de aquella localidad se interesó por sacarle de la carcel. El comisario interrogó bruscamente al penitente, en presencia del Arcipreste, diciéndole por qué motivo se daba a aquella vida de peregrinación y penitencia, y si su actitud obedecía a cualquier visión. A lo que respondió Casimiro:, «para llevar la vida que llevaba, solo basta la fé, sin necesidad de visión». Estas palabras sorprendieron vivamente al Arcipreste y regio comisario.

Tambien estuvo en Agnone. En la mañana de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, fué visto en la iglesia de la Anunciata, arrodillado junto al altar de Santa Filomena, adorando al Santísimo Sacramento presente en el altar mayor. Llegada la hora de cerrar la iglesia el sacristán mandó salir a los pocos devotos que quedaban. Viendo a Casimiro sospechó de él y le intimó a que inmediatamente abandonara el templo. El buen peregrino, absorto en la más alta contemplación, no le dió respuesta y el sacristán, afianzado más en su sospecha, le tomó del brazó, levantandole a la fuerza, y le llevó hacia la puerta. Casimiro andaba con pena vuelto el rostro al altar mayor; aferrose con una mano a la pila del agua bendita, y el sacristán tirando de él con más fuerza, le dejó caer; el peregrino dió un suspiro y salió de la iglesia sin mostrar el menor sentimiento ni decir palabra contra el sacristán... Este cuando vió el retrato de Casimiro, ya muerto, lo reco-

nació, diciendo con pesadumbre: «Si hubiera sabido de él lo que sé ahora, de buena gana le hubiera dejado estar en la iglesia toda la noche».

¡Oh cuan dichosas las almas que contemplan a Casimiro, y de él aprenden una lección sencilla de amor y de virtud! Elevemos nuestro corazón al cielo, y ya que no nos es dado imitar a nuestro peregrino en su vida pública, pidamos al Altisimo, frecuentemente, por la conversión de las almas. Aproximémonos al Sagrario y gustaremos de las mieles que, tan prodigiosamente los ángeles ponian en los labios de Barello.

Vamos a recorrer con nuestro peregrino los últimos lugares de Italia, que fueron teatro de mortificaciones y desprecios, pacientemente tolerados, por el gran siervo de Dios.

Casimiro en Campobaso, (Nápoles), de donde es conducido por la fuerza pública a Cavagnolo

Casimiro estuvo en Campobaso en agosto de 1883, en donde frecuentemente se le veia acompañado de muchos rapaces que, embelesados y con gusto, escuchaban sus palabras. Fue detenido por la policia, como si fuera un mentecato y encerrado en la carcel por espacio de siete u ocho dias. Despues, habida buena información de Cavagnolo, fue puesto en libertad. Tuvo que presentarse a la autoridad militar a fin de que le fuera revisada la cartilla militar, como la ley

prescribía. Los representantes de la pública seguridad ordenaron fuera remitido a su tierra, atado con esposas y vigilado como si fuera un insigne malhechor.

Le dijeron que muchas personas le tenían por loco, en vista de la vida que llevaba y él repuso; «puede ser, pero no estaré mucho, pues no hago cosas que perjudiquen a los demás, como suelen hacer los locos. Algún poco si que estaré; pero no del todo. Y si faltare en aparecer como loco, yo diría: Señor, Vos me habeis enseñado a hacer el loco, pues Vos hicisteis locuras por mi, y como tal fuistes tenido en el mundo».

Condujéronle de Campobaso a Pistoya, despues a Pisa, Livorno y Génova, donde fue encerrado en la cacel de San Andrés; de Génova llevároule a Torino, luego a Crivaso. Habiendo llegado Casimiro a este lugar con la policía al lado, las gentes murmuraban: «¡Un frate in prigione, un frate in prigione!» En poco tiempo reconcentrose en la plaza de la iglesia una muchedumbre que al ver al peregrino conducido por la policía, en un carro descubierto, lanzó un vocerío infernal, mezclado con toda suerte de insultos e improperios al penitente, que con las manos cruzadas sobre el pecho, permanecía impasible, soportándolo todo por amor de Dios.

Antes de llegar a Cavagnolo, los guardias quisieron dejar al prisionero, mas él les rogó no le desataran, manifestando su deseo de que le vierán asi sus compatriotas, y añadiendo

que ya que nuestro Señor, modelo de inocencia, habia sido atado repetidas veces, él queria soportar aquella mortificación.

Se dice que momentos antes de entrar en Cavagnolo, encontráronse en el camino con algunos vecinos, familiares de Casimiro que, al verle conducido, mostraron su disgusto y sentimiento. El les dijo: «por qué os entristeceis por mi...? Yo soy el hombre más afortunado del mundo. Mientras otros se marchan lejos de su patria y por su extremada pobreza no pueden volver a ella, a mi me traen gratis y mantenido y, además, siempre acompañado de estos señores tan galantes, que son mis amigos». Los guardias estaban maravillados de la paciencia invencible de aquel joven. Uno de ellos, admirando el grado sublime de virtud del prisionero, exclamó: «Si todos los malhechores fueran como este, estarian demás todos los guardias y policias, y el mundo podria vivir tranquilo.

CAPITULO VI

Casimiro en Cavagnolo, hasta su llegada a España

A mediados de septiembre de 1883 entraba el penitente en Cavagnolo, en su última vuelta a su patria. La policia le entregó a la autoridad; esta despues de unas interrogaciones, le puso en libertad, exhortándole a permanecer al lado

de su familia. Mas él, viéndose libre, marchó enseguida a la iglesia, donde tenia su tesoro. Hacia muchos días que no habia comulgado, y ya que no podia facilmente satisfacer sus ardientes deseos, por ser más de medio dia, estuvo mucho rato junto a Jesús Sacramentado.

Ya casi de noche salió de la iglesia, marchando a su casa, donde fue recibido con gran contento de su hermano y familiares. Estuvo en compañía de su hermano por espacio de un mes, en cuyo tiempo llevó el método de vida ya en él peculiar; iba muy de mañana a la iglesia, oia la Santa Misa, recibiendo la Sagrada Comunión y prolongando el ayuno hasta la tarde...; mostrábase siempre alegre, y a todas horas buscaba mortificaciones y desprecios... Por la tarde comía en su casa y pasaba con sus parientes un rato de solaz, siempre afable con todos y exhortándoles a vivir santamente, cumpliendo la ley de Dios.

En aquellos intimos coloquios habló de su estancia en Génova, de sus arrestos en las cárceles y demás aventuras que en sus viajes acaecieron. Preguntáronle cómo habia proveido a sus necesidades, y él contestó: «La Divina Providencia que cuida de los pájaros del aire, pensó en mi y siempre tuve lo necesario, y si alguna vez sufrí privaciones, Dios me sostuvo en todo momento. Interrogado qué había hecho del vestido que llevaba cuando salió de su casa, respondió: que siéndole bastante incómodo para caminar en el estío, lo cedió a un pobre

que lo necesitaba. Esta vez iba vestido con una larga túnica, atada con una cuerda a la cintura. Sus parientes le aconsejaron abandonara aquel hábito y adoptara un vestido más conveniente, para no exponerse a las burlas y dicterios de las gentes. Mas él que buscaba los desprecios, nunca se despojó de aquellas mezquinas ropas.

Muy grande era en Cavagnolo la fama del santo peregrino, y prodigiosas narraciones se hacían en torno a su persona. Cuando se supo que había muerto en España, en olor de santidad, uno exclamó; yo siempre dije que aquel joven era un santo. Otros decían; teníamos un santo en casa y no queríamos conocerle. Al principio de su vida pública, dudaron de él los cavagnolenses; ahora ya conocían las prendas que atesoraba aquella alma privilegiada... Pero debía muy pronto abandonar su país para siempre. Un día, hablando con su hermano, dijo: «En algunos países me han tenido por loco; a mí nada me importa eso; al final veremos quien fue más loco, si yo orando y haciendo penitencia, o aquellos en vano locos por los placeres y cosas temporales».

Con esta observación referíase el peregrino al premio o castigo que en el día del Juicio recibirán los mortales, en consonancia con los actos de su vida. Alude tambien, sin duda, a la gloria que pronto conquistaría y de la que España daría elocuente testimonio predicando con entusiasmo el nombre inmortal del penitente de Alcoy.

Casimiro anhelaba por momentos proseguir su vida de peregrino. Sus familiares, por el contrario, le instaban a que permaneciese en su casa. No les faltaban argumentos para convencerle. La Questura, por otra parte, le perseguía, y por la menos sospecha era conducido a la cárcel. Sus actos tan humildes, llenos de desprecio, eran considerados por sus parientes como motivo de deshonor para ellos y agotaban todos los medios para hacerle desistir de sus propósitos, comprometiéndose a mantenerle y darle amplia libertad para que orase todo el día, con tal que dejara aquella vida de vagabundo.

Al principio, en vista de las grandes dificultades que se oponían a su peregrinación por Italia, tuvo intención de construirse un pequeño albergue para vivir solo y alejado del mundo. Tenía pensado hasta las dimensiones del mismo: alto, estrecho, y de unos dos metros de largo, destinado a la oración. No muy bien había puesto mano a la obra, cuando le visitaron sus parientes y pudieron observar el sitio donde venía pasando ya algunas noches.

Pero su espíritu no estaba tranquilo y sentía la voz del cielo que le mandaba peregrinar, para seguir dando al pueblo extraordinarios ejemplos de devoción y penitencia. Con fecha 4 de octubre escribió, por conducto de su Arcipreste, a su director espiritual, cómo había sido conducido a su casa, donde hubo de permanecer algún tiempo, y que, ante la imposibilidad de continuar peregrinando por Italia,

estaba decidido a hacerlo por España. Casimiro le pedía consejo; mas como tardaba la respuesta, determinó partir, marchando a Génova, donde personalmente hablaría con él. Cuando llegó a Cavagnolo la deseada respuesta, en la que su director le manifestaba su conformidad a que peregrinara por España, Casimiro se encontraba ya en camino hacia Génova.

Casimiro pide los pasaportes y parte hacia España

La tarde antes de partir se presenta en el Ayuntamiento para pedir una certificación de conducta y las treinta liras que le cogieron en Campobaso y fueron remitidas por el questor de aquella ciudad. El Síndico le dijo: «Yo tengo orden del Pretor de no darte el atestado que demandas; tu debes permanecer en tu casa». A lo que contestó Casimiro: «Un deber me llama a otra parte; con la carta o sin ella, mañana me marcho, y la fuerza pública haga de mi lo que quiera». El Síndico repuso: Mira, amigo, que obrando así, traes deshonor a ti, a tu hermano y a tus parientes a los cuales causa dolor el verte con ese hábito y siempre en manos de la fuerza pública. Casimiro respondió: «No quisiera que mi conducta sirviera de escándalo, ni de deshonra para nadie, antes fuera de edificación y de gloria». «Casimiro, replicó el Síndico, si haces lo que te digo, quedarás tranquilo y feliz, a la vez que contentarás a tus pa-

rientes. No te marches, deja ese hábito, viste como los demás y busca la fortuna, como hacen todos, de lo contrario tus dias tendrán mal fin». El peregrino contestó con vehemencia: «Jamás, jamás abandonaré estos andrajos, ni cambiaré de vida; aun cuando me ofrezcan todos los honores y riquezas del mundo. Dejaré esta vida cuando la muerte me lleve al sepulcro. Sepa, señor, que la mayor fortuna que yo pueda desear en este mundo, es hacer la vida que hago, e infeliz de mi si la abandono».

Ante esta decisión inquebrantable, diéronle la carta y las treinta liras. Entonces para que vieran el aprecio que hacia del dinero, rompió en dos pedazos el billete de las treinta liras, diciendo que él no buscaba bienes terrenos, sino otros bienes más preciosos... Y dando un apretón de manos a los allí presentes, partió.

El dia 8 de octubre por la mañana, muy temprano, salió de su casa y se encaminó a la iglesia parroquial de Brozzolo para recibir la Sagrada Comunión. De aqui, pasando por San Cándido de Numirengo, marchó a Casale, donde le prendieron por sospecha, llevándole en observación a la questura. Allí mostro sus pasaportes y dijo que podían informarse de un sacerdote, tio suyo, llamado Don Santiago Morello, que a la sazón era Rector del Hospital del Espíritu Santo de aquella población. Fueron a informarse de dicho señor, que se hallaba enfermo, y acompañado de otro tio de Casimiro, a quien ya conocemos con el nombre de

Domingo Morello. Una vez en antecedentes del peregrino, entregáronle a su tío, con la condición de que no prosiguiera el viaje y volviera a su casa... Cuando se vió libre, agradeciendo a sus tíos el buen oficio que le habían prestado, despidiose de ellos, diciendo que iba a Génova a consultar con su director su proyectado viaje a España.

Pasó por San Salvador y Alejandría; estuvo en Sampierdarena, y de Génova, en cuya ciudad no le permitieron entrar, llegó a Arenzano.

Casimiro en Arenzano, (Italia) en Frejús y San Máximo, (Francia)

A mediados de octubre fue visto en la iglesia de Arenzano, donde entró muy de mañana. En el mismo día por la tarde, aun permanecía orando junto a Jesús Sacramentado, sin preocuparse de buscar alojamiento donde pasar la noche. A la mañana siguiente salió de este pueblo, continuando su camino para España. El 28 de octubre de 1883 entraba Casimiro en Francia y se hallaba en la ciudad de Frejús, desde donde, por medio del Abad D. José Cappati. de los Mínimos de San Francisco de Paula, escribió a su director, dándole noticias de su viaje y significándole que se encontraba bien y partía para Tolón y Marsella. He aquí lo que dice aquel Reverendo Abad respecto al peregrino.

«En los tres días que Casimiro estuvo en Frejús se hospedó en el Seminario, donde se distinguió por su espíritu de oración. Todos los días venía a la iglesia de San Francisco de Paula y oraba con gran fervor, sin moverse y como absorto en profundo éxtasis. Antes de marchar de esta ciudad oyó Misa y comulgó y le invité a desayunar conmigo. El no aceptaba mi invitación, excusándose con que era pobre y no merecía ser tratado con grandes consideraciones... Procuré disuadirle de su modo de pensar, y ante mis reiteradas instancias, besó la tierra y me siguió... En la colación fue muy parco; un poco de café casi sin azucar y dos pedazos de pan tostado, esto fue todo. Yo le observaba con atención, cautivándome su mirada penetrante y misteriosa; palabras dulces y afables salian de sus labios. No puedo expresar qué notaba en él, aunque sí, algo muy particular y nada común. En su porte demostraba tener un alma serena y tranquila... Cuando nos levantamos de la mesa, se arrodilló a mis pies súbitamente, testigo mi doméstico, y me pidió la bendición... Al separarse de mi y darme el último adios, no pude contener las lágrimas que descendian de mi rostro, como si algo muy grave ocurriera en mi interior...»

Casimiro en San Máximo

El primero de noviembre, entraba Casimiro en San Máximo, donde visitó la iglesia dedi-

cada a este santo y en la que se conserva la cabeza de Santa María Magdalena. El sacerdote I. Ismard, de la mentada iglesia, dijo lo siguiente: «Estoy muy satisfecho por haber visto a un segundo José Labre orar mucho tiempo en nuestra bellísima iglesia. Desde las cinco de la mañana hasta el medio día estuvo en oración tan fervorosa, que parecía abstraído en Dios. Antes de salir de nuestra Basílica aquel joven extraordinario, atendiendo a mi deseo de tenerle a mi lado unos momentos, vino a la sacristía, estando yo rodeado de muchos niños que pronto habían de hacer la primera Comunión. Yo le hablé de este modo: ¿Qué diría yo de parte vuestra a estos niños que se preparan para hacer la primera Comunión? El santo penitente respondió: «Dígales que es cosa importantísima, pongan la mayor solicitud en disponerse para recibir bien la primera vez a Jesús Sacramentado. Si hacen bien la primera comunión, el Señor les concederá la gracia de hacer bien la última, siendo esta una recompensa de Dios. A este fin rogaré muy gustoso por ellos». Y añadió otras palabras fervorosas llenas de virtud y santidad. Le ofrecí dinero. Mas él me dijo que no podía aceptar otra cosa que un poco de pan. Interrogado por mi a donde se dirigía, respondió que quería visitar el sepulcro de Santiago de Galicia...» Mas los designios de Dios le empujaron hacía la hermosa tierra de levante sin lograr sus deseos de visitar la tumba del Apostol. Dios le guiaba y conducía a es-

ta bendita tierra para que echase aqui su inflamado corazón las postreras llamaradas, y nos abrasase a todos en el fuego del divino amor.

CAPÍTULO VII

Tercer viaje de Casimiro a España

«¡Ya es nuestro para siempre Casimiro, exclama el Reverendo P. Solá en su oración fúnebre y pronto llegará al término de su fatigosa peregrinación!». Casimiro peregrina pór Cataluña y Aragón hasta llegar al reino de Valencia. Aqui le ven los vecinos de Turís en 3 de enero de 1884. En esta fecha Casimiro escribió nuevamente a su director en Génova; le enviaba sus noticias, poniéndose en todo a sus órdenes, y su dirección para Alicante por donde intentaba proseguir su camino. Pero el Señor dispuso las cosas de manera, como vamos a ver.

Casimiro en Valencia

¿Cómo se entretuvo Casimiro en Valencia, puesto que no entraba en su ánimo el permanecer allí un momento, sino de marchar apresuradamente a Alicante? La explicación de este hecho nos la dá el Reverendo D. José Cervera, Beneficiado de los santos Juanes de Va-

lencia, el cual fue uno de los primeros que conoció a Casimiro, y que tanto cooperó a hacer apreciar sus grandes virtudes. Este sacerdote, habiéndose hecho bien pronto el confidente de Casimiro, escribió muchas veces por encargo de él a su director, y despues de la muerte del penitente, puso gran diligencia por recojer cuantas noticias pudo, y se mostró a todas horas muy diligente en trasmitírselas. Este señor hace constar que cuanto refiere, o lo vió por sus propios ojos, o lo recibió de personas dignas de todo crédito. Cuyas referencias, en cuanto a la estancia de Casimiro en Valencia, van insertas a continuación.

Junto Casimiro la primera vez a las puertas de Valencia, no quiso entrar en la ciudad, y tomó el camino que le habia de conducir a Alicante. Pero en vano, porque llegado a Silla, erró el camino, y creyendo que se dirijía a Alicante, vino a encontrarse a las puertas de Valencia. Esta vez tampoco quiso entrar, y tomó el camino que le indicaron para Alicante. Caminó varias horas, pero errado otra vez el camino, se encontró por tercera vez a las puertas de Valencia. Ahora bien; ¿no se puede afirmar, en vista de esto, que Dios guiaba a Casimiro en sus peregrinaciones?. Él bien lo sabia, y habiendo visto clara la señal de ello, en este errar de camino, y conociendo que Dios le llamaba a Valencia, dijo: «Yo no resisto más; Dios quiere que entre en esta ciudad». Y entró, y contó despues lo que le habia pasado.

El interés de Casimiro de marchar apresuradamente a Alicante, refiere un Padre de la Compañía de Jesús, fue, que sabedor Casimiro, que de dicha ciudad fueron expulsados unos religiosos de la misma Compañía, que se encontraban dando una misión, él deseoso de la salvación de las almas, quería marchar allí, para con su ejemplo ver si podía conseguir la salvación de alguna de ellas, o sufrir, por el Señor, la persecución y el destierro. Mas no fue digno Alicante de ver a Casimiro.

Era a primeros de año (1884), cuando entró Casimiro en Valencia y visitó primero el pozo milagroso de la casa de San Vicente Ferrer. Despues se retiró a la iglesia de la Casa Beneficencia, donde se celebraban las Cuarenta Horas. El primer día fue observado por algún curioso, pero nadie hizo caso. Llegado el día siguiente, por cansancio o por estar ayuno desde largo tiempo, se desvaneció y mareó y fue obligado a sentarse. Habiéndolo notado una piadosa joven llamada Antonia Planells, subió a las monjas y le trajo una taza de caldo, con algo de comer que él recibió con afecto de gran reconocimiento. Después estuvo todo el día en la iglesia postrado delante del Santísimo Sacramento, expuesto a la veneración de los fieles. Y de esta manera continuó haciendo después.

Caritativas personas, sabedoras de que se retiraba a pasar la noche en un pajar de la huerta, le ofrecieron alojamiento en la ciudad,

pero mostrándose agradecido por aquellos corteses agradecimientos, los rehusaba diciendo que, a su condición de pobre peregrino le estaba mejor aquel pajar.

Entre las personas a quienes movió la curiosidad, figuraba un caballero profundamente piadoso, D. Teodoro Minguet y Rosell; este se dedicó a observar atentamente las penitencias extremadas y la acrisolada piedad del penitente, el cual pasaba en el templo doce y catorce horas seguidas, siempre de rodillas, oyendo las misas que se celebraban, en las cuales se levantaba solo un momento durante la lectura del Evangelio, permaneciendo el resto del tiempo en extática adoración e inclinado muchas veces al suelo con violentísima y difícil posición. Observó además el señor Minguet, la humildad y mansedumbre con que procedía en todo aquel misterioso personaje, razón por la cual se decidió a seguirlo por ver dónde se albergaba y ofrecerle su casa. No era tan facil como creyó el señor Minguet su empresa. Al principio acompañaba a este señor, tras el penitente un número de curiosos que fue aumentando hasta las afueras de la ciudad; mas desde allí empezó a reducirse el grupo, quedando solos en el camino de Campanar el señor Minguet y Casimiro.

Hasta casi dos kilómetros de camino siguiole el señor Minguet; de pronto parose Casimiro, sentose en un ribazo, y sacando unos mendrugos, los mojó en el agua de una acequia y co-

miolos juntamente con algunas yerbas cogidas al acaso. Terminada tan frugal comida, prosiguió su camino, perdiéndose a la vista del señor Minguet entre las sombras de la noche que extendía ya su obscuro manto sobre la tierra. Después se supo que pasaba las noches en un miserable pajar que había en dirección al citado pueblo de Campanar, y a media hora de Valencia.

Volvió el señor Minguet al otro día a la iglesia del Hospital, y en cuanto vió al joven penitente, se afirmó más y más en su propósito de llevárselo a su casa. Aguardó para el efecto que terminase el culto del día, y al llegar la noche siguió a Casimiro como el día anterior; y cuando se hallaron solos, ofreciole hospedaje, pintándole con vivos colores los peligros que corria, solo en el campo y expuesto a las asechanzas de algún malvado que se atreviera a atentar contra su vida, si por acaso se llegaba a descubrir el lugar de su refugio. A nada quiso atender nuestro admirado joven, contestando que se hallaba bien como estaba, y «solo, dijo al señor Minguet, puedo admitir su oferta, por un acto de obediencia a mis superiores». Nada objetó a esto el referido señor, pensando aprovecharse de la contestación.

A la mañana siguiente comunicó su pensamiento de caridad, el señor Minguet al dignísimo Beneficiado de San Andrés, D. Ginés Segarra, a quien relató además cuanto ocurria. «Mire usted D. Teodoro, que lo que usted me

acaba de referir es tan grande y tan sublime, que aun teniendo una voluntad de hierro, no sé como sería posible hacer lo que usted me cuenta que ese joven hace», repuso el señor Segarra, cuando el señor Minguet hubo terminado su relato. A lo que contestó este señor: «la voluntad de Casimiro no es de hierro, es de oro».

Convinieron después ambos señores en la manera de obligar a Casimiro a aceptar el hospedaje, que por su bien se le brindaba, y al efecto, apenas llegó el señor Segarra a la iglesia del Hospital, mandó llamar a Casimiro que se hallaba en la reverente actitud de siempre ante el Santisimo Sacramento, y en la sacristía tuvo con él una larga conversación de la que quedó prendado el dignisimo sacerdote, formando desde luego un concepto de Barello muchísimo más elevado aún del que había formado al oir la relación del señor Minguet.

Después de la conversación, díjole el señor Segarra: «Tu me has dicho que la obediencia es uno de tus mayores deberes; espero que harás pues, lo que te mande». El penitente no contestó, pero su humilde actitud indicaba al ministro del Señor que estaba a su disposición. Seguidamente sacó el señor Segarra una tarjeta de visita, la hizo en dos pedazos y le dijo: «Toma esta media tarjeta. A la persona que te entregue la otra mitad, has de seguir, y ejecutarás cuanto ella te mande». A la caida de la tarde, concluida la reserva, presentose el señor

Minguet a Casimiro con la media tarjeta consabida. Casimiro, después de echarle una penetrante mirada, le siguió docil como un corderillo.

Casimiro en casa del señor Minguet y método de vida que observó en Valencia

Llegados a su casa y al sentarse a la mesa, exclamó Casimiro: «Padre, me has engañado». Este es el titulo que dió a D. Teodoro desde que se hospedó en su casa. Con las palabras «padre, me has engañado», aludia Casimiro al silencio que guardó el señor Minguet, cuando aquel le dijo que necesitaba el permiso de sus superiores para hospedarse en poblado. Desde el 6 de enero se hospedó en casa de este señor. Y no porque a Casimiro se le habia hecho trocar el miserable pajar a la intemperie, donde se albergaba, por la cómoda vivienda del piadoso caballero, se crea que dejó de seguir su ejemplar y edificante vida. En la comida era parco, como siempre, y los manjares procuraba a fuerza de agua, hacerlos desabridos e ingratos; asi mismo observose en los primeros dias, que el único colchón colocado sobre el duro suelo, sin manta ni abrigo de ningún género, que constituía su cama, no conservaba huella de que se hubiera acostado en él nuestro amado joven, el cual por otro lado pasaba horas enteras ante una imagen de la Virgen que había en un cuarto.

El método de vida que él tuvo constantemente todos los días que permaneció en Valencia, fue el siguiente. Por la mañana, alrededor de las cuatro, se marchaba a la puerta de cualquier iglesia, y se estaba arrodillado, meditando y rogando a Dios hasta que la abrieran. Entraba, oía todas las misas que podía, recibía la Sagrada Comunión, y después de larga y fervorosa acción de gracias, se retiraba a la iglesia donde en aquel día se celebraban las Cuarenta Horas, y allí postrado, sin apoyo ninguno y ordinariamente sin desayunarse, permanecía hasta el anochecer en actitud tan dulce y fervorosa, que aún las mismas personas más indiferentes, quedaban maravilladas y conmovidas, y todos reconocían que él estaba fuertemente atraído por la presencia del Señor y deliciosamente absorto en celestiales contemplaciones. Terminadas las funciones de las Cuarenta Horas, salía de la iglesia, y una gran multitud lo observaba y se ponía a su alrededor para conocerlo, tratarlo y encomendarse a sus oraciones. Él se escabullía lo más pronto que le era posible, con breves y finas palabras, y se retiraba para comparecer en la mañana siguiente.

Encontrándose Casimiro orando en la iglesia de «Corpus Christi» de esta ciudad, en la exposición de las Cuarenta Horas, el pertiguero, cumpliendo una de las prescripciones de las constituciones de esta iglesia por el Beato Juan de Ribera, despidió a Casimiro, por llamarle la atención su modo raro de vestir; a cuya orden

obedeció el buen Casimiro, y arrodillose a la puerta del templo, continuando absorto su oración, en el momento que caía copiosa lluvia.

Consiguió la familia del señor Minguet que aceptase Casimiro, por mediación del señor Segarra, un hábito que se le hizo en forma de túnica de la Orden de los Padres Franciscanos. Consiguiose tambien que se dejase cortar los cabellos a rape y recortar la barba; mas debió verse demasiado mundano, y para no desmentir su humildad, púsole el buen Casimiro a su nuevo hábito unos grandes pedazos, para que pareciese más viejo.

Con tan gran austeridad de vida, unía muy bellas maneras; siempre estaba contento, jovial y afable con todos y sabía salpicar su lenguaje con graciosas e inocentes ocurrencias. A una cieguecita que se le acerca angustiada por que no veia, le dice: «no se aflija usted por no ver, pues lo que más vemos con los ojos materiales es el mundo, y este nos engaña y nos hace perder el cielo; usted como no ve el mundo no será engañada por este, y asi no perderá el cielo.

Personas piadosas y caritativas le ofrecian limosnas, pero él las rehusaba, diciendo que no tenia necesidad, bastándole la pequeña refección que solía tomar por la noche. Y no permitiéndole su delicada conciencia tomar este escaso alimento sin ganárselo con el trabajo de sus manos, se ocupaba tres meses cada año en rudos trabajos, cuyo jornal repartía entre

los pobres, asi como otras limosnas que pedía. Tres meses trabajó, en fuerza de este propósito, en la perforación de los túneles de Canfranch.

A una gran cantidad que le ofrecieron contesta, que no tenía necesidad de nada, sino de orar por él y por los pobrecitos pecadores.

La fama de sus virtudes iba extendiéndose por la capital del reino valenciano, y la calle de Rubiols, casa numero 1, que era la habitada por el señor Minguet, se veia a todas horas del día y de la noche, bullir de gentes que entraban y salían; y no se crea que eran gentes ignorantes, que era el vulgo quien allí acudía, era la población en masa, personas de todas condiciones, que sin distinción admiraban las sublimes virtudes que resplandecían en aquel ser verdaderamente extraordinario. Hasta los más indiferentes y los más incrédulos quedaban admirados de cuanto veian y oian.

Se adquieren informes directos de su director espiritual

Como es natural, se trató de adquirir informes directos de tan admirable joven, y al efecto escribió el Rvdo. D. José Cervera desde Valencia, al Vice-Rector del Seminario de los Siervos de María en Génova, D. Juan Bta. Semino, persona, como sabemos, que trató intimamente a Casimiro, como a director espiritual del mismo. He aquí la contestación que el referido Vice-Rector dió;

Génova 19 de enero de 1884.

Reverendo Sr. D. José Cervera

Recibi ayer tarde su muy grata del 11 del actual en la que me pide informes del joven Casimiro Barello, hijo de Cavagnolo. Muy justo es el deseo de V. y yo con sumo placer y diligencia le respondo para satisfacerle en cuanto me será posible.

Creo positivamente que no ha errado V. al creer poseido de un buen espiritu a nuestro amado joven Casimiro. Yo creo conocerlo bien a fondo, ya por haber tomado informes de su persona de fuente muy segura, ya tambien por por haberlo examinado muy diligentemente.

Puedo por tanto asegurar, sín el menor temor de errar, que no solamente no es un impostor, sino por el contrario, es un alma en la cual el espíritu del Señor quiere manifestarse de un modo no común.

Tambien nosotros, al principio, tuvimos los mismos temores que V. y pensamos aconsejarle que se hiciese religioso; pero habiendo examinado y conocido mejor su espiritu, vimos claramente que hay en él verdaderos indicios de que Dios le llama a ese género de vida de peregrinación.

El tiempo que permaneció en Génova, observaba las mismas reglas de vida que, según dice V. observa ahora en esa ciudad de Valencia, y tambien aqui llamaba la atención de todas las personas piadosas.

Es cuanto puedo decirle para la tranquilidad de Vdes. Por lo demás pueden Vdes. interrogar al mismo joven. Tengo sumo placer de que encuentre personas piadosas que se interesen por él, y sacerdotes celosos que le protejan.

Tenga V. la amabilidad de saludarlo afectuosamente de mi parte, entregándole la adjunta esquela. No deje V. de ayudarle en cuanto le sea posible, confiado en que el Señor bendecirá sus solicitudes.

Dígnese V. aceptar mis cariñosos afectos y encomendarme a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, a quienes sea dado honor y gloria por todos los siglos. Suyo affmo. servidor, Juan Bta. Semino Pbro.

A continuación va la carta para Casimiro, a que la anterior se refiere. Dice asi:

Génova 19 de enero de 1884

Mi amadísimo en Jesucristo Casimiro Barello: con sumo placer he recibido nuevamente noticias tuyas por conducto de ese buen sacerdote que tan caritativamente se interesa por ti, y me sirvo de él para remitirte esta esquelita.

No te repito lo que ya te dije en la carta que te dirigí a Alicante, porque creo que ya la habrás recibido. (Ya recordarán nuestros lectores. que no era el ánimo de Casimiro entrar en Valencia, sino dirijirse apresuradamente a Alicante). Regúlate según te indiqué en ella; y para lo que pueda ocurrirte cuotidianamente, puedes regirte por lo que te aconseje ese sacerdote

que me escribe, u otro, según las circunstancias. Por lo demás, te repito que creo que sea la voluntad del Señor que continues por ahora en ese género de vida.

Ruega al Señor por mi, que yo no me olvidaré de ti, y si en cualquier cosa puedo servirte, cree que estaré siempre pronto a complacerte. Recibe cariñosos afectos del señor Rector y de todos nuestros jóvenes. Encomienda a toda nuestra comunidad al Señor y a su celestial e Inmaculada Madre, a fin de que, creciendo continuamente en número, crezca tambien en el espíritu de Jesucristo.

El Señor te colme de sus celestiales bendiciones y te acompañe siempre con su santa gracia, para que puedas cumplir en todo su santísima voluntad. Tuyo siempre en Jesús y María, Juan Bta. Semino, Pbro.

La lectura de las cartas que preceden y la comunicación de sus contenidos a las personas más sensatas y piadosas de la capital, fueron nuevos motivos para que el entusiasmo aumentara y creciera la admiración hacia Casimiro.

¿Predice Casimiro el tiempo de su muerte?

Refiere el Beneficiado de los Santos Juanes, señor Cervera:

«Todos querían que Casimiro se hubiese quedado en Valencia por más tiempo, pero él, a todas nuestras instancias respondía: «es pre-

ciso que me vaya, de lo contrario, si me quedo aqui por mas tiempo, me expongo a obrar contra la voluntad de Dios». A este propósito nos contó el hecho siguiente: «En una ciudad había uno que hacía vida de peregrino, y estando durmiendo, fue despertado por un angel que le dijo: ¿por qué te paras aqui tanto tiempo?, anda, anda, vete pronto, que pasados cuarenta días encontrarás al Señor». ¡Cosa admirable!, transcurridos cuarenta dias exactos nuestro peregrino pasó a mejor vida en Alcoy; y ved por qué muchos han creido que Casimiro hablaba de sí mismo. Yo no lo sé, continua el señor Cervera, solamente noto el hecho, y añado, que de nada sirvieron todos nuestros ruegos y súplicas de que permaneciera más tiempo con nosotros. El que, por otro lado, era tan amable y tan condescendiente, no se doblegó ante nuestras reiteradas instancias, y el cinco de febrero, con verdadero sentimiento de todos, abandonó a Valencia y partió para dirigirse a donde Dios le llamaba. Un mes permaneció Casimiro en Valencia, y su demora en esta ciudad fue de gran provecho para las almas. Muchas personas confesaban haberse sentido fuertemente movidas a mejorar de vida, con solo mirarlo. Muchas se sintieron eficazmente convertidas, solo con tratar una sola vez con el penitente italiano».

Tierna despedida de Casimiro del señor Minguet

En la mañana del 5 de febrero, y antes de las cuatro de la mañana, envueltos aun en las sombras de la noche, caminaban por las calles de Valencia hacia las afueras nuestro amado Casimiro y D. Teodoro Minguet. Ambos iban tristes, y ni el uno y el otro se atrevían a romper el silencio. Llegados al campo, Barello exclamó: «Padre, veo el camino de que me has hablado; puedes retirarte». «No, repuso el señor Minguet, he prometido acompañarte hasta la «Creu», y quiero cumplirlo; así estaré un momento más a tu lado». De nuevo emprendieron el camino sin hablar palabra, hasta que llegaron ante una tosca Cruz, conocida en la comarca por la «Creu cuberta», ante la cual cayeron como movidos por un resorte ambos a la vez de rodillas, murmurando una piadosa oración. Mucho tiempo permanecieron hincados, elevando al cielo su plegaria, hasta que levantándose Casimiro y dirigiéndose al señor Minguet, que hizo lo propio, le dijo: «Padre, quiero que me des tu bendición». El señor Minguet, enternecido, al ver postrado humildemente a sus pies a aquel joven tan singular, cuya alma creía ver resplandecer en su frente, no pudiéndose contener, le levantó y le dijo: «No, hijo mio, no a mis pies, sino fuertemente entre mis brazos, y sobre mi corazón, es donde

quiero tenerte. Ven, ven, no te marches; volvàmonos a casa, que no quiero que nos abandones».

Aquellos dos hombres, estrechamente abrazados, formaban un solo cuerpo, fundido en un solo sentimiento. Sus lágrimas, salidas del fondo del corazón, se confundían en un prolífico raudal de amor y de ternura.

Casimiro, haciendo un supremo esfuerzo, se desprendió de los brazos de su compañero, y volvió a postrarse a sus pies suplicándole de nuevo le diera su bendición. Se resiste el señor Minguet; pero cediendo al fin a las súplicas del joven, extiende sobre la cabeza de este sus manos, y levantando la vista al cielo, con dulce plegaria pide a Dios proteja a aquella sublime criatura. Imposible describir escena tan conmovedera como la que siguió. Ni el uno, ni el otro tenian fuerza para separarse; pero al fin Casimiro, diciendo, «esto tiene que ser», hizo un violento esfuerzo, y besando a su amigo en la frente, echó a correr, sin volver atras la mirada, perdiéndose pronto de vista.

Casimiro en Masanasa y Alginet

Aquella misma mañana entraba Casimiro en Masanasa, donde recibió la Comunión, saliendo despues para Alginet, a donde llegó anochecido. El Cura de este pueblo, apenas supo su llegada, le brindó hospitalidad; mas rehusola diciendo que tenía ya donde albergarse. No in-

sistió el reverendo sacerdote, creyendo que se acojería en casa de algún vecino. Casimiro entonces salió del pueblo y fue a pasar la noche en un pajar que había distante unos tres kilómetros. Al día siguiente regresó a Alginet, y después de oir Misa devotamente y de recibir al Señor, con edificación de todo el vecindario, dispuso su partida. No la realizó, empero, sin verse obligado a admitir, cediendo a las reiteradas instancias del señor Cura y de aquellos honrados vecinos, un saquito con algunos comestibles. Mas nuestro amado joven, para quien no existía nada suyo, ni pensaba jamás en las necesidades de la vida, firmemente persuadido de que Dios no ha de dejar abandonadas a sus criaturas, y más si estas le aman, cumpliendo su santa ley, nuestro amado joven, repito, encuentra a corta distancia de la villa a un pobre anciano, casi desnudo y hambriento, y con evangélica caridad le dió el saquito con la comida, y además le abrigó con la esclavina de su hábito, quedando solo con la túnica. ¡Admirable rasgo, digno de sus heróicas virtudes!.

Casimiro en Alcudia de Carlet

A las doce del mismo día de su partida de Alginet, se le vé en Alcudia de Carlet, orando a la puerta del templo parroquial. El anuncio de un acontecimiento extraordinario no hubiera lanzado a la calle mayor número de personas, como la llegada de Casimiro. Abierto el templo

por disposicion del vicario D. José Miquel, entró Casimiro en la iglesia y se retiró a la capilla de la comunión, en donde estuvo arrodillado delante del tabernáculo hasta el toque de ánimas. Durante este tiempo, se puede decir, que todo el vecindario pasó por la referida capilla por ver y contemplar al fervoroso mendigo italiano; al rezo del Santo Rosario que se reza todos los días al anochecer, asistió tanta gente, que llenaba el templo, como si se tratara de una de las mayores festividades. Su visita a la población fue considerada como señalada merced del cielo, quedando todos edificados ante la presencia del penitente en el lugar santo.

Al retirarse fue preciso que el expresado señor Vicario usara de su autoridad para que desistiera de pasar la noche en un pajar del campo y aceptara el alojamiento que se le ofrecia en casa del señor Cura; mas este pasó la noche, sin duda, sobre el duro suelo, o sobre las sillas, pues la cama apareció intacta y limpia a la mañana siguiente. Al día siguiente, recibida la Sagrada Comunión y oida la Santa Misa, parte de Alcudia.

Como bella mariposa que solamente se desprende del caliz de una flor para ir revoloteando a posar sus alas sobre los pétalos de otra, asi nuestro piadoso peregrino no se separaba del templo, ni se alejaba de un pueblo sino para correr presuroso en busca de otro, en cuya iglesia pudiera su alma beber los efluvios del más puro nectar, que sin duda encontraba en

el lugar santo, próximo o en presencia del augusto tabernáculo, roca mística, de cuyo seno brotan los rios de miel con que Dios misericordioso alimenta y sacia a los que verdaderamente le aman, y le temen, como dice la Escritura y canta la Iglesia en el oficio del más augusto de sus misterios.

Tal es la vida de nuestro querido Casimiro en todo el curso de su vida y penosa peregrinación; parece que solamente vivía y se deleitaba en la presencia de Jesús Sacramentado; los trabajos y fatigas no eran para su amante corazón los que le ocasionaban su austera penitencia y sus largas jornadas a pie descalzo; su mayor penalidad y tortura era hallarse separado del Sacramento del amor; por eso salvaba grandes distancias en brevísimo tiempo, y al llegar a un pueblo, el primer descanso que proporcionaba a sus fatigados miembros, consistia en prosternarse ante las puertas cerradas del templo, en donde permanecia embebido en la más profunda oración; y en esta actitud lo encuentran los vecinos de Alberique.

Casimiro en Alberique

A las cuatro de la tarde del mismo día en que salió de Alcudia encuentran los vecinos de Alberique a Casimiro a las puertas de su iglesia parroquial, en fervorosa oración. Una orden de la autoridad suspendiendo el bullicio y la algazara que reinaba aquella tarde, como

jueves de Carnaval, en la expresada población, no hubiera producido sus efectos como los produjo la noticia, que con la velocidad del rayo se esparció por toda la villa, de que un pobre mendigo se hallaba a la puerta del templo haciendo oración. Niños y ancianos y hasta los jóvenes, para quienes tanto atractivo tienen las diversiones carnavalescas, corrieron a la plaza de la iglesia para ver y contemplar al pobre peregrino. A los ojos de los que le contemplaban no aparecía como un infeliz pordiosero, veian en él algo de extraordinario y de sobrenatural... a muchos parecíales un mensajero del cielo que clamaba al Dios de las misericordias piedad para su pueblo. Lo cierto es que, Casimiro aunque enemigo de toda ostentación, en aquel caso se valió de este acto para atraer a las almas extraviadas y evitar pecados.

Ya nadie en Alberique pensó en el Carnaval, ni en las máscaras; la fiesta quedó aplazada para el otro jueves, para no ocuparse sino del singular personaje que en actitud tan imponente se hallaba a las puertas de su iglesia. Allí estuvo Casimiro hasta el toque de oraciones, en que fueron abiertas para llevar el Santo Viático a un enfermo. El penitente se fue tras el sacerdote que llevaba el Señor, como la mariposa sigue el movimiento de la luz en torno de la cual revolotea. Las gentes no podían permanecer indiferentes al paso de Jesús Sacramentado, al ver la reverencia profundísima con que le acompañaba su enamorado siervo.

Terminado el Viático, se aproximan a Casimiro muchas personas brindándole hospedaje, el que rehusa cortesmente, manifestando a la vez que su mejor hospedaje, y cena más regalada sería pasar la noche donde ha pasado la tarde, a las puertas de la iglesia, cerca de su amadísimo Jesús. Así lo hubiera hecho, pero la autoridad creyó más conveniente se retirara al Hospital de pobres peregrinos, en donde se dispuso una buena cama, la que no aceptó, prefiriendo un montón de paja sobre el cual reposaba un mendigo transeunte. Al toque del alba ya se hallaba en el oratorio del Hospital en el que comulgó, en cuyo acto pareció un angel a las religiosas, sobre todo en el acto de levantar a Dios. Oyó la santa Misa, y despues de oidas varias en la Parroquia, tomó un ligero desayuno en casa del señor Vicario D. José Pons. Preguntole este por qué no había ido a su casa, o a casa del Señor Cura a pasar la noche y contestó: «¡Ah soy pobre y por eso quiero la casa del pobre». Presentolo a su señora madre, y dando un suspiro, exclamó: «La muerte de la mía fue el principio de mis extravios, pero la infinita misericordia de Dios me volvió otra vez a su seno». A varias preguntas que le hizo el señor Vicario sobre su método de vida, contestó afablemente Casimiro, y por mas instancias y ruegos que le hizo para que se quedase, al menos hasta la tarde, no quiso ceder. «Se arrodilló a mis pies, dice el señor Pons, me besó la mano, me pidió la bendición y yo,

todo confuso al ver ante mi aquel admirable ejemplo de humildad y penitencia, le bendije, encargándole me encomendara a Dios. Despues se marchó, dejándome sin poder explicar lo que en mi pasaba».

Casimiro agradeció las demostraciones de aprecio que le hacían infinidad de personas; una de ellas se atrevió a preguntarle, qué buscaba en su pesada peregrinación y con sus marchas tan aceleradas, «busco a Jesús, y a Jesús amado.» contestó el penitente. Sin duda habia logrado sus santos propósitos en aquella villa y se afanaba para verlos colmados en otras partes, con gran consuelo para su alma, sedienta siempre de que Jesús fuese de todos amado y por todos adorado.

A las doce del mismo dia que habia salido de Alberique, después de haber dejado a sus espaldas el caudaloso Jucar, llega a la sierra de Santa Ana. Ante sus ojos se presenta la dilatada y bellísima vega de Játiva, salpicada de numerosos pueblos. Entre los varios que tiene a su vista, uno le llama la atención, no solo por ser mayor que los demás, sino que también por el sin número de templos, y especialmente por la magnificencia de su Colegiata con su gallarda torre, que se eleva sobre todo cuanto la rodea. Es Játiva, aquella ciudad que, sentada sobre elevada y verde montaña, y guarnecida de torres y castillos, pero sujeta al yugo musulmán, era vista por primera vez, seis siglos antes desde el mismo sitio de donde ahora la mi-

ra nuestro Casimiro, por el valeroso Don Jaime el Conquistador, jurando allí mismo no descansar hasta arrancarla al mahometano, y ver ondear sobre sus murallas la bandera de la Cruz.

CAPITULO VIII

Casimiro en Játiva

Dejemos la palabra al Rvdo. Sr. D. José Plá y Ballester, Cura entonces de San Pedro y luego Abad de la Colegiata de esta ciudad, para que nos cuente la estancia de Casimiro en Játiva. Son datos muy edificantes que lleva publicados en un opúsculo sobre Casimiro.

No fueron bastantes a despertarme interés o curiosidad—dice el Sr. Plá—las noticias que de aquél daban los que venían de la capital, ni los sueltos de los periódicos en que se admiraba y alababa al penitente. De los primeros, llegué a sospechar si serían unos ilusos; cuando leía alguna publicación de Valencia, pasaba por alto los sueltos que creía se ocupaban del joven italiano.

En este estado de ánimo me hallaba respecto a Casimiro, cuando llegó la mañana de 9 de febrero (1884). Las cinco serían cuando el señor Vicario D. Camilo Vidal, me dijo que el penitente de Valencia estaba en el templo, que seguramente se estaba preparando para comul-

AYUNTAMIENTO - YO
ALCALDIA

gar. No recuerdo qué contesté a la noticia que me comunicó dicho sacerdote, pero sí tengo muy presente que en aquel instante sentí trocarse mi indiferencia en prevención. Multitud de horribles pensamientos, todos contrarios a la virtud y hasta la honradez de nuestro alabado recién huésped, llegaron a cruzar por mi mente.

Disimuladamente fijé mis ojos en el numeroso grupo de fieles que en aquel momento se acercaba a la sagrada mesa, buscando descubrir al que llegué yo a pensar si sería un vago, un hipócrita y, Dios me perdone, también llegué a temer que fuera un sacrílego...; en esto descubro a un joven, cuya cabeza destacaba sobre todos los que le rodeaban y de pie se iban acercando al altar para recibir la sagrada Comunión.

Yo puedo asegurar, con la sinceridad del hombre honrado y del sacerdote digno, que ni real y pintada he visto actitud más reverente y edificante que la que descubrí en Casimiro al acercarse a comulgar aquella mañana. Tanto es así, que no sé, ni he sabido jamás, lo que pasó por mi en aquel preciso momento. No se si vergüenza, ante aquel interesante joven, de quien tan malos juicios había empezado yo a formar, o si fué confusión lo que se apoderó de mi, al observar en él veneración al Dios de los altares, tan verdadera y profunda cual nunca la había visto en otro... Lo que sí sé y recuerdo perfectamente, que me hallé conmovido, que mi corazón palpitaba más de lo ordinario y que

tuve que llevarme el pañuelo a los ojos bañados en lágrimas.

Desde entonces ya no le perdí de vista; donde quiera que él se hallaba allí dirigía mi mirada escrutadora. Yo le veía siempre de rodillas o postrado, apoyando su frente sobre el suelo, delante del Santísimo Sacramento, descubierto, por las Cuarenta Horas, desde las siete de la mañana y luego la tarde toda, sin otro movimiento, además del expresado que abrir sus brazos en forma de cruz y en actitud suplicante pasar algun tiempo y luego cruzarlos sobre su pecho, como si apretase algo sobre su corazón o quisiera apagar fuertes palpitaciones. Luego rezaba el rosario o leía un librito de los que en un fardito llevaba atado al cordón de su cintura. Y así pasaba todas las horas del día, pero en ayunas, de rodillas o postrado, siempre devoto, fervoroso, imponente siempre.

Cuando se me llamó a comer, no quise hacerlo sin antes mandarle un recado por el sacristán, invitándole a comer conmigo. El sacristán vino muy conmovido, diciéndome que el peregrino me daba las gracias, y que a la noche, después de la reserva, aceptaría gustoso mis ofrecimientos. Esta contestación del penitente me previno muy a favor suyo. Mi examen no había terminado todavía. Así que comí, volvíme a la iglesia, situándome en punto donde pudiera ver a Casimiro sin faltar a la reverencia debida al Santísimo Sacramento.

Jamás se me borrará de la memoria el sor-

prendente efecto que conocí produjo en dos jóvenes la presencia del penitente. Entraron aquellos en la iglesia con tanto descuido e irreverencia, que ni siquiera dirigieron una mirada de respeto hacia el altar mayor; Casimiro fijó en ellos sus ojos al mismo tiempo que los fijaban en él y le descubrían, pero sin darles tiempo a que le mirasen con detención, el penitente levanta sus manos hacia el augusto tabernáculo y las inclina seguidamente hacia el suelo, y aquellos despreocupados, como forzados por una mano misteriosa, caen de rodillas hacia el altar mayor. No volvieron ya sus ojos para mirar a Casimiro, único objeto sin duda de su visita a dicho templo; fija tuvieron su mirada en el altar y despues de unos diez minutos salieron del templo con la devoción de cristianos fervorosos. Al observar este hecho, pregunteme a mí mismo: ¿Qué habrán visto de extraordinario esos jóvenes, en este hombre singular?

Verificada la reserva, vino a casa, se arrodilla a mis pies, toma entre las suyas mis manos que lleva a sus labios con amor y reverencia, y entre otras cosas me dijo: «Padre, yo estoy a vuestra disposición, mandad, que yo cumpliré vuestro mandato». Quedé tan conmovido que no supe qué contestarle; pareciame que había descubierto lo que en mi interior había pasado todo aquel dia; que conocia los pensamientos y sospechas que respecto a él habían cruzado por mi mente. Al mismo tiempo observaba que, lejos de manifestar cansanc o o des-

fallecimiento despues de una posición tan difícil como la que habia observado todo el dia, se hallaba agil, moviase con prontitud y ligereza, y a pesar de hallarse en ayunas, y más de veintlcuatro horas sin haber tomado alimento alguno, sus ojos vibraban y sus mejillas se hallaban encendidas de subido carmin, como si acabaran de salir de opiparo banquete.

Le hice sentar a la mesa, comió con finos modales y sin ningún género de afectación, con sencilla y respetuosa libertad, contestando afablemente a cuantas preguntas le hice sobre su patria, familia y tiempo que peregrinaba por España; por fin le supliqué que se quedara aquella noche en casa, a lo cual se resistió, alegando por excusa, que quería dormir en punto donde pudiera contemplar las estrellas; le insté de nuevo ridiculizando el pretexto que alegaba, y me manifestó, que estaba muy sucio y lleno de miseria, no importa, le dije, cuando no pueda ser otra cosa le arreglarán una cama de paja en un cuarto. «¡Oh padre mio, me contestó, entra en la norma de mi vida dormir en el pajar del campo y solo por obediencia variaría». Está bien, haced aquello que mejor creais, le dije. Terminada la cena me pidió la bendición; se despide muy afectuosamente de todos, dejándonos maravillados de lo que habíamos visto y oido y preguntándonos unos a otros: ¿Será santo de verdad este hombre?

Casimiro en el pajar

Al dia siguiente, domingo, aparece Casimiro en la iglesia, a la misma hora y con las mismas disposiciones que el dia anterior. Varias personas quisieron saber mi parecer sobre el penitente; mi juicio no podia serle más favorable en lo que yo veia durante el dia; pero no sabia yo a dónde iba a pasar la noche e ignoraba en qué se ocuparia durante la misma. Quise emplear todos mis esfuerzos para no ser víctima de un engaño, y para evitar, al mismo tiempo, que lo fuera el pueblo que empezaba a mirarlo con veneración. Al efecto, rogué a dos hombres de mi confianza que, ocultamente y a cierta distancia, siguieran a Casimiro y que vinieran luego a decirme el punto que habia escogido para pasar la noche y además que se fijaran en todo cuanto en él observaran.

Asi lo cumplieron; y apenas transcurridas dos horas, tenía en mi casa a los dos amigos, diciéndome que le habían seguido por el camino de la Llosa hasta el pajar que habia poco antes de llegar al cementerio, sin haber ocurrido nada de particular, pues derechamerte salió de la ciudad hacia el punto indicado. Eran las diez de la noche, pero la claridad de la luna y lo bonancible de la temperatura, convertíanla en dia; por otra parte, yo no me quedaba satisfecho con lo que me decían, quería hablar de Casimiro, no por lo que referían testigos presenciales y fidedignos, sino por lo que yo mismo habia visto y oido.

Asi, pues, acompañado por las dos personas indicadas, me puse en marcha con dirección al pajar en donde Casimiro se hallaba.

Apenas nos separamos de la carretera y tomamos la senda que conducía al pajar, descubrimos el punto donde dormia el penitente. Para evitarle todo sobresalto, cuando nos hallábamos a cierta distancia le llamamos; asi que nos oye, se levanta de su improvisado lecho y se quita de la cabeza un pedazo de tela con que la cubria; mientras llegamos donde él estaba, de rodillas sobre la paja, sobre la cual habia estado recostado, toma mis manos, las besa con la efusión que acostumbraba, y despues de obligarle a cubrirse y sentarse, nos sentamos todos en torno suyo.

No fué una conversación lo que entablamos en aquella ocasión con Barello, fué un minucioso interrogatorio al que le sujetamos y al que contestó con la sonrisa en los labios, y con tanto aplomo y acierto, que no solo nos convencia de la sinceridad de su vida de oración y penitencia, sino que admirábamos en sus contestaciones una instrucción religiosa muy superior a la que cabia a un pobre obrero o trabajador como era Casimiro.

Esta visita al penitente se repitió hasta cinco noches consecutivas; en todas ellas procuré acompañarme de personas de buen criterio y sólida instrucción para asegurarme más en mis apreciaciones y juicios acerca de la vida de Casimiro.

De la abundancia del corazón habla la lengua, ha dicho el Espíriiu Santo, y si las obras de Casimiro revelaban la santidad de su alma, sus palabras, tan conformes con la norma de su vida, nos ponen de manifiesto los tesoros de sabiduría y gracia que encerraba el hermoso corazón de aquel pobre mendigo.

—¿Qué haceis aqui, qué haceis hermano, en este pajar? le preguntamos asi que nos sentamos en torno suyo la primera noche.

—Contemplar las estrellas; nos contestó sonriendose.

—¿Sois acaso astrónomo? le volvimos a preguntar.

—Yo, no; dijo asi como confundido.

—Pues si no sois astrónomo, ¿cómo os gusta tanto mirar las estrellas, que por ello rehusais el hospedaje que se os ofrece y venis a pasar la noche a cielo raso, en un tiempo como el invierno en que nos encontramos?

—Es muy bueno, muy delicioso, contemplar las estrellas; nos volvió a repetir.

—Sí, le dijimos, para los que conocen su curso y sus movimientos, mas para vos, que según decís lo ignorais por completo, ¿qué felicidad podeis encontrar en ello?

Casimiro no pudo permanecer indiferente a nuestra observación; se incorporó sobre su lecho, y haciendo un esfuerzo, como si se violentase para contestarnos, dijo:—¡Ah, Padre, yo creo que el firmamento es el libro que mejor explica el poder y la sabiduria de Dios y su

amor a los hombres, y un libro cuando está abierto y patente a los ojos, cuando se lee y conoce... si el libro está cerrado no se puede leer... para qué me serviría ese hermoso cielo, si yo me quedara en casa bajo de un tejado de ofro techo.

Juzgue el lector cuál sería nuestra sorpresa al oirle expresar de esta manera. Después de breves minutos de conversación, reanudamos nuestro interrogatorio con la siguiente pregunta: —¿Hacia dónde os dirigís?

—No lo sé; respondió el penitente, hacia donde el Señor me inspire.

—¿No vais a Santiago o a Jeresalém?

—No lo se.

—Pues entonces sois peregrino sin saber a donde vais; por cierto que es singular vuestra peregrinación,—continuamos diciéndole,—peregrinación sin punto determinado; peregrinación irracional, porque no lleváis dirección fija; sabéis de donde venis, pero ignorás a dónde vais; semejante proceder no es propio de cristianos, ni siquiera de hombres.

Esta observación obligó, muy a pesar suyo, a romper el silencio que sin duda se había propuesto guardar, de tal modo, que nos dijo:

—Véome precisado a decir lo que tengo en el corazón. Yo deseo que todos los hombres conozcan a Dios, le amen y le sirvan; si yo fuera un sabio, me valdría de mi lengua. de mi sabiduría, para conseguir mis deseos; pero como soy un ignorante, un rudo... no puedo valerme

mas que de mi cuerpo para que, viendo los hombres cómo adoro a Dios y le sirvo, le conozcan también, le amen y le sirvan.

—Usted nos confunde, hermano, le dijimos.

—Yo no; contestó él, si acaso el amor de Dios.

Sin duda alguna, el amor de Dios inspiraba a Casimiro una vida tan penosa como la que llevaba, y unas contestaciones tan santas como las que acababa de dar a nuestras preguntas.

Tenia un horror espantoso al pecado y era lo único que temia.

—¿Al infierno no le teme usted?—le preguntó uno al oir de sus labios un concepto semejante.

—No, contestó rotundamente, si no tengo pecado mortal, Jesucristo está conmigo, y ¿qué se me da el infierno, si allí llevo conmigo a Jesucristo? pero esto, añadió, no es posible si estoy manchado de culpa grave, porque Jesús y el pecado se repelen; y mire usted, continuó diciendo, no solo es una desgracia el pecado, sino una degradación, pues priva a la criatura de la amistad con Dios y la degrada en extremo. Cuando me encontraba yo en pecado, bajaba a la caballeriza de mi casa donde teníamos un pollino, y este animal parece que al verme se alegraba, como si se creyese ser más que yo; a mí asi me parecia; de tal modo, que me aproximaba al cuadrúpedo y haciéndole algunas caricias le decía: !ah pollino mio, pollino mío, como te sobra razón para alegrarte! al fin,

casi me veo obligado a decirte que eres más que yo; pues tú, siendo bestia, cumples la voluntad de Dios; yo, siendo persona, me he rebelado contra ella; tú eres bestia porque Dios te ha hecho, y yo me he convertido en bestia porque voluntariamente he pecado.

—Oiga, hermano—le preguntó otro—¿Usted no daría más gloria a Dios trabajando? ¿No se le ocurre a usted, que pudiéndose ganar el pan con el sudor de su frente, no haciéndolo, se lo quita a los pobres?

—Si, es verdad; así lo siento yo; por eso me dedico desde que llevo esta vida de peregrinación a trabajar tres meses cada año, repartiendo lo que gano entre los pobres, con lo que no pierdo el hábito del trabajo y me aseguro de que el pan que como, no lo quito a nadie.

Continuando nuestro diálogo, preguntóle otro:—¿Porqué no lleva usted esa vida en su país y procura usted antes la salvación de sus paisanos?—A lo cual contestó Casimiro:

—Porque allá nada he podido conseguir; en mi país todos me tienen por loco y mis ejemplos no producen efecto alguno saludable, al contrario por otros países; pues, aun los más obcecados, empiezan a pensar: ¿si será loco? ¿si no será? y en esta disposición viene la gracia del cielo y tras (textual), les toca, ceden y se convierten.

Tal vez se expresara inconscientemente Casimiro, pero dió una idea clara y exacta del

procedimiento de la acción divina en la conversión del pecador.

No obstante, para probarle más, le digimos: ¿Si acaso tendrán razón sus compatricios? ¿Si efectivamente estará usted loco?. Y casi sin darnos tiempo para hacerle otra pregunta, nos dijo:

—Eso, eso me pregunto yo a mi mismo algunas veces: ¿estarás loco, Casimiro, estarás loco? Mas veo que no hago mal a nadie, y si algo mal no es del todo; de manera, que si estoy loco será un poco; si bien me preocupa continuamente esta idea: Amar a Dios, amar a Dios, amar a Dios.

—Ahora, le replicamos, nos ha convencido usted de que, efectivamente está usted loco. Y como si esta aseveración nuestra estuviese del todo conforme con el juicio que de si mismo tenia, soltó una graciosa carcajada, acompañándola de estas palabras: Sí, si soy loco, loco; pero ¿si seré loco de amor de Dios?

—No nos importa la especie de locura que usted padece, le digimos, pues al fin está usted loco.

—Pues que me tengan por loco, y que me llamen loco, contestó, pero que me dejen en mi locura, por que yo en ella me encuentro más feliz que los reyes en su trono.

—No, le dijimos, no podemos dejar a usted en su locura, si usted está loco, debe ser tratado como tal, debe ser usted encerrado como los locos.

—Está bien, replicó el penitente, yo muy contento de ser encerrado, pero eso no sería justo; el mundo está lleno de locos; unos, continuó diciendo, están locos por el dinero, otros por los placeres, y no pocos por los honores, y no obstante, nadie les molesta y muchos les alaban, pues yo no quiero más que me dejen en mi locura, en la locura de mi Jesús, como se dejan a los demás locos.

—De modo, le dijimos, que usted conviene en que le llamemos loco.

—Sí, nos contestó, y dando a sus palabras una acentuación de respetuoso temor, continuo diciendo: Convengo en que se me tenga por loco, aunque en este caso yo tambien podré decir que ustedes son más locos que yo.

—¿Cómo?, le preguntamos sorprendidos.

—Sí, repitio, por que ustedes, personas todas de alguna respetabilidad, abandonan sus casas y sus comodidades para venir a altas horas de la noche a ver y hablar con un loco; ¿por ventura, terminó diciendo, no es esta locura mayor que la mia?

—Cierto, contestamos nosotros, somos tambien unos locos, pero al volver a nuestras casas y obligaciones, habrá terminado nuestra locura, mientras usted continuará en ella; por consiguiente, que le encierren.

—Sí, sí, apresurose a decirnos, que me encierren; mas antes debo decir a ustedes lo que un penitente público dijo a un prelado que, le amenazaba en encerrarle: «Antes, que encie-

rren a Jesucristo, que ha sido el primer loco y Él me ha enseñado a hacer el loco;

Tan sabia contestación impresionó grandemente a todos, y a la vez nos alentó a dirigirle nuevas preguntas, con la seguridad de no ser desairados. Así es, que uno se atrevió a molestarle nuevamente con esta pregunta:—Dígame, hermano, usted debe ver algo extraordinario en la Sagrada Hostia, cuando pasa todo el día arrodillado delante del altar en donde se halla expuesto el Santísimo.

—No,—contestó dulcemente—no veo mas que lo que ven los fieles, la Hostia, y oculto en la Hostia, a Jesús, inmortal y glorioso como está en los cielos, pero es por un acto de la mente, auxiliada por la fe; por los ojos no veo nada de extraordinario, ni quiero ver—añadió resueltamente—porque así, oculto el Señor, me acerco a Él, le hablo, le estrecho más sobre mi corazón, y hasta le como... ¡Ah,—continuó diciendo—si le viera como está en la gloria, no solo no haría nada de eso, sino que, al verme tan lejos de los bienaventurados, caería humillado y confundido en su presencia.

¡Qué fe tan racional en la Santísima Eucaristía! ¡Qué amor tan grande al augusto Sacramento!

—Y usted,—continuamos preguntándole—¿quiere mucho a la Santísima Virgen?

—Tanto,—contestó—como que es mi madre y me da a su hijo.

—¿Y a quién quiere usted más, a la Madre o al Hijo?

—Yo le diré,—respondió Casimiro—cuando me acerco a la Madre voy asi, al descubierto, sin temor, con grandísima confianza; mas cuando me acerco al Hijo, antes busco a la Madre, me pongo bajo su manto, y asi me atrevo a presentarme al Señor. ¡Qué idea tan hermosa de la intercesión de la Santísima Virgen!

Casimiro no solamente se habia conquistado nuestras simpatias y nuestra amistad, sino además le mirábamos con respeto, y ¿porqué no decirlo?, al despedirnos de él, después de estos diálogos, sentimos en el interior de nuestra alma una especie de veneración hacia el pobrecito Barello, la que nos fué preciso reprimir para que no se manifestase exteriormente.

La estancia de Casimiro en Játiva produce el efecto de una misión.

No era la satisfacción de una mera curiosidad el efecto de la permanencia de Casimiro entre los setabenses, decia el señor Plá. El concurso extraordinario que desde la mañana hasta la noche llenaba el templo de San Pedro; la reverencia hacia el augusto Sacramento que se notaba en los concurrentes; las lágrimas que brotaban de todos los ojos, y frases escapadas alguna vez de labios acostumbrados a hablar mal de la Iglesia y de sus dogmas, nos obliga-

ban a confesar a todos que Casimiro, sin predicar, estaba haciendo una misión en Játiva. Así lo comprendí, y por esta razón busqué un motivo para que Casimiro prolongase su permanencia en esta ciudad. Después de la reserva del último dia de Cuarenta Horas, le dije: Casimiro, vuestros ejemplos producen admirables efectos en las almas; «no, no, me dijo, si acaso la gracia de Dios»; sea así, como decís; lo cierto es que vienen al templo personas que en muchisimo tiempo no se las había visto por la iglesia.—¿Y no vendrán por curiosidad?—me preguntó;—yo no lo sé—le respondí,—lo cierto es que se arrodillan delante de Jesús y le adoran, y esto ya es muy bueno; ¿porqué no os quedáis cuatro o cinco dias más?; haremos otras Cuarenta Horas y Dios sabe las almas que se convertirían...—yo ya le dije,—me interrumpió,—que haré lo que vos me mandéis;—está bien,—le dije—pues entonces, mañana descanso y pasado mañana empezaremos otras Cuarenta Horas que dedicaremos a la Santísima Virgen de los Desamparados, y luego podreis continuar vuestro viaje;—lo que la Providencia disponga,—me respondió.

Le dije, además, que no era prudente volviese a dormir al pájar; que yo había hablado con un labrador de esta pārroquia (Santiago Martinez) el cual le proporcionaría la pajera de su caballería para que descansase por la noche. Con aquella docilidad que le caracterizaba, aceptó Casimiro mi indicación, y solo me pre-

guntó si desde su nueva cama podría contemplar las estrellas, y como dijese que sí, quedose muy contento.

Fuimos a su casa alojamiento, y despues de estar un rato con él nos despedimos, suplicándome encarecidamente que no me fuese sin bendecir su nueva casa. Siguiendo al patrón, como él llamaba al dueño de la casa, entramos al corral, y al momento le dijimos: Casimiro, aquí a la izquierda está la iglesia de Consolación, esa ventanilla, señalando una que da luces a la sacristía, está muy cerca del altar mayor y ahí enfrente vuestra cama; «de modo, inrrumpió casi fuera de sí ante tan inesperada noticia, de modo, que desde mi cama podré adorar al Santísimo Sacramento?»; sí, le dijimos, como que lo tenéis delante de vuestros ojos; «¡Ay, señor qué bien, qué felicidad, qué dichoso voy a ser esta noche! vé, padre, vé usted qué bueno es obedecer!» Era imposible contenerle; Casimiro rebosaba alegría y este afecto de su alma le saltaba hasta por los ojos, como vulgarmente se dice. No solo se reía sino que hasta llegaba a saltar de contento. El hombre más empeñado en difícil empresa no manifiesta tanta satisfacción cuando logra el objeto de aquella, como Casimiro manifestaba al pensar que iba a pasar la noche en un lecho de paja, casi a cielo raso, y lo que él más amaba, a diez pasos del Santísimo Sacramento, con una pared intermedia, pero que facilitaba su divina presencia una ventanilla, sólo cubierta con cris-

tales, por la cual podria ver el resplandor de la lámpara.

Casimiro, pues, en aquel momento de santo y entusiasta gozo, entre llanto y risa, añadia: «esta noche nos vamos a tratar el Señor y yo como se tratan los que se hacen el amor en el mundo; la novia en la ventana, el novio en el suelo, sólo que será el mundo al revés, yo seré la novia y Él el novio; yo por la ventana sacaré la cabeza y el cuerpo y el Señor en tierra, a la otra parte de la ventanilla; ¡ay, qué bien! ¡qué felicidad! venga pronto, pronto, no perdamos un instante» y sin detenerse trepa apresuradamente por los peldaños de una escalera de manos; llega a la pajera; no da lugar a que el expresado dueño, con la horca, baje la paja; él mismo la toma con sus manos, la extiende por el suelo, sólo procuraba arreglarla de modo que, tendido sobre ella, quede su cabeza y pecho de manera que sin esfuerzo alguno pueda ver la bóveda celeste y estar frente a frente de la indicada ventanilla.

Yo, dice el Rvdo. Sr. Plá, seguía a Casimiro hasta el último peldaño de la escalera; no entré en la pajera porque desde allí podía bendecirla y además, era reducida aquella estancia para que mi presencia no le estorbase. Pero desde allí fijaba mis ojos en Casimiro, y le veía completamedte transportado a un mundo superior al que a todos nos rodeaba. Sus miradas, sus actitudes, todo su ser lo tenía fijo en la dichosa ventanilla, tras cuyos cristales se hallaba el

objeto de su corazón. Su rostro naturalmente hermoso habia tomado en aquel instante una hermosura extraordinaria. Sus mejillas, enrojecidas por el más vivo carmín, y sus ojos entonces tan vivos, que parecían iban a saltar de sus órbitas tras el punto a donde dirigia sus penetrantes miradas: Casimiro nos pareció otro hombre, otro ser, ¿porqué no decirlo? Yo, al verle de aquella manera y oir las palabras y suspiros que brotaban de su corazón, crei ver a un serafin humanado abrasado de amor divino, y le dije: Casimiro, ahora a dormir, si no, no podréis estar mañana todo el dia en las Cuarenta Horas; y como si le entristeciese esta observación, contestó: «es verdad» y dando a sus palabras animación extraordinaria, continuó diciendo: «¡qué importa que no pueda mañana estar en las Cuarenta-Horas! esta noche le quiero yo gozar, esta noche que es patrimonio mio, que mañana no sé si viviré.»

No parecia lícito contener por más tiempo con nuestra presencia los efluvios de amor divino que iban a brotar sin duda de tan enfervorizado corazón aquella noche; así, pues, bendíje su pobrísima cama y le dejamos solo, llevándonos la impresión de aquella escena que, a nuestro juicio, tenia mucho de sobrenatural.

El triunfo de la caridad

Habiendo manifestado Casimiro, —continúa el Sr. Plá—que no quería salir de Játiva sin

hacer una visita a los pobres presos, pero que, al mismo tiempo, quería llevarles algunas limosnas en especies, me pidió mi parecer sobre si pediría por la ciudad para tan santo objeto; me pareció mejor hacer conocer al público los deseos del buen Casimiro, y que el lunes 18, de nueve a diez de la mañana, recojería a la puerta de la iglesia lo que expontáneamente le diesen. A las ocho se celebró en la Parroquia de San Pedro, una Misa al Sagrado Corazón de Jesús, que dijo D. Eduardo Legido; la Iglesia, no obstante la abundante lluvia que entonces caía, estaba de bote en bote; terminado el Santo Sacrificio, empezó la colecta; una pareja de vigilantes, enviada por la digna autoridad local procuraba el desfile de la multitud de personas que, con los ojos arrasados en lágrimas, pasaban por delante del penitente besando el crucifijo de su rosario; recibiendo además, los hombres, un abrazo y un beso, y entregando todos, en los canastos preparados al efecto, y a su paso, el comestible o la ropa objeto de su limosna. Una hora duró esta colecta; fué imposible detenerse más, pues el digno Sr. Juez y algunos señores del municipio esperaban a las diez en la cárcel al buen Casimiro con las limosnas recogidas; estas consistían en diez o doce grandes canastas de pan, (sobre dieciseis arrobas) y dos arrobas de embutido y tocino, además, vino, tabaco y tortas, bizcochos, pasas, frutas y ropa en abundancia. Para trasladarlo todo a su destino, fué preciso buscar un carrito

y Casimiro quiso hacer de bestia para arrastrar el vehículo Esta escena conmovia a todos; una lluvia copiosisima caia entonces; las calles estaban intransitables y el camino era largo y penoso; pero nada es capaz de hacerle desistir de su empeño. Enteramente descalzo, descubierta su cabeza, sucio de lodo y mojado su pobre hábito, pero radiante su rostro de una alegría angelical, tira de su carrito en medio de numerosa muchedumbre que, con pasmo y emoción, mira a aquel héroe de caridad. Su paso por las calles era una marcha triunfal; unos lloran, otros rien de santa alegría, y no faltan algunos que le vitorean y aplauden.

En la cárcel le reciben los dignos representantes de las autoridades judicial y civil; les pide permiso para hablar a los presos y abrazarles, y ante aquella nueva escena, no hubo nadie que no reconociera que la gracia de Dios obraba tales prodigios de amor al Señor y a los hombres, como Casimiro manifestaba en sus palabras y en sus obras.

Por de pronto, lo que ocurria era ya un prodigio: Casimiro solo deseaba socorrer a los pobres de las cárceles y el Señor hizo que pudiese socorrer a todos los pobres del Asilo y de la Beneficencia, además de los presos; pues con lo que sobró a estos, después de dejarles bien arreglados, llevó él mismo con su carrito tres grandes canastos de pan y uno de embutido y tocino, a cada uno de los indicados establecimientos. La tarde de aquel mismo día la pasó

en el santo Hospital entre los enfermos. de quienes se despedía besándoles sus llagas y dándoles un fuerte abrazo. Tocó el turno a uno que ha mucho tiempo tenía en una pierna mal, que de dia en dia iba agravándose, habiéndose desarrollado la gangrena, hasta invadírsela casi en su totalidad, Explicó el enfermero al buen Casimiro lo mucho que padecía aquel pobre, a quien le era imposible conciliar el sueño a causa de los agudos dolores que le atormentaban; y Casimiro, abalanzándose al leccho empieza a abrazar y a besar al infeliz, y cogiéndole la pierna, se la besa con mucho fervor, encargándole al propio tiempo tenga mucha confianza en Dios, porque siendo su poder infinito, facil era para Él remediar su daño. «Yo te prometo, añadió, en nombre del Señor, que esta noche ya dormirás.» Y en efecto, aquella misma noche durmió con toda tranquilidad, sin que el mal le aguijonease; y no solamente esto, sino que empezo a mejorar de una manera prodigiosa.

Plática a unos condenados a pena capital.

Pero lo que más conmovió a todos, fue la corta plática que dirigió a dos reos condenados a pena capital, por un horrible crimen cometido en «Les Carrasquetes», término de Mojente. Hallábanse estos desgraciados encerrados ca-

da uno en su calabozo contiguo el uno al otro. No se permitió la entrada a Casimiro en aquellas lóbregas enstancias, y por consiguiente, no pudo dar a aquellos infelices el abrazo y ósculo de paz que dió a todos y a cada uno de los presos, y contentóse con estrechar fuertemente sus manos que sacaban por una pequeña reja de la puerta, hablándoles de esta manera: «Hermanos míos, no guardéis ningun resentimiento contra vuestros jueces, ni tampoco contra vuestros acusadores; estos pueden ser instrumentos de la divina justicia para castigar, no los crímenes de que os acusan, sino otros pecados que solo Dios conoce, que vale más expiarlos aqui que en la eternidad Además, es un señalado favor el padecer; el Señor regala penas a los que más ama y como estas penas son mejores cuanto más nos impiden el pecar, y como ningun medio más eficaz para no pecar que el estar privado de la libertad, he aqui cómo el estar preso es también un señalado favor.» Y tomando a continuación una actitud más interesante, les añadió: «Pero, hermanitos míos, esto que voy a deciros lo debeis grabar en vuestro corazón. Dios, cuanto más ama a una criatura, más padecimientos le envía. ¡Cuántos santos han sufrido la carcel, él destierro y la muerte! Pero esto, esto recordadlo bien: A nadie ha amado más el Padre Eterno, que a su hijo unigénito y por esto subió al patíbulo y patíbulo de cruz. ¡Ay! hermanitos mios, qué envidia os tengo, yo quisiera estar entre vosotros,

ser uno de vosotros mismos para tener otra prueba de su amor. Al pronunciar estas palabras, los desgraciados reos no podían contener sus lágrimas, sus hojos convirtiéronse en dos fuentes copiosas, llorando tambien todos cuantos se hallaban presentes a acto tan conmovedor.

Asistió y acompañó al patibulo a estos pobrecitos el Rvdo. D. Pascual Biosca, entonces vicario de Enguera, donde fueron ejecutados, y despues colegial perpétuo del Corpus Christi de Valencia, y decia: Pocas veces he experimentado consuelo igual, pues ellos confiaban irse del patíbulo al cielo y nosotros, los que les hemos visto y oido en la capilla, abrigamos la misma confianza, y todo por Casimiro, pues continuamente evocaban su nombre y su visita y besaban con amor la medallita que les dió en la carcel de Játiva.

Asi que terminó Casimiro su misión en la carcel, dió las gracias al señor Juez por haberle permitido practicar obras tan buenas, como las que acababa de efectuar; cumpliendo tambien este mismo deber de cortesía y gratitud con los señores del Ayuntamiento, porque le habian acompañado y favorecido en esta ocasión.

Para salir de la carcel tuvimos, como al entrar en ella, que abrirnos paso entre la multitud que se agolpaba a sus puertas y se lanzaba sobre Casimiro para tocar al menos su hábito, lo cual le entristeció en extremo y para evitarlo se esforzaba para alejar de si a las gentes, y

cuando no lo podía conseguir, decía apesadumbrado, pero alargando el Crucifijo: «Besad, a Jesús y a mí no me toquen, pues no soy más que un miserable pecador».

Nos haríamos interminables si reseñáramos los varios y edificantes episodios que cuenta de Casimiro durante su estancia en Játiva el Rvdo. señor Plá, ante cuyas escenas, muchos veían en Casimiro, no un simple hombre, sino un santo, pues veían en él la imagen de Jesucristo. ¡Sería gracioso que el pobre Barello tuviera la habilidad de hacer ilusos a todos los que le miraron y examinaron detenidamente! Es preciso confesar lo que todo el mundo decía, que en sus palabras y actos se manifestaba como una de aquellas dichosas criaturas, de quienes dice el Apostol, que a los que conoció Dios en su presencia, tambien los predestinó para ser hechos a imagen de su Hijo.

Despedida

Si el fin que se proponía Casimiro en su vida errante y mortificada, era enseñar con el ejemplo a los hombres el conocimiento y amor a Dios, podía decirse, que no debía ya permanecer por más tiempo en la antigua Sétabis, porque cuanto pudiera haberse hecho para conseguirlo se había hecho ya, y ciertamente con admirables resultados para la gloria de Dios y salvación de las almas. Corazones endurecidos habían experimentado las santas emociones

de la gracia; ojos acostumbrados a mirar con indiferencia los portentos de la misericordia y omnipotencia divinas se habían arrasado en lágrimas al ver al pobre Casimiro; lenguas habituadas al sarcasmo y a la blasfemia, confesaban ya la divinidad de la religión católica, y la casi totalidad del vecindario setabense, sentíase animado en sus creencias y fortalecido en su fe por los admirables ejemplos de fervor y religiosidad del penitente. Casimiro parte de Játiva para trabajar en otras partes con su muda pero elocuente predicación.

Cediendo a los ruegos de un excelente alcoyano D. Enrique Juliá, entonces Cura párroco de los Santos Juanes de aquella ciudad, despues Canónigo de Valencia, aconsejó al peninente el Rvdo. señor Plá, se dirigiese a Alcoy, desde donde podría dirigirse a Alicante, cuya ciudad había manifestado deseos de visitar. La noticia de la partida de Casimiro se había divulgado por la ciudad, pero la abundante lluvia con que el cielo les favorecía desde el dia anterior, había hecho presumir a muchos, que había aplazado su marcha, pero habiendo de continuar Casimiro su peregrinación y deseando hallarse en Alcoy los últimos días de Carnestolendas, era preciso aprovechar las cortas horas del día y asi le dijo el Rvdo. señor Plá: «Hermano, había pedido a Dios, que si era su voluntad que hoy os fueseis, se aclarase el tiempo; ya veis como el sol ha salido, la tarde no puede ser mejor, podreis aprovecharla, aun-

que no fuera más que para hacer dos horas de camino». «Subito, subito, exclamó Casimiro levantándose de su asiento, a la partenza, a la partenza», (al momento, enseguida, a partir, a partir). Parecía que no conocía a nadie, se le había hablado en nombre de Dios y prescindía ya de todos. La partida de Casimiro se había divulgado por toda la ciudad; centenares de personas corrían en todas direcciones en busca de Casimiro para despedirle. Entre un numeroso grupo se descubre un hombre muy mal vestido, «¿ese es pobre?» pregunta a los que le rodean; si, le contestaron, pero es un gitano; «qué importa», replica con viveza nuestro joven, y acercándose al gitano le gregunta: «¿Usted pide, hermano?» y como le contestase afirmativamente, le hizo extender sobre el suelo un pañuelo poniendo en él toda la comida que le habian dado para el camino, diciéndole: «todo para usted».

Asombrados por este rasgo de caridad sus acompañantes, le preguntaron: «¿qué va usted a comer esta noche?» y con su natural sonrisa, les contestó: «¡la Providencia, la Providencia!».

A pesar de las precauciones tomadas para que no se supiera la hora de su partida, no pudo evitarse que le acompañaran más de trescientas personas hasta las afueras de la ciudad; no obstante los ruegos del penitente para que regresaran a sus casas, todos le seguian, pero ya que llegaron a la cruz de Bixquert, nadie podía contenerse, todos querían darle el último

abrazo, mas él, conociendo sin duda la actitud de sus acompañantes, suplica no le toquen, y subiéndose a un pequeño promontorio, se arrodilla y pide a uno de los sacerdotes que le de la bendición; todos imitan a Casimiro, y postrándose en el suelo reciben todos la bendición del ministro de Dios. Obtenida esta, se levanta el penitente, y tomando el crucifijo en sus manos se dirige a la multitud, y con voz fuerte y sonora, dice: «Hermanos, amad mucho a Dios, amad mucho a Dios, y hasta la eternidad». Cuando las gentes, emocionadas por tan conmovedora escena, quisieron levantarse del suelo y lanzarse sobre Casimiro, este se habia separado ya muchos pasos de ellos y corria velozmente por la carretera de Alcoy, sin que fuera obstáculo el barro y los fragmentos de machacada piedra que llenaba la superficie del camino, ni los gritos, ni las voces de las personas que, mientras le veian alejarse por la carretera, continuaban gritando: Adios, Casimiro. Solamente al llegar a la última curva se volvió, y con el crucifijo dió la bendicion, que fue recibida con el último adios de todos los que le habian acompañado.

CAPITULO IX

Paso de Casimiro por varios pueblos hasta su llegada a Alcoy

Gran parte de lo que resta de la admirable vida de nuestro querido Casimiro, ya tal vez conozca el lector, por el opúsculo que se escribió, pocos días despues de su muerte, pues en lo que más se extiende dicha publicación es en la reseña de los últimos días de su existencia, de los que nos vamos a ocupar.

La fama de Casimiro había llegado ya a todos los pueblos del rico y extenso valle de Albaida, cuyos habitantes esperaban como especial favor del cielo, verle y hospedarle en su casa. Bellús, pequeño lugar situado a la vertiente meridional de «Serra grosa», fue el primer pueblo que visitó nuestro joven al salir de aquella ciudad. Según su costumbre, dirígese enseguida a la iglesia, a donde le sigue la mayor parte del pueblo. De Bellús, sin detenerse apenas, sale con dirección a San Pere, pueblo cercano al anterior, en donde a los gritos de «¡el santo llega! ¡el santo llega!» salen todos a recibirle y le acompañan hasta el templo, donde invita a todos a la oración, a que gustosos le acompañan.

El mismo entusiasmo, e igual admiración, despertó Casimiro con sus edificantes ejemplos a su paso por los pueblos de Guadasequies, Alfarrasi, y Montaverner, cuyos vecinos le veneran como un santo. Sentado se hallaba Casimiro sobre una piedra a la orilla del rio Montaverner, con los pies metidos en el agua y mojando en ella unos mendrugos de pan que comía con envidiable apetito, cuando ve acercarse hacia él un hombre que caminaba de prisa, y con una botella en la mano. Al llegar cerca de Casimiro preguntole este que a donde se encaminaba con tal viveza, y habiendo contestado el buen hombre que iba a comprar una medicina para su esposa que ha tiempo se hallaba enferma y sin encontrar remedio a su mal, repúsole nuestro amado joven: «Yo le pido, hermano, que me crea; vuélvase a su pueblo; llléguese a la iglesia; haga oración unos momentos pidiendo al Todopoderoso la salud de su esposa; llene despues esa botella de agua bendita, y administresela a la enferma en la misma dosis, y de la propia manera indicada por el médico para el remedio que le ha recetado».

Resistiose algún tanto aquel hombre; mas al ver la certeza y gravedad con que repetía sus insinuaciones Casimiro, vuelve pasos atras, y de vuelta en su casa, hace cuanto nuestro penitente le indicara. El resultado viose mas tarde en Alcoy por multitud de personas. En uno de los días que estuvo expuesto el cadaver de

Casimiro, una mujer, la enferma citada, iba diciendo por doquiera, ser ella la protagonista de este hecho verdaderamente maravilloso. «Yo, decía despues de relatar el suceso, yo soy esa mujer, que desahuciada por la ciencia, he curado; estoy buena, gracias a Dios, y a la intercesión de Casimiro.

Sin detenerse atravesó el pueblo de Montaverner, en dirección a Albaida, despues de haber orado breves instantes en la puerta del templo. A las tres de la tarde del 21 de febrero, se vió a Casimiro orar a la puerta de la ermita del Calvario del pueblo de Palomar; despues penetró en el pueblo; directamente se dirigió a la iglesia que estaba cerrada, y despues de orar breves momentos ante su puerta, prosiguió su camino.

Casimiro en Albaida

Antes de entrar Casimiro en esta villa, se detuvo a refrescar sus pies en la acequia llamada de «Les Fanecaes».

Habrá llamado la atención del lector la frecuencia de lavarse los pies nuestro penitente; tal vez fuera para encontrar alivio en su mal. Los últimos dias de su permanencia en Valencia, alarmáronse algunos de sus amigos al observar que tenía muy hinchados sus pies. Muy transitorio debería ser este síntoma en aquella ocasion, pues cuando llegó a Játiva, gozaba, al

parecer, de una perfecta salud, mas la víspera de su salida de dicha ciudad, volvió a repetirse este fenómeno. Algunos lo atribuían al mucho ejercicio que había hecho aquel dia con la recolección de la limosna para los presos; otros querían que fuese efecto de alguna lesión que recibió al precipitarse sobre las peñas del calvario alto para socorrer a un pobre mendigo del camino, a quien descubrió nuestro penitente desde la cumbre de dicha montaña; más acertado estuvo el médico D. José Goula Ordeig, de Játiva, quien al notar la hinchazón de los pies de Casimiro, dijo a su esposa que este debia tener algún órgano interior lesionado, y que su vida sería muy corta. Pronto los hechos vinieron a confirmar el triste pronóstico del facultativo. Cuando llegó a Alcoy estaba ya herido por la enfermedad que le llevó al sepulcro.

Encontrándose, como hemos dicho, Casimiro en la acequia de les Fanecaes, mojándose los pies, unos caballeros que pasaban, desmontaron de sus caballos y se acercaron a darle una peseta que él no quiso aceptar; más adelante encontró un sacerdote, ante quien se arrodilló pidiéndole su bendición, y como éste le preguntase si era él el hermano Casimiro que tanto había llamado la atención en Valencia, nuestro penitente contestó con evasivas, rehuyendo darse a conocer. Una vez en la población se encaminó derechamente a la iglesia y estuvo unas dos horas, postrado en el um-

bral de la puerta que se hallaba cerrada. Acudió la multitud a contemplarle; más él permaneció en su éxtasis, ajeno a cuanto le rodeaba, hasta que ya obscurecido, fue una mujer de las más pobres del pueblo, a brindarle alojamiento, el que le había sido ya ofrecido por varias distinguidas personas de la población, sin que consiguieran que lo admitiese. Al ver Casimiro el miserable aspecto de la buena mujer, se apresuró a aceptar su ofrecimiento; mas al ir a levantarse, ya casi no podia, a causa del cansancio que al parecer comenzaba a rendirle. Ayudole la buena mujer, y mientras se encaminaba a casa, le ofreció calzado y una gorra, a fin de que no fuese desnudo de pies y cabeza como iba. El joven contestole: «Dios se lo pague; pero el ir descalzo y sin nada a la cabeza es mi elemento.»

Una vez en casa, al verlo la mujer tan pálido y tembloroso, le preguntó si estaba malo; dijo él que no, y habiendo añadido que qué deseaba cenar, le dijo que, no quería más que un pedacito de pan que pesara sobre onza y media y una poca de agua en un pucherito. Con todo ello puesto a la lumbre, se hizo unas sopas, que después se sirvió en un plato y comió. Habiéndole preguntado la mujer si le gustaba el vino, como contestara él que un poquito, trajole en un vaso, del que tomó Casimiro cinco cucharadas, que bebió mezcladas con el caldo de la sopa, y esclamó, levantando los ojos al cielo: «Señor, yo no como por co-

mer, sino para darle sustento a este cuerpo, porque no me sotisface nada de este mundo: sólo me satisface el amar a Dios.» Luego estuvo un gran rato extático con el rosario en la mano, en actitud de orar.

Al tiempo de ir a descansar ofreciéronle los amos de casa un colchón que reusó diciendo, que solo quería un puñado de paja. En vista de lo cual le dieron un jergón, sobre el que pasó la noche. Estando en el lecho, y a hora muy avanzada, se presentaron tres jóvenes de no muy ejemplar conducta, que solicitaron verle, y él les dió su asentimiento, permaneciendo en conversación con ellos hasta las dos y media de la madrugada, haciéndoles juiciosas reflexiones que hicieron profunda mella en sus pechos. Al despedirse, uno de ellos, que tenía daño en la cara, le suplicó rogase a Dios por su salud; y él, diciéndole que no era nada, le besó. Con gran sorpresa el joven lesionado vió al otro día que se hallaba completamente bueno. Así mismo quedó también libre la mujer que servia a Casimiro, de un mal que tenía en la rodilla y por cuya curación le pidió rogase a Dios.

A la mañana siguiente muy temprano, acudió nuestro penitente a la iglesia, donde comulgó y estuvo unas cuantas horas en oración. Al levantarse antes de ir a la iglesia, se lavó las manos y la cara, y habiéndole sacado una toalla para que se enjugase, dijo, que no, que quería cualquier otra prenda que no estuviese

limpia. Entonces la buena mujer sacó una enagua de una niña que tenía tullida; con ella se enjugó Casimiro, y mojada como estaba la prenda, púsosela la madre a su hija, que quedó buena y sana de la dolencia que la aquejaba.

Casimiro se dirige a Cocentaina

Yendo por la carretera y a corta distancia de Albaida, encontró Casimiro al ordinario de Muro a Alicante, que iba aquel dia a Játiva por arroz, y quien sin duda había oido contar muchas cosas del hermano Casimiro, por cuanto al pasar por su lado, y reconocerle, descubriéndose exclamó: «¡Este home deu ser el Nóstre Señyor!» Casimiro, con la humildad de un santo, repúsole que no era ni muchisimo menos el que le había dicho, que solo era un pobre penitente. Y al mismo tiempo que decía esto, cogió la gorra que el carretero tenia en la mano, colocándosela en la cabeza. Según refirió el mismo ordinario, la jaqueca que entonces padecía, y de que tenía continuos ataques, le desapareció desde el afortunado momento que Casimiro tuvo su gorra en las manos.

Más tarde, encuentra nuestro héroe a otro carretero, que no debería tener noticias suyas, ni mucho afecto a los siervos del Señor, por cuanto al juntarse Casimiro con él y al poco rato de andar juntos, le intimó a marchar delante o detrás, diciéndole, que no le cuadraba

la compañía; con su humildad admirable, obedece Casimiro, quedándose atrás; pero como empezó a maltratar aquel con inusitada saña a las caballerías, nuestro buen penitente le reprendió con suavidad, diciéndole que los animalitos también eran criados por Dios, que no los castigara con tanta inhuman dad. Desentendiose de tal exortación el iracundo conductor, y como por providencial desiguio, atrascósele allí mismo el carro hasta los cubos. Un cúmulo de horribles blasfemias, maldiciones, palos y cuanto hay que esperar de un hombre como aquel en el paroxismo de la cólera, se sucedió, sin que por ello, y apesar de los supremos esfuerzos de los animales, tan duramente castigados, lograse mover el vehículo, que parecía estar allí clavado con poderosas y profundas raices. En aquel apurado trance, llega Casimiro, y después de reprender de nuevo al carretero, le dice que quite dos animales de los cuatro que tiraban del carro. ¡Calcúlese el efecto que esto haría en aquel hombre! Vaya usted enhoramala, le responde, ¿como quiere salvar el carro con sólo dos animales, si a cuatro les es imposible?.. Con toda la paciencia del mundo desengancha el mismo Casimiro las dos caballerías, y con palabras dulces, anima y dá vigor a las otras dos pobres bestias, que tiran fuertemente, y no solo desatascan el carro, sino que suben una gran pendiente, que venía a continuación. Prodijio semejante, llenó de confusión a aquel hombre antes descreído

y blasfemo, y después uno de los panegiristas más entusiastas del virtuoso piamentés. Para demostrar su entusiasmo por éste, baste decir, que habiendo llegado a Alcoy, con toda su familia para ver el cadaver de Casimiro, y habiéndosele opuesto dificultades para visitarle, por haber ordenado las autoridades la clausura del cementerio llegó a decir, que si cincuenta varas bajo tierra estuviera, las cincuenta varas ahondaría por ver a aquel santo varón.

En el puerto de Albaida entró a descansar Casimiro en el ventorrillo llamado «Farinetes», y preguntando a la mujer por su marido, díjole ésta, que estaba allí cerca haciendo una excavación con objeto de sacar agua, lo cual, por cierto, no conseguiría, por ser punto donde nunca la había habido. Indicole entonces Casimiro que le llamase, cosa que efectuó al momento; y llegado que fué, preguntole Casimiro sobre su trabajo, y cnando el ventero le hubo explicado cuánto había, le contestó nuestro prodijioso viajero: «Vávase usted al punto y encontrará las aguas deseadas». ¡Calcúlese cuanta sería su alegría, y cual su asombro, al llegar allí y ver la zanja llena de agua, habiendo recibido el nombre de la «Font del peregrí». Muchas son las personas, que atestiguan, aún hoy día, con ligeras diferencias de detalle, este maravilloso hecho.

Poco después entraba Casimiro en Muro, donde solo estuvo el tiempo preciso para virificar su acostumbrada visita a la iglesia, salien-

do enseguida para Cocentaina. En la carretera unos guardias civiles, que venían en pos de él, con deseos de preguntarle su procedencia y documentación, observaron que, cediendo el lugar del paseo, o andén de la carretera, a unos borricos que le iban a los alcances, echó por el centro del camino, hollando precisamente con los pies descalzos los grandes espacios de piedra machacada, recientemente extendida. Semejante acto reveló a los guardias, el espíritu de mortificación del peregrino, y les infundió tal respeto, que no se atrevieron ya a interrogarle.

Casimiro en Cocentaina

La estancia de Casimiro en Cocentaina, nos la describe un ilustradísimo religioso, testigo presencial de la misma:

«Serían como las tres de la tarde, (22 de Febrero) cuando llegó Casimiro a las inmediaciones de Cocentaina. Junto a la cruz de piedra, donde bifurca el camino y desviándose hacia la izquierda, fue a pedir permiso a una casa de campo cercana, propiedad de D. Francisco Gosalbez, para pasar la noche sobre los escombros de otra casita medio arruinada perteneciente a la misma finca. Fueron inútiles los ruegos que le hicieron los colonos para que pernoctara con ellos, y se retiró al desmantelado alojamiento abierto por completo a la intemperie».

«Sabedor un Padre del Convento franciscano de esta población de la llegada de Casimiro, y del lugar donde se hallaba, fue allá por él, le rogó le siguiese, y Casimiro, sin replicar palabra, se encaminó con él al Convento. Llegados al claustro, entró Casimiro en la iglesia, de donde le llamó después para atender a su cuidado un lego, que se puso al lado suyo desde los primeros instantes para ocompañarle y servirle. Y como el lego le preguntase si estaba disgustado de haber venido a recojerse al Convento. díjole: «¡Oh! no; mas no merezco estar en una región de Angeles».

«Al verle tan desabrigado y descalzo, quiso también el lego prepararle unas sandalias; pero las rehusó Casimiro, diciendo: «Dios me ha inspirado que le haga guerra al demonio: y como en el mundo reina tanto la vanidad y el orgullo, quiere que me señale mucho en la humildad y en la pobreza». Más tarde se acercó al lego Casimiro y le dijo tiernamente: «Por caridad, hermano, enséñeme a amar a Dios»: y como el hermano se humillase, protestando su ruindad, Casimiro. levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó: «¡Oh amor de Dios!». Y lo dijo con tal expresión, y tan inmovil quedó, que el religioso temiendo que se arrobase, le mudó la plática».

«Poco después de llegado Casimiro al Convento, la campana llamó a la Comunidad al Via-crucis, que se hace los viernes por el claustro: Casimiro se incorporó a los religiosos

y practicó este devoto ejercicio. Concluído que fue, le rodearon algunos frailes y entre ellos un Padre que posee el italiano. Con este motivo se expontaneó algo con él Casimiro, y díjole que estaba enfermo, y en prueba de ello le mostró la lengua, que tenía efectivamente muy cargada o saburrosa. Se trató desde luego de prepararle un alimento proporcionado al estado de su salud, pero lo reusó, diciendo que solo tomaría la colación que había dispuesta para la Comunidad; y como se hablase entonces de la celda en que debía recogerse, el mencionado Padre añadió en tono festivo: Nada, Casimiro no nos hace falta aquí; echarle fuera de la portería y que se quede al campo raso: a lo que replicó Casimiro: «Entonces se me cumplirirá el gozo que anhelaba el Patriarca San Francisco de ser despedido a palos cuando llamase a la portería de algún Convento». Esto prueba lo penetrado que se hallaba Casimiro del espíritu de San Francisco, cuya Tercera Orden había profesado. El penitente bajó luego el refectorio y tomó su colación con la Comunidad, y observó un religioso que durante las preces que rezaron antes de entrar en el refectorio, Casimiro estaba elevado sobre el suelo».

«En la madrugada siguiente, Casimiro asistió con la Comunidad a la Misa de comunión, recibiendo como los demás el Pan de los Angeles, suspirando alimento de su seráfico corazón. Mucho después de haber comulgado

salió Casimiro sin desayunarse del Convento. Visitó la iglesia de Nuestra Señora del Milagro y la parroquia de Santa María. El señor Cura Arcipreste le obligó a pasar a su casa abadía, donde le ofreció chocolate, que tomó Casimiro muy diluido en agua, procedimiento hijo de su injeniosa mortificación. Como manifestó sentir mucho frio, síntoma, al parecer, de la enfermedad que ya padecia, dispuso el señor Cura que se encendiese vigorosamente la chimenea, a la que se arrimó tanto Casimiro, que poniendo los pies descalzos sobre la plancha metálica, y casi candente del hogar, los mantuvo allí sin recibir daño alguno».

«Por la tarde un sacerdote acompañó al penitente hasta la salida de la carretera para Alcoy, a cuya ciudad se encaminó Casimiro rehusando una importante limosna que dicho señor le ofrecia».

CAPÍTULO X

Casimiro en Alcoy y su enfermedad

Dificil ha de ser describir los últimos dias, y sobre todo los últimos momentos de aquella existencia, en la qne se pudo aprender cómo se adora al Supremo Creador de todas las cosas, cómo se reverencian y obedecen sus sublimes mandatos, y cómo se dignifica la vil

materia de nuestro cuerpo: y la carne, en lugar de un enemigo del alma, se trueca en auxiliar poderoso de la salvación eterna.

Vamos a reseñar la llegada de Casimiro a nuestra ciudad, y los últimos momentos de su preciosa vida, como lo hace el Rvdo. D. Miguel Vilaplana Gisbert, en el opúsculo que publicó sobre el penitente, pocos dias después de su preciosa muerte, y tantas veces oido relatar, por el que esto escribe, al que tuvo la dicha de ser el primero que se avistó con Casimiro a su llegada a nuestra ciudad, ofreciéndose para todo lo que pudiera serle util, D. José Valero Muñoz, en cuya casa, providencialmente, como verá el lector, hizo mansión y murió el bendito penitente.

El sábado 23 de febrero de 1884, a las cuatro y media de la tarde, siguiendo la carretera de Játiva y cruzando al puente de Cristina, calles de Anselmo Aracil, San Cristobal, San Lorenzo y Polavieja, que hasta al centro de la industrial ciudad conducen, entraba en Alcoy, ciudad eucarística por su historia, el extático adorador de la Sagrada Eucaristía, el penitente Casimiro Borello. Gruesas gotas de sudor caian de su frente, formando surcos en el polvo que cubría su rostro; su respiración era jadeante; su andar penoso, como si los pies se negaran a sostener el peso de aquel escuàlido y demacrado cuerpo, en que se notaban las huellas, no solo de una vida de privaciones y martirio, sino de un principio de enfermedad,

en que la calentura era el principal y más deletéreo agente.

La muchedumbre, engolfada en los negocios, apenas paraba mientes en aquel personaje, cuyo singular atavío, compuesto de un burdo hábito, denotaba desde luego la pobreza del que lo llevaba y contrastaba con el común vestir de la gente. Sin embargo, un joven comerciante de tejidos, llamado D. José Valero Muñoz, habitante en la calle de Polavieja (antes Mercado) número cinco, el cual estaba vendiendo unas telas a unas senoras, dirigió por casualidad la vista a la calle en el momento en que por frente de su establecimiento pasaba el sujeto referido, y al verle completamente descalzo, la cabeza descubierta y el cuerpo mal envuelto en el miserable sayal, exclamó: «Mirad el fraret!» y diciendo esto saltó el mostrador y salió en seguimiento del fraret como le había llamado.

En efecto, no engañó su impulso al señor Valero. Aquel pobre andrajoso y macilento, en que parecían haber hecho presa todas las desdichas, era conocido en Játiva con dicho nombre, y de la antigua Sétabis llegaba a Alcoy, ansioso de predicar con el ejemplo la penitencia, a los pecadores, como único medio de satisfacer a aquel, que por los pecadores derramó su sangre en el patíbulo de la Cruz

Diole alcance el comerciante en la plaza de San Agustín, inmediata a la calle Polavieja, y deteniéndole, le interrogó de esta manera:

—Oiga, hermano, y perdone: ¿es usted italiano?

—«Si, lo soy»; contestó el fraret, mostrando extrañeza, pues no podía creer que hubiera nadie que le conociera en Alcoy, ni de que se tuviera noticia de su venida. Mas su estupefacción subió de punto hasta el extremo, cuando el señor Valero le preguntó si se llamaba Casimiro, a lo que replicó que ese era en efecto su nombre. En tanta confusión le pusieron estas preguntas, que conociéndolo el comerciante, para tranquilizarle y para que no realizara el propósito que manifestó de abandonar la población, si acaso los periódicos habían hablado de él, se vió obligado a decirle que tenía noticia suya por un hermano que tenia en Játiva; cuya explicación devolvió la calma al peregrino.

—«¿Qué quiere usted de mi?»; díjole a Valero. Y éste le contestó; suplicarle que venga a mi casa a descansar y tomar algún alimento, pues supongo tendrá usted necesidad de ambas cosas.—«Muchas gracias, hermano, repuso Casimiro, no puedo ir ahora a su casa; primero es la iglesia».

Preguntó a continuación, si el templo, cuya hermosa torre domina a la plaza en que se hallaban, era el principal de la población, y habiendo recibido respuesta afirmativa, se despidió, encaminándose a la magnifica iglesia parroquial de Santa Maria, que era la indicada. Pero el señor Valero, conocedor de los gran-

des méritos de Casimiro y de los prodigios que acerca de su virfud y gracia sobrenatural se referian, no se avenía a dejar solo y a merced del acaso, a aquel santo varón, por lo que le siguió hasta la iglesia. Observolo al llegar a la puerta Casimiro, y volviéndose, dijo: «Hermano, doyle a usted las gracias por su espontáneo ofrecimiento; yo nada tengo y tengo mucho; nada puedo ofrecerle a usted, y puedo ofrecerle mucho; le tendré presente en mis oraciones».

Dicho esto penetró por la puerta que da acceso a la sacristia, atravesola, y entrando en la iglesia, arrodillose debajo del púlpito, comenzando su oración.

En tanto que las anteriores escenas tenían lugar, el señor Valero era buscado con afán por sus dependientes, uno de los cuales le encontró, por fin en la parroquia, como por antonomasia se llama en Alcoy, a la referida iglesia.

Para comprender el interés que guiaba a los que en busca del señor Valero habian salido, se hace precisa una ligera digresión,

Como resultado de temperamento, o de otras de las muchas causas que pueden producir idéntico resultado, la esposa del señor Valero, en todos sus partos se veia a las puertas del sepulcro, manteniendo a la familia en una zozobra y una ansiedad constantes. En la ocasión presente el mal que padecia era el mismo, aunque presentando caracteres más alarmantes que nunca. Tres semanas ha que se espera-

ba el alumbramiento; todos los dias, durante ese periodo, sufria atroz martirio la pobre madre, y el sol se ocultaba en el horizonte, volvía a aparecer y volvía a ocultarse, un día y otro y otro, sin que el nuevo ser abandonase la estrecha carcel del seno materno, como si fuesen para él infranqueables las puertas de la vida.

El dependiente que encontro al señor Valero, trajole la infausta nueva de que Doña Pilar, así se llamaba la señora del señor Valero, se había puesto peor. Voló, presa de los mayores cuidados a su casa el esposo atribulado, y a los pocos instantes de estar en ella, recibía en sus brazos un robusto niño, que vino al mundo con toda felicidad, después de tantos dias de terribles padecimientos, dejando a todos asombrados este prodijio, en el que indudablemente intervino el recuerdo que Casimiro dedicara en las oraciones que estaba rezando, por el caritativo comerciante que le brindara hospedaje.

Cuando la enferma estuvo en disposición de hablar, le dijo su marido:

—Pilar, ¿sabes quien está en Alcoy?

—¿Quién? replicó ella.

—El fraret.

—¡Cómo! ¿el fraret en Alcoy y tú no lo has traído a casa?

—He procurado hacerle venir; pero no ha querido.

Entonces refirió el señor Valero a su esposa cuanto le acababa de pasar con el hermano Casimiro, y lo que este le había contestado.

—Mira, Pepe; no te detengas; vete a la Parroquia y tráete al fraret, para que se aloje en casa, repuso la enferma con fervor.

—Pero, mujer, si te he dicho ya que no ha querido venir.

—Si; pero te ha dicho que «primero era la iglesia», lo cual no quiere decir que después no te siga. Anda, vete, dame ese gusto.

No se hizo repetir el comerciante la orden de su esposa, que tan bien se avenía con sus deseos. Sin dilación encaminose a la iglesia de Santa María, y enterado de que aún estaba orando el fraret, suplicó al sacristán que lo llamara. A los pocos momentos volvía éste acompañado del hermano Casimiro. Con profunda sorpresa se encontró por tercera vez el penitente ante el señor Valero, quien le dijo:

—Hermano, yo soy el joven que antes ha rogado a usted fuera a hospedarse a su casa, y ahora vengo a reiterarle la súplica.

—Yo no puedo ir a su casa, contestó el penitente; usted no tendrá paja y mi cama no ha de ser otra cosa.

—No importa, véngase usted que ya se procurará que la cama en que haya de acostarse sea como usted la desea.

Hallábase presente a la sazón el Director del Hospital D. Francisco Javier Aguilar, Presbítero, quien al oir la conversación de ambos interlocutores, dijo al señor Valero:

D. José, puede usted llevarse este pobre a su casa, y después de cenar, que lo acompa-

ñen al Hospital, y que le digan de mi parte a la hermana Carmen, que haga tirar una poca de paja en uno de los cuartos bajos que sirven de calabozo, y que duerma allí si le acomoda.

Al oir la palabra calabozo y paja, que tan bien llenaban sus deseos, resplandeció en el semblante de Casimiro una gran alegría, y ya no titubeó en seguir al comerciante, en cuya casa le sirvieron de cenar, echando en los platos de la comida agua suficiente para quitarles el sabor que tenían.

Casimiro es acompañado al Hospital

Terminada la cena, rogó al señor Valero que le acompañase al Hospital, a lo cual accedió el comerciante, encaminándose a aquel benéfico asilo acompañados de un dependiente.

Llegados que fueron a dicho establecimiento, y no sabiendo la manera de llamar, para que abriesen la verja que da entrada al mismo, pusiéronse a dar palmadas y fuertes voces a cuantos recordaban que eran dependientes de aquel santo Asilo y en especial a la hermana Carmen, según el Director del Hospital había indicado. Mas todo fue en vano: la benéfica casa permanecía sorda, todos los esfuerzos que hicieron para llamar la atención de los que la habitaban fueron estériles.

—No llamen ustedes más, dijo el penitente, quizá los enfermos estén ya durmiendo y nos-

otros podremos interrumpir su sueño con nuestras voces. No se molesten tanto por mi, pues yo aquí mismo, sentado en el suelo, pasaré la noche, y mañana cuando abran..

—¡Cómo! ¿quedarse usted aquí a la intemperie, en una noche tan fría como esta?.., De ninguna manera; nunca consentiré semejante cosa. Volvámonos a casa y ya veremos cómo se compone para darle gusto en todo.

—No, hermano, no, perdone: pero no voy a su casa, me quedaré aquí y mañana cuando abran entraré en este Hospital.

—Pero, dígame, santo varón, ¿cómo quiere usted quedarse en este sitio sin abrigo de ninguna clase, descubierto, descalzo y tan húmedo como está el piso, y más cuando caiga el rocío que se convertirá en hielo? Créame por esta vez, hermano Casimiro, vámonos a mi casa.

—No tema usted por mí; días y noches mucho más fríos que estos los he pasado a la intemperie, y Dios con su infinita misericordia me ha ayudado, y nada me ha sucedido ¡ya lo vé usted!

Para acabar de vencer la resistencia del hermano Casimiro, y a fin de que viera que se agotaban todos los medios para complacerle, por indicación del dependiente, se llamó en el Tirador o Tendero de lanas de la fábrica de paños, situado frente al Hospital, a fin de ver si allí les decían la manera de hacerse oir del benéfico establecimiento, o en se defecto si

podrian darle allí mismo albergue. A su llamamiento solo contestó un fuerte mastín, con sus atronadores ladridos.

—Ya lo ve usted, hermano Casimiro. Todo está cerrado; nadie contesta, y la noche es muy fria y ya es algo tarde. Vámonos a casa, dijo Valero. Encamináronse por fin, a la población, no sin cierta repugnancia que aún parecia sentir el penitente. Interrogole el señor Valero acerca de lo que pudiera ser causa de tal resistencia, ya que él le ofrecia el hospedaje de buenísima voluntad, y él contestó que no queria ir porque estaba muy bruto; con lo que queria expresar la suciedad y miseria que le cubrian. Mejor estaría, añadió el peregrino, en la cuadra o establo de alguna posada. Para darle gusto, el señor Valero se encaminó a una posada; pero so pretexto de que a los forasteros que allí se albergaban quizás no les vendría bien semejante compañía, se le negó el albergue a Casimiro. Entonces el comerciante rogó al posadero le enviase a casa un par de sacos de paja con la cuenta, y en vista de que no habia otro remedio, el penitente se avino a seguir a su casa al comerciante. En ella eligió Barello, despues de haber examinado varios departamentos, el que le parecia más mezquino, un pequeño cuartito del desván, lleno de trastos viejos, junto a los cuales se vaciaron los sacos de paja; con ella se arregló la cama el buen Casimiro, y quedo definitivamente instalado por aquella noche.

Antes de recojerse, el comerciante entró a ver a su señora, a la cual manifestó cuanto había ocurrido, y como por providencial destino se albergaba aquella noche en su casa el penitente Casimiro Barello. Con marcadas muestras de alegría recibió la enferma la noticia, y como mostrara deseos de que apadrinase el penitente al hijo que les acababa de nacer, el señor Valero se apresuró a subir a participárselo a su huesped, el cual recibió con extremada alegría tal distinción, considerándola como un inmenso favor que se le dispensaba, puesto que hacer entrar en el gremio de la Iglesia un alma, lo consideraba como el más preciado de los servicios. El señor Valero le hizo relación de los padecimientos que su esposa había sufrido, y como milagrosamente había sobrevenido con toda felicidad el alumbramiento, debido sin duda a que Dios había oído sus oraciones. Así mismo le manifestó su deseo de que el niño se llamase Angel Casimiro; el primer nombre porque así lo tenía prometido su madre hacía tiempo, y el segundo por ser el de su padrino.

Después de fijada la hora de las doce y media de la mañana del día siguiente para la ceremonia del bautizo, el señor Valero se retiró a descansar, dejando al penitente que reposara de las fatigas y penalidades de aquel día, uno de los pocos que le quedaban ya que vivir en este mundo de prueba, antes de pasar a gozar a la bienaventuranza eterna.

AYUNTAMIENTO DE LA CORUÑA BIBLIOTECA

Casimiro apadrina a un niño en el Santo Bautismo.

A las cinco y media de la mañana del día 24 de febrero penetraba Casimiro en la iglesia de San Agustín, y después de recibir la Sagrada Comunión, con santa reverencia, y oir las misas que se dijeron hasta las nueve de la mañana, abandonó este templo, dirigiéndose a la parroquial de Santa María, donde empezaba aquel día el culto de Cuarenta Horas. Puesto de rodillas, y en difíciles postraciones, permaneció ante el Sacramento del altar, hasta las once y media de la mañana, hora en que regresó a casa del señor Valero.

No poco se extrañó este y sus dependientes, de que Casimiro fuera a casa estando el Señor de manifiesto; pero todo se explicó luego. Llegando frente a la puerta del establecimiento, parose en mitad del arroyo y mirando la imajen de la Imaculada Concepción, que en precioso cuadro tenía el señor Valero como distintivo de la casa, dijo con voz fuerte: «Ave María Purisima» Contestósele a la salutación con las palabras de «Sin pecado concebida», y entonces se acercó el buen Casimiro, y pudo verse que venía llorando como un niño, y preguntole con interés el señor Valero:

—¿Qué tiene usted? ¿qué le ha ocurrido? ¿le han insultado o maltratado?

—No hermano, sólo tengo mucho frio, no

puedo estar en ninguna parte, necesito cama, me encuentro enfermo, sí, muy enfermo.

—Suba, suba hermano Casimiro, le acostaremos y le abrigaremos con unas mantas, porque lo que usted tiene debe ser un constipado; y en sudando, ya verá como se pone bueno.

—¡Ah, dos mantas no, con una tengo bastante; tomó una de Palencia que el señor Valero le dió con encargo de que no la abandonara porque el clima de Alcoy era demasiado frío para él, y más aún, dado el escasísimo abrigo que llevaba.

Después de acostado, y no olvidando el solemne compromiso que había contraído de apadrinar al recién-nacido hijo del señor Valero, díjole a éste:

—Por nada del mundo me va a dejar de avisar cuando sea la hora del bautizo.

—Si se encuentra usted malo, lo dejaremos para otro día,—le contestó el comerciante.

—¡Ah! no; es cosa que debe hacerse lo antes posible: debemos tener mucha prisa de entrar en la Iglesia de Dios.

—Descuide usted que ya se le avisará. Mas convendría que comiese usted alguna cosa, porque bien pudiera ser que el frío que usted siente fuera debilidad.

—No, no; ya estoy bien, gracias a Dios, ya estoy bien.

A medio día y en la propia iglesia, desempeñó el oficio de padrino del hijo del señor Valero, considerándose desde aquel momento

ligado espiritualmente con dicha familia, y teniendo al recién-nacido como verdadero ahijado suyo para con quien, dijo, tenía serias obligaciones que cumplir.

En el momento del bautizo irradiaba el semblante de nuestro joven una alegría sin límites. parecía verse su corazón saltando de gozo en el pecho; sus ojos fulguraban luz inefable, como si por ella brotase la satisfacción que experimentaba aquella alma al conducir al seno de la Iglesia una nueva ovejita toda inocencia y pureza.

Concluído el acto, e invitado por el señor Valero a volver a casa, contestó que deseaba quedarse en la iglesia, como lo efectuó, arrodillándose al pie de la gradería del altar Mayor. A mitad de la tarde fue invitado Casimiro, a ruegos de Doña María Moya Segura, viuda de D. Juan Soler, que se hallaba gravemente enferma, a hacerle una visita, cosa a que se prestó nuestro penitente sin hacerse de rogar. Llegado junto al lecho de la enferma, una dulce sonrisa se dibujó en los labios de visitante y visitada, como si se hubieran entendido sus almas antes de pronunciar palabra. La anciana señora, con esa lucidez del que está al borde del sepulcro, fué la primera en romper el silencio diciendo:

—Nosotros pronto nos veremos en el cielo.

—Sí, sí, pronto, muy pronto, hermana mía, nos veremos en la gloria del Señor;—contestó nuestro heróico joven en quien la muerte há-

bía hecho ya presa y minaba lentamente sus entrañas.

Largo tiempo permaneció Casimiro arrodillado a la cabecera de la enferma elevando al cielo sus plegarias en pro de aquella señora, quien al despedirse rogole de nuevo la encomendase a Dios. La familia, dió a Casimiro, en prueba de gratitud por la visita, una limosna, consistente en un pan y una moneda de cinco pesetas; él aceptó el primero y rehusó la segunda, añadiend que el pan lo aceptaba para sus hermanitos los pobres.

Enfermedad de Casimiro y sublime ejemplo de adoración.

A las cinco y media de la mañana, 25 de febrero, como el día anterior, salió Casimiro de casa, encaminándose a Santa María, donde, después de oir Misa, recibió con grandísima reverencia el Pan Eucarístico, entregándose después a la adoración del Santísimo Sacramento, en los intervalos de una Misa a otra.

A las once y media de este día, tuvo que retirarse también. a causa de la enfermedad que empezaba a tomar serias proporciones. El ilustrado médico D. Antonio Tormo, después de examinar a Casimiro, y al ver la celeridad extraordinaria con que latía su corazón, le dijo: Cúidese usted mucho, y no se entregue con tanto ardor a las prácticas religiosas; las muchas y fuertes emociones pueden serle perju-

diciales; el organismo se resiente y puede usted sufrir un ataque al corazón. «La alteración de mi pecho, contestó Casimiro, tiene dos causas, el abatimiento y la exaltación. Esta originada por la contemplación de las bondades de Dios; aquella, como me ocurre en estos días de Carnaval, al ver lo mucho que los hombres ofenden al Señor».

A las dos y media de la tarde, rogó Barello a su huesped, le acompañase a casa del médico, para darle las gracias por su visita. Concluída esta, trasladose a la parroqnia, donde permaneció hasta finalizar la reserva.

Al día siguiente, 26 de febrero, a las cuatro de la mañana, bajaba Casimiro la escalera, encaminándose al templo, en el que permaneció catorce horas y media arrodillado, en las más penosas postraciones, ante el Santísimo Sacramento, tercer día de Cuarenta-Horas de Carnaval, causando la admiración del numeroso gentío que habia asistido a la solemne fiesta religiosa.

Concluída la reserva, la multitud, ávida de contemplar a nuestro penitente, le rodea y hasta le estruja, lo cual notado por el Reverendo Padre Ildefonso Sorolla, y en vista de que le era imposible atravesar aquella muralla de carne humana, le llamó, y por el presbiterio le condujo al reservado que tienen los sacerdotes para su descanso detrás del altar mayor. Mas era tal el afán por ver y contemplar al joven, que la muchedumbre, sin respetar nada

invadió la sacristía y el presbiterio, y allí se apretaban y se empujaban unos a otros con el fin de lograr sus deseos.

Es conducido Casimiro al Asilo de las Hermanitas de los pobres

Acompáñanle D. José Valero, su patrono, y D. Eugenio Llopis. No se dirijieron a casa del señor Valero, como todos presumian, sino que penetraron por la calle de San Nicolás, no sin antes haber dirigido Barello una dulce mirada a la vivienda del comerciante a su paso, y dirigiéronse al Asilo de la Hermanitas de los pobres. Mas no fue causa bastante esta traslación, para que lo que la Providencia tenia dispuesto en sus altos designios, se cumpliese, y fuera Casimiro a lanzar su último suspiro bajo el mismo techo que le había albergado la primera noche de su estancia en Alcoy.

Cerca ya del Asilo, dijo el señor Valero con cierto tono de amargura a nuestro joven:

—¿No habremos tratado a usted muy bien en mi casa, cuando tan pronto nos abandona?

—¡Ah! no, hermano; muy bien, demasiado bien. Ya iré yo mañana. Y en cuanto a mi ahijado, yo rogaré mucho a Dios para que lo haga un santo.

Llegados al Asilo, entraron en el comedor, y entonces Casimiro empezó a llorar sentidamente.

—¿Por qué llora, hermano Casimiro? ¿qué pena le aflije?

—Si, contestó, grande es mi pena, por eso lloro; ni puedo ni debo comer lo que pertenece a mis hermanos, y lo que yo coma, les faltará a ellos.

—No deje usted por eso de comer, hermano Casimiro, replicó el comerciante, que ya me encargaré de pagar con creces el gasto que usted ocasione en esta santa casa.

Tres días estuvo Casimiro en el Asilo de las Hermanitas de los pobres, dejando edificada a aquella Comunidad con el admirable ejemplo de su mortificación y conformidad con la voluntad de Dios; y durante estos dias, varias visitas le hizo el señor Valero. En la última de ellas acompañole D. José María García y su hermano D. Guillermo, y encontraron a Casimiro con un aire de marcada dlsplicencia.

—Hermano Casimiro, ¿cómo se encuentra? le preguntaron.

—«Asi, asi,»—contestó, y a renglón seguido añadió: «Alcoy tiene un pecado. Los límites de la bondad divina se están agotando».

Los tres amigos se quedaron estupefactos, mirándose unos a otros sin acertar a comprender el sentido de aquellas solemnes palabras.

—«Alcoy tiene un gran pecado»—siguió diciendo;—«la industria alcoyana se halla en decadencia y aún decaerá más; y el comercio tambien decaerá».

—¿Pero qué pecado es ese?—Exclamaron a la vez los tres amigos.

—«Alcoy no cumple los mandamientos de la Santa Madre Iglesia; en Alcoy no se obedece el precepto del día séptimo; en Alcoy se trabaja los dias festivos, y, sin embargo, Alcoy se llama católico».

—Observe usted,—le contestaron,—que las circunstancias particulares de la localidad y las necesidades mismas de las personas y de la industria, hacen que ciertos trabajos sean imprescindibles.

—«¡Ah! no, no, no se hace lo que no se quiere. Cuando se quiere una cosa, se consigue».

—Mas tenga usted presente, que en Alcoy hay muchísimos y respetables intereses; que el comercio tiene como mejores días de venta los festivos; que en la industria hay trabajos que se han de realizar en esos días para que tengan ocupación gran número de obreros en los restantes de la semana...

—«Eso no significa nada;—interrumpió Casimiro.—Muchísimos más intereses y de mayor importancia tienen Paris, Roma, Barcelona, Madrid, Valencia, y otras grandes capitales que he visitado, donde no se trabaja en las fiestas, y donde personas pertenecientes a distintas religiones celebran el dia del Señor, y no se perjudican. Cuando los hombres quieren, nada se opone a su voluntad».

—Por nuestra parte ofreceríamos a usted, —dijeron los señores Valero y García, ante ta-

les y tan poderosas razones,—no abrir nuestros establecimientos los domingos, sino temiéramos ser los únicos en tomar esta medida.

—«¡Qué importa, si ustedes cumplen bien con su deber! Como ejemplo voy yo por el mundo; sirvan ustedes tambien de ejemplo en este caso».

—Pues bien; solemnemente ofrecemos a usted, puesto que asi lo desea, no abrir ya nuestras tiendas los días festivos.

Al oir el buen Casimiro esta contestación, irguió su cuerpo, como si oculta fuerza lo impulsara, y con ojos brillantes y radiante el rostro, exclamó:

—«No, no temais por vuestros intereses. Yo pediré a Dios, que no os falte nunca el pan para vosotros y vuestras familias. Tened fe en Dios, que es todo misericordia. El que cumple las leyes del Señor, goza en la tierra de felicidad y de su gloria en el cielo».

Divulgóse esta conversación por la ciudad, produciendo tantisimo efecto, que a pesar de que diversas veces, personas piadosas y las mismas autoridades eclesiásticas habian intentado desterrar el trabajo de los domingos, siempre infructuosamente, desde entonces se consiguió ver cerradas la mayoría de las tiendas de comercio en los días festivos.

Muy placentera fue la despedida aquella noche, acordándose que a la mañana siguiente regresaria Casimiro a su antiguo albergue del señor Valero, no haciéndolo aquella noche, por

ser la hora algo intempestiva, y estar lloviendo.

A las once de la mañana del 29 de febrero, bajaban por la calle de San Nicolás, el señor Valero y dos amigos suyos, acompañando al admirable joven, que se habia despedido tiernamente de las hermanitas de los pobres, y cuyas hermanitas sintieron su partida. La campana de Santa Maria llamaba a los fieles a misa. Casimiro, que nunca permanecia sordo a los llamamientos de la Igiesia, marchó directamente a la Parroquia. Terminada la misa, fuese a casa del señor Valero, y, como le habia prometido el día anterior, púsose a sus órdenes. Despues de haber saludado a la esposa del señor Valero y al recien nacido, a quien cubrió de besos, dijo a la madrina Dña. Rosa Vicedo, hermana politica del señor Valero: «Entre usted y yo, le hemos de hacer un santo». A lo que contestó aquella: «La madrina es una pecadora». Despues ordenole el comerciante que aceptara la cama en alto que se le habia hecho, y que consistia en jergón, un colchón, una almohada y dos mantas de Palencia, pues desde aquel momento debia considerarse como un enfermo de la familia y debia aceptar toda clase de cuidados, añadiéndole que yá, cuando estuviera bueno, haria su voluntad y podria reanudar el género de vida que venia llevando.

Prometió Casimiro hacer lo que se le mandaba; y habiendo pedido su equipaje, que consistía en una bolsa, sacó de ella una calavera, y del interior de esta una preciosa imagen de

Nuestra Señora del Pilar, regalo que le hicieron cuando fue a visitar su magnífico santuario, cuya imagen armó y ofreció a la esposa del señor Valero, que por coincidencia se llamaba María del Pilar. Del mismo cráneo, sacó una hermosa medalla tambien de plata, regalo de una devota señora de Játiva, en cuya medalla se halla grabada la imagen de la Purísima Concepción y, dándosela al señor Valero dijo: «Ya que usted tiene a la puerta y en casi todos los objetos y habitaciones de su casa la imagen de la Inmaculata, (asi la llamaba él), quiero que mi ahijado la lleve tambien en esta medalla siempre al cuello. Y dejo para mi ahijado y usted, todo cuanto llevo encima, a condición de que me ha de entregar, en cambio, otras prendas semejantes». Y el señor Valero le hizo un hábito que sirvió después para amortajarle.

Todos estos objetos de que se despojó el penitente, entre ellos su hábito, guarda, como preciada reliquia, su ahijado en el Santo Bautismo, y lleva sobre su pecho la preciosa medalla que le legó.

Inmediatamente, y después de haber rehusado con obstinación otro cuarto mejor, que se le tenia preparado, entró en posesión Casimiro del desván en que al principio se alojara. Desde aquel momento también, se constituyeron en enfermeros del joven el señor Valero y su cuñada, la ya citada madrina doña Rosa Vicedo.

Aquel día lo pasó tranquilo sin salir de casa, recibiendo infinidad de visitas, entre ellas las

de los médicos D. Antonio Tormo y D. Elias Sancho, quienes calificaron su enfermedad de calentura gástrica, y declararon que iba agravándose por momentos.

El día primero de marzo, a las siete de la mañana, fue a la iglesia del Santo Sepulcro, y asistió a la Misa de Comunión, recibiendo esta, con gran recogimiento, según su costumbre .Al regresar a casa, encontró a dos pobres y les rogó le acompañasen. Metiose en casa, de la que no volvió a salir, sinó después de haber entregado su espíritu a Dios.

Agrávase la enfermedad y se le administra el Sagrado Viático.

Cuando Casimiro llegó a Alcoy estaba ya mortalmente herido por la enfermedad que le llevó al sepulcro. No podía ciertamente prolongarse por mucho tiempo aquella vida de austeridades y sacrificios. Doce y catorce horas diarias, y aún más, arrodillado en la iglesia; un amor a Dios tan encendido, que haciendo latir su corazón fuertemente, le sumía en mortales deliquios; una caridad tan heróica para con el prójimo que la empeñaba constantemente en cosas difíciles y aún imposibles, estimando en nada su vida con tal de hacer algún bien; pasar las noches a la intemperie en oración y lágrimas; recorrer centenares de leguas desnudos los pies y descubierta la cabeza al través

de nieves, lluvias y tempestades: ¿es esto posible sin un milagro?

Dios ha querido hacerlo por espacio de algunos años, para su gloria y para edificación de los pueblos, y cuando al llegar a Alcoy Casimiro, ha visto su alma cargada de méritos y digna del premio de los fuertes, ha permitido que la enfermedad rindiera al cuerpo, para que roto el hilo de la vida, entrara su espíritu en el descanso eterno.

Véase ahora la correspondencia que dirigía a «La Lealtad», periódico de Valencia el médico que le visitaba D. Antonio Tormo, noticiando el curso de la enfermedad de Casimiro.

Alcoy, 5 de marzo de 1884.

Sr. Director.

Muy señor mio: Tengo el sentimiento de no poder dar una noticia satisfactoria para tranquilizar a todos los católicos de esa que desean saber el estado en que se halla el penitente Casimiro. El catarro pulmonar, que se ha exacervado a medida que el gastro intestinal ha disminuido, ha dado lugar a una pulmonía latente cuyos síntomas no se han manifestado hasta hoy. Dios, que ha permitido esta enfermedad, permitió también que el enfermo no tomara las debidas precauciones para evitar los efectos de la causa que debe haberla producido. Efectivamente, el día en que Casimiro llevó en Játiva al Hospital y a la Carcel la abundante limosna de pan y otros objetos que

habia recogido, llovia mucho y a pesar de mojarse, debiendo tener aumentada la traspiración cutánea, no se quitó su tosco sayal. Así lo quiso Dios. No es, pues, extraño que a pesar de venir de muy cerca el dia que entró en esta ciudad. notaron algunos demostraba cansancio y abatimiento; pero Casimiro no solo es un ejemplo de penitencia, lo es también de valor, y ni la intemperie, ni el hambre, ni la enfermedad le arredran. La sensibilidad material està del todo supeditada a la fuerza de su espiritu, que tan encadenadas tiene sus pasiones.

Que esa sensibilidad material no le sirve de obstáculo, lo prueba el que no impidiera asistir a las Cuarenta Horas. A pesar, pues, de lo grave de la enfermedad, inspira confianza la fuerza vital de que ha dotado Dios a nuestro querido Casimiro.

Se halla tan sometido a los que le asisten, que más bien que un enfermo que siente, parece un objeto que se pueda manejar como se quiera.

Todos desean verle, pero respetan la prohibición de que se le visite».

Alcoy, 8 de marzó de 1884.

Sr. Director.

«Muy señor mío: La complicada enfermedad de Casimiro Barello se ha agravado mucho. No le di ayer noticias de su estado porque siendo hoy el dia catorce de su enfermedad, esperaba ver si podia una crisis favorable mejorar

aquella, pero la agravación se ha estacionado. Suspendo pues el aventurar ningún pronóstico y solo digo, con los otros dos profesores que visitan a este enfermo, que la enfermedad es muy grave, pues hace cuatro dias que principió a dar sintomas la calentura tifoidea, que a pesar de coincidir con la mejora de las afecciones que indiqué, ha aumentado la gravedad.

Ayer se convino en administrarle el Santo Viático con la solemnidad a que debia dar lugar el manifestarlo a algunos para que lo publicaran. A las siete y cuarto de la noche anunció la campana la salida del Señor para visitar al virtuoso Casimiro. ¡Qué escena tan imponente y conmovedora. El sonido de la misma campana no reunió con más celeridad mayor gentio cuando anunciaba once años antes el principio de la revolución. El ejemplo de un penitente como Barello conmueve tan dulcemente los corazones, como los llena de amargura un trastorno popular.

«La enfermedad de Casimiro en Alcoy parece algo más que una casualidad». Esto dijo ayer una persona ocupada en serias reflexiones.

Además de estas noticias que directamente comunicaba el digno facultativo que asistia a Casimiro, en «El Serpis», periódico de la localidad, del día ocho, se leia lo siguiente;

«Anoche fue viaticado el penitente que tanto ha llamado la atención en Valencia, Játiva y Albaida y que poco después de su llegada a esta ciudad cayó enfermo de cuidado. El

acto fué lucidísimo, llenando el acompañamiento todo el espacio que media entre la parroquia de Santa María y la casa del comerciante de ropas D. José Valero, donde se hospeda el enfermo y es objeto de los más afectuosos cuidados. La orquesta de la música Novísima amenizó el acto».

CAPITULO XI

Muerte de Casimiro y honras póstumas

Agravándose la enfermedad de Casimiro por momentos, ya el sábado ocho de marzo habían perdido los médicos toda esperanza de salvarle, y el domingo desde las primeras horas se daba por segura la muerte. Ni por un momento faltaron al lado de Casimiro, durante el último día, sacerdotes y fervorosos caballeros, que iban inspirándole algún santo pensamiento propio de aquellas horas, para él, tan solemnes. Postrado como estaba Barello por la calentura y la debilidad, pocas palabras pudo pronunciar, pero oía y sentía perfectamente y así lo daba a conocer con sus expresivas miradas.

Cuando el piadoso médico D. Antonio Tormo visitó a nuestro joven en el Asilo de las Hermanitas de los pobres, ya enfermo le pregunto: Para alcanzar el premio de su vida penitente ¿quisiera V. morir?

—¡Ah, no! contestó Casimiro.

—¿Tiene V. miedo a la muerte? repuso el facultativo.

—Miedo no, dijo el peregrino; si mi muerte hubiera de influir en la conversión de los pecadores, al momento quisiera dejar de existir, pero no pudiendo ser así, quisiera vivir para dar ejemplo.

Cuando Barello estaba en los últimos momentos, volvió el señor Tormo a preguntarle como dias antes le había interrogado en aquella casa de caridad.

—Casimiro ¿quiere V. morir?

—No, contestó el moribundo.

Entonces concibió el doctor un hermoso pensamiento, que debió infundir alientos poderosos en el espíritu del penitente, expresándoselo con estas palabras: Hermano Casimiro, me voy convenciendo qu- Dios tiene dispuesto que muera usted en Alcoy. Este pueblo engañado y seducido por la revolución, cometió muchos y grandes pecados, precisamente en esta plaza y en esta ancha calle que se llenó de gentes la noche en que se le administró a usted el Santo Viático; pero en medio de tantos excesos, no se profanó ningún templo y fueron respetados los sacerdotes. Dios tal vez habrá tomado esto en consideración, pero para aplacar su ira necesita una víctima expiatoria. —Hermano Casimiro, ¿se ofrece usted a ser esa víctima que Dios pide.—No podía ya hablar Casimiro, pero con la expresión del sem-

blante manifestó claramente que estaba dispuesto para el sacrificio, si Dios le aceptaba.

¡Que no lo olviden los hijos de Alcoy!

Poco después un sacerdote, acompañado de algunos fervorosos católicos, le leía la recomendación del alma y le repetia algunas jaculatorias que manifestó oir con gusto de su alma; el mismo sacerdote, como Comisario de la Tercera Orden de Ntra . Sra. del Carmen de Alcoy, le vistió el santo escapulario, recibiéndole como cofrade.

Una escena tiernisima sobre toda ponderación se presenció en aquellos momentos La señora de Valero subió con su hijo reciennacido a la estancia donde estaba el moribundo Casimiro y dirigiéndose apresuradamente hacia él, dejó por unos momentos al niño ahijado del penitente acostadito a su lado, tomó luego su mano ya sin acción y la puso sobre la cabeza de la afortunada criatura. Ante tales demostraciones de fe y de amoroso respeto a Casimiro, ninguno hubo que no se sintiese fuertemente conmovido; todos lloramos como lloró la señora de Valero, que, no pudiendo ya dominar su viva emoción, besó la mano de Casimiro y con su hijito bajose a su estancia.

Casimiro, aunque conserva un hál to de vida, ya no está en este mundo; ya no vé a los que se agrupan en su pequeña estancia; ya no percibe las lágrimas, ni oye los sollozos de los circunstantes; ya no siente la presión de las manos del comerciante que aprisionan las su-

yas, como temiendo se le va a escapar; nada vé, ni nada oye; su vista se ha fijado desde algunos instantes, en un cuadro situado a los piés de su cama, que representa a Jesús en la agonía y que le ha servido de contemplación en otras ocasiones; ahora le contempla absorto, y sin duda ve a la divina Imagen que le llama abriéndole los brazos para llevarlo consigo a la mansión eterna de los justos. Después, elevando al cielo su mirada, permanece como arrobado durante unos segundos en extática contemplación; tal vez divisa un coro de ángeles que bajan a coronarle con la aureola de la beatitud y a entregarle la palma del martirio. Una expresión inefable inunda su rostro; una dulce e indescriptible sonrisa se dibuja en sus labios, y sus ojos se cierran para no abrirse jamás. ¡Casimiro ha muerto y su alma ha volado al celeste empíreo, donde le estaba aguardando el Señor satisfecho de sus obras en la tierra!

Eran las cuatro y media de la tarde. En aquel momento pasaban por la calle el cadáver de la señora viuda de Soler que pocos dias antes le habìa dicho aquellas palabras:

—«Nosotros pronto nos veremos en el cielo.»

Pocas horas después, se constituyó en la misma casa mortuoria una Junta dispuesta de individuos del Clero y de todas las clases de la sociedad, para organizar los funerales y atender a cuanto pudiese ocurrir por el momento. Junta que, después de haber atendido

con celo y acierto a su inmediato objeto, se ocupó en arbitrar recursos para levantar en su día un panteón a Casimiro Barello, y se componía de los señores siguientes: D. Matías Tort, Cura de Santa María, D. Francisco Navarro, Cura de San Mauro, D. Ramón Jordá, Vicario de Santa María, D. Eduardo Cantó, Vicario de San Mauro, D. Miguel Vilaplana, Vicario del Santo Sepulcro, D. Francisco Tormo, D. Antonio Tormo, D. Tomás Pérez, D. Miguel Payá, D. Francisco Miralles, D. Francisco Pastor Boronat, D. Francisco Monblanch, D. José Valero, D. Rafael Casasempere y D. Eugenio Llopis. La cantidad recogida fué entregada a los señores párrocos, como más abajo se verá.

Por la noche a las once, en vista de la ansiedad pública por ver el cadáver, fué este trasladado en una caja con cubierta de cristal a la iglesia de San Jorge, en donde permaneció hasta el martes siguiente, en que se verificó el entierro.

Vióse dicha iglesia invadida durante este tiempo por un público numeroso, que se atropellaba por ver el cadaver, habiendo necesidad de colocarse, desde las primeras horas, guardias municipales para evitar conflictos.

Para demostrar la conmoción en que el penitente puso al pueblo, sin él buscarlo, pues huía de todo lo que fuera alarde de vanidad, basta decir, que las posadas y hospederías todas de la ciudad, no podían contener el sinnúmero de forasteros que de Játiva, Albaida, Co-

centaina y aún de Valencia venian para asistir a su entierro.

Entierro de Casimiro

Este tuvo lugar el martes once a las nueve de la mañana. He aquí los términos con que lo describía un periódico de la localidad: Mucho antes de la hora del entierro, reinaba extraordinaria conmoción en toda la ciudad y especialmente en las calles por donde había de transitar el entierro, reinando en la plaza de San Jorge y calles adyacentes estrepitosa confusión. El acompañamtento se componía en primer lugar de los asilados de las Hermanitas de los Pobres y Casa de Beneficencia, seguía la orquesta de la música Novísima ejecutando los cánticos de costumbre en los entierros, seguían los religiosos franciscanos de Cocentaina, varios sacerdotes de la misma Villa, los sacerdotes asistentes a la iglesia de San Agustín, los Cleros de San Mauro y de Santa María, con dos señores Curas Párrocos de Játiva, siendo llevado a continuación el féretro por religiosos legos de dicho convento, cerrando la comitiva los asistentes al duelo que lo componian D. José Valero, D. Teodoro Minguet, de Valencia, que había hospedado al peregrino en su casa y D. Santiago Martinez, que hizo lo propio durante su permanencia en Játiva.

Llegada la procesión a Santa María por las calles de San Blas y Mayor, y cantadas las

preces de rúbrica se continuó la marcha hasta el cementerio guardando el mismo orden y a los acordes de la orquesta que cantaba el *Benedictus* alternando con el Clero. El aspecto que presentaba la plaza de San Agustin y calle de San Nicolás, no podía ser más imponente. Un concurso numerosísimo presenciaba el desfile guardando respetuoso silencio y manifestándose vivamente impresionado por la solemnidad del acto; los balcones del tránsito aparecian atestados de gente, ofreciendo este conjunto de cosas un golpe de vista grandioso y deslumbrador, que no podía menos de conmover los corazones y de hacer derramar lágrimas de ternura.

«Hubiérase dicho, escribia ante este imponente espectáculo un respetable amigo, que el Dios de la Eucaristía de quien fué adorador heróico el ejemplar Casimiro, despojándose de sus propios honores, queria honrar con ellos a su fidelísimo siervo; porque aquello más bien que entierro era la procesión solemnísima del Corpus atravesando el inmenso gentío que la presencia en Valencia o en Sevilla. El corazón ébrio de emoción en presencia de tal espectáculo, y presa a la vez de encontrados sentimientos, no sabia a cual dar la preferencia, si al pesar por la muerte de Casimiro, o al gozo por esta su glorificación en la tierra, y los labios, vacilantes, no sabian si ofrecerle un sufragio o elevarle una plegaria.»

«¿Qué príncipe o potentado de la tierra hu-

biera atraido a su entierro en Alcoy la prodigiosa muchedumbre que reunió el mendigo Casimiro? ¡Qué espectáculo en pleno siglo diez y nueve, idólatra del dinero, del goce y del egoismo, el de la ovación de Alcoy al mártir de la pobreza, de la penitencia y de la caridad!»

Terminada la fúnebre ceremonia en el cementerio, regresaron los cleros, religiosos y el inmenso acompañamiento a la iglesia parroquial de Santa María; el altar mayor estaba severamente decorado y en el centro del crucero se levantaba un magestuoso catafalco. Se cantó a grande orquesta la inspirada misa de nuestro paisano Jordá, cuyas sublimes notas, especialmente en algunas estrofas del *Diez iræ*, resonando en las bóvedas del grandioso templo, trasportaban al recogido auditorio que llenaba sus naves a las mansiones de la gloria a contemplar el alma del dichoso Casimiro.

Creo un deber consignar, que los Reverendos Cleros renunciaron generosamente a los derechos parroquiales que les correspondían, y que también fueron gratis, por propia voluntad de los interesados los servicios de la orquesta, cera, túmulo, etc.

Exposición del cadáver de Casimiro en el cementerio, y su inhumación.

Desde las once de la mañana del martes 11 de marzo, hasta las once del viernes siguiente, estuvo expuesto en el cementerio el

cadáver de Casimiro. Uno de los días anteriores se trató de darle sepultura; pero la autoridad superior civil de la provincia dispuso que mientras el cadáver no ofreciera señales evidentes de descomposición, se dejase al público satisfacer su curiosidad y dar rienda suelta a su entusiasmo.

Imposible es enumerar el sin fin de visitas que durante dichos dias recibió el inanimado cuerpo del Penitente, ni es fácil detallar los pueblos, que, algunos en masa, acudieron atraidos por la fama de las virtudes del difunto y de los portentos que se decía obraba. Dias hubo en que, no bastando las fondas, posadas y hospederias a contener los forasteros, éstos se desparramaban por las calles, guareciéndose por las noches en el umbral de las puertas de las casas. El aspecto de animación de la ciudad era superior al de las grandes fiestas; y en los caminos, los carruajes de todas clases que trasportaban nuevos visitantes desde próximas y lejanas poblaciones, formaban verdaderos convoyes. Y no eran solo de los pueblos donde habia estado Casimiro de donde venían, sino que también de los lugares a los que solo habia alcanzado la fama de su nombre y de sus hechos, concurrian gentes en tan gran número, que pueblo hubo, como el de Onil, del que salieron más de cuarenta carros cargados de personas que deseaban contemplar el cuerpo del difunto.

Fué tan en aumento el afán de la muche-

dumbre, qne las autoridades, tanto eclesiástica como civil, llegaron a temer una alteración del orden público; y habiendo dispuesto que se limitase la entrada y aún que se impidiese en absoluto, esto dió lugar a que se formaran grupos pidiendo la revocación de la orden, pasando comisiones de distinguidas señoras y de caballeros de elevada posición a suplicar al Alcalde levantara la prohibición y continuara permitiendo la visita por ser muchos los que después de penosas marchas y venidos de lejanos sitios no podían resignarse a regresar a sus casas sin ver realizado el objeto de sus afanes.

Las autoridades, en vista de esto y después de consultar con el Gobernador de la provincia, dispusieron se depositara el féretro en el panteón de la familia de Ridaura, cuya puerta cierra una verja que permite la vista del interior, y allí estuviera a la pública espectación, hasta que una comisión de médicos nombrada al efecto, declarase la necesidad del sepelio, el cual se efectuó el viernes 14 a las once, en vista de haberse presentado algunos ligeros sintomas de descomposición cadavérica. Los médicos juzgaron que aun cuando podía sostenerse el cadáver sin enterrar, era conveniente ya su inhumación.

Entonces fué colocado el cuerpo de Casimiro en una caja de zinc, la cual, después de cuidadosamente soldada, fué puesta dentro del ataud anteriormente descrito, y éste cerrado

con llave de que se incautó el señor Valero. Hecho ésto, fué la fúnebre caja depositada en un nicho con antelación dispuesto, y adquirido al efecto en propiedad por dicho señor Valero.

Al acto estuvieron presentes las autoridades eclesiásticas y civil, la comisión de facultativos mencionada, los señores Valero y Minguet y otras personas de representación, habiendo levantado acta testimoniada, que firmaron todos los presentes, el Notario D. Francisco de Paula Momblanch.

Aún cuando no era ya posible ver el cuerpo de Casimiro, no por eso cesó la afluencia de gentes de todas partes y las visitas a su tumba. Se conservó vivo su recuerdo, la admiración y el entusiasmo que despertara el peregrino; entusiasmo que se sintió igualmente en las poblaciones de Italia donde se habían conocido y admirado sus virtudes, muy especialmente en Cavagnolo, en donde se le dedicaron solemnes funerales, a los que asistió el vecindario en masa. Muy bien pudo decir un admirador entusiasta de Casimiro: «Casimiro ha pasado a los dominios de la historia; su edificante figura ha desaparecido ya de entre nosotros, pero su espíritu sigue subyugando los corazones, su dulce recuerdo se impone a todas las almas con una fuerza avasalladora, ocupando todos los pensamientos y conversaciones. En todas partes se habla del penitente con interés, y cuanto a él se refiere despierta el más general entusiasmo.»

Comunicación al Exmo. Prelado

Con fecha 16 de marzo de 1884 comunican los señores Curas de la ciudad de Alcoy al Exmo. Prelado, los hechos más culminantes sobre la estancia y muerte de Casimiro en esta ciudad, que resumen en términos tan elocuentes como sencillos, el cuadro de las últimas glorias de Casimiro en la tierra. He aquí la comunicación;

«Un deber imperioso nos obliga a poner en conocimiento de V. E. un acontecimiento que en un principio la prudencia nos vedaba darle importancia, y que los sucesos posteriores han venido a prestarle proporciones jigantescas y de grandísima resonancia en esta comarca y las limítrofes y hasta lejanas.

Es la muerte del joven penitente piamontés Casimiro Barello. Llegó a esta el 23 de febrero al oscurecer, y en los tres dias siguientes en los que se celebraba en la parroquia de Santa Maria el jubileo de las Cuarenta Horas, Casimiro se postraba ante Jesús Sacramentado y permanecía en la misma reverente actitud todo el tiempo que el Señor estaba expuesto, que era desde las cinco y media de la mañana hasta las oraciones de la noche. Alcoy tuvo ocasión de ver el fervor y la extraordinaria resistencia de aquella naturaleza debilitada por los continuos ayunos y rigurosa abstinencia. Agobiado por maceraciones anteriores tal vez,

fué atacado de violenta enfermedad que los facultativos calificaron de fiebre tifoidea, y después de recibir con unción y piedad extraordinaria los santos sacramentos, falleció a las cuatro y media de la tarde del domingo 9 de marzo.

El martes a las nueve se celebraron los funerales en la iglesia de Santa Maria y como si hubieran sido llamados por cita misteriosa, Alcoy se vió invadido por millares de forasteros, que procedentes de Játiva, Albaida, Pego y sus distritos, anhelaban contemplar por última vez el cadáver de aquel humilde penitente. Por no presentar sintomas de descomposición y con la anuencia del Gobernador, el cadáver ha permanecido expuesto hasta ayer en que se le dió sepultura, siendo durante estos cinco dias objeto del respeto y veneración de toda esta ciudad y de inmensas muchedumbres que a porfia se disputaban la dicha de penetrar eu el cementerio.

La fe y el entusiasmo religioso ha rayado en el delirio. Alcoy se ha conmovido de una manera extraordinaria, sin que en esta continuada y siempre numerosa romería se haya proferido ni una palabra de desdén o desprecio ni haya habido la más insignificante profanación.

La fe de tanta multitud de gentes, que parece obedecían a una fuerza misteriosa, ha logrado enseñorearse hasta de aquellos mismos que han militado hasta ahora en las filas de la incredulidad e indiferencia religiosa.

Se cuentan hechos prodigiosos acaecidos a la presencia del cadáver: curaciones sorprendentes que con entusiasmo religioso alimentan las conversaciones de todas las gentes aún las menos piadosas. El clero ha permanecido durante este tiempo prudente y silencioso, sin que en su actitud haya podido leer esta ciudad ni que ha favorecido, ni se ha opuesto a ese entusiasmo tan expontáneo como religioso.

Si V. E. I. en su elevado criterio y alta penetración cree prudente el esclarecimiento de estos hechos, por si resultan ciertos o verídicos, o que ampliemos más las sucintas noticias que arriba exponemos, fieles a nuestra misión y súbditos obedientísimos, acataremos las disposiciones de nuestro Excelentísimo Prelado.

Dios guarde a V. E. etc.»

Sumaria información

En primeros de abril del mismo año, se recibió orden del Exmo. Prelado para abrir amplia información sobre la vida, virtudes y milagros del siervo de Dios; siendo nombrados, al efecto, jueces comisionados los reverendos señores D. Matías Tort, Cura ecónomo de Santa María y D. Francisco Navarro Cura de San Mauro de la ciudad de Alcoy; en cuya sumaria información declararon gran número de personas de condiciones y estados distintos, muchas de ellas de ilustración reconocida y acreditada por medio de honrosos títulos académicos, la

que fue elevada a la superior autoridad diocesana en julio de 1884. Dicho proceso se guarda en el Archivo de la Curia Arzobispal de Valencia, junto con otro que también se mandó abrir en la ciudad de Játiva, en el departamento «Beatificaciones y Canonizaciones» letras R. a. legajo 52, número 6; pero sin fallo todavía del Prelado. Solo falta un poderoso impulso que active la marcha del proceso y su elevación a la Santa Sede, pues como habrá podido deducir el lector de lo que se lleva publicado sobre el insigne penitente, ¿qué hicieron los verdaderos santos que no lo haya hecho Casimiro?

Como se ha visto en la información elevada por los Rdos. Señores Curas de Alcoy, a la superior autoridad diocesana, dicen: «Se cuentan hechos prodigiosos acaecidos a la presencia del cadáver.» Y aún hoy dia son muchas las gracias, que sería prolijo enumerar, que los devotos de Casimiro atribuyen a su intercesión; algunas de estas se consideran como milagros, aún cuando el depurarlas y definirlas pertenece a la Santa Iglesia, cuya infalibilidad, como dije al principio de la obra, acato como su más sumiso y humilde hijo.

Respetables testimonios

Ilustrados y reverendos señores que estudiaron con interés a Cásimiro y le trataron con intimidad, admiraron su virtud, y calificaron de

heróica su vida penitente. Un venerable prelado, maravillado de su extraordinaria penitencia, decía, a raiz de su muerte: «Si a ese hombre se le ha impuesto tal penitencia, tan grandes y horrendos crímenes deben pesar sobre su conciencia, como grandes y sublimes son los méritos que hace para aplacar la Justicia Divina y que harán se convierta en glorioso galardón el merecido castigo; mas si voluntariamente emprendió la vida ejemplarisima que llevaba, deben ser sus merecimientos tantos y de tal magnitud, que es muy pobre la inteligencia humana para llegar siquiera a comprender el premio a que se está haciendo acreedor».

Y el Exmo. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia, al recibir la noticia de la muerte de Casimiro, dijo: «Puedo asegurar que nuestro admirado peregrino ha sido un prodigio de la Divina Providencia, que fué enviado para que obrase un gran bien a nuestro pueblo. El Nuncio Apostólico me afirmó que la presencia de este bendito peregrino por todas las ciudades y paises por donde ha pasado, ha causado piadoso efecto, y producido más abundante fruto a las almas, que todas las misiones que se han hecho en España en mucho tiempo; y que si fuera preciso está pronto a demostrar la certeza de esta verdad.»

Oración para pedir la beatificación de Casimiro.

Para impetrar del Señor la gracia de ver elevado al honor de los altares a nuestro querido Casimiro, el Exmo. Sr. Arzobispo de Valencia, en fecha 11 de febrero de 1928, se dignó aprobar la siguiente ORACION, compuesta por el autor de esta biografía:

Padre amabilísimo, en nombre de Jesucristo tu Hijo, ante cuya presencia, bajo el Augusto Sacramento del Altar, encontraba sus delicias tu enamorado siervo el penitente Casimiro Barello, dispensándole gracias innumerables, humildemente postrados te pedimos nos consueles con la gracia de venerarlo en los altares, para que nos sirvan de aliento sus heróicas virtudes en el camino de la santidad, y por su intercesión podamos conseguir las gracias que necesitamos para Tu gloria y acrecentamiento del amor hacia el Augusto Sacramento de la Eucaristía.—Amén.

Padre nuestro.....

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

Traslado de los restos mortales de Casimiro.

Por iniciativa de la señora en cuya casa se hospedó y murió el penitente Casimiro Barello,

la Junta de fiestas de San Jorge, deseando honrar la memoria de dicho penitente, solicitó del Exmo. Prelado, por mediación de su celoso presidente D. Anselmo Aracil Jordá, la competente autorización para trasladar los restos del expresado penitente desde el antiguo Cementerio general a la capilla de San Jorge. Instruido el oportuno expediente, fue concedida por decreto de nuestro Exmo. Prelado de 20 de junio de 1894 la autorización solicitada. En su consecuencia, el mismo D. Anselmo Aracil pidió, no solo al Gobierno civil de la provincia, si que también al Exmo. Ministro de la Gobernación el competente permiso, que fue concedido por el primero en 27 de junio, y por Real Orden de 4 de julio del mismo año, comunicada por el mismo.

Cumplidos los requisitos y formalidades que quedan expresados, se procedió a la exhumación, traslado y enterramiento de los restos mortales del penitente Casimiro Barello, a cuyo efecto el día 5 de octubre del expresado año 1894, se constituyeron en el Cementerio antiguo los señores Curas de Santa María y San Mauro, Doctores D. Vicente Mira y D. Francisco Navarro, el Presidente del Ayuntamiento D. Severo Pascual Sarañana, con los tenientes de Alcalde D. Antonio Moltó Rico, D. Tomás Pérez. D. Enrique Quintana, D. Julio Puig Pérez, concejal y el secretario D. Arturo Reig; D. Anselmo Aracil Jordá, presidente de la Asociación de San Jorge, D. José Cort Merita, ingeniero

municipal, D. José Valero Muñoz, que hospedó en su casa al penitente, con su hijo Angel Casimiro Valero Vicedo, ahijado del siervo de Dios en el Santo Bautismo, y algunos señores más: y siendo las cuatro y media de la tarde, se verificó la exhumación de los restos del penitente, que acto continuo, y sin pompa alguna, como estaba prevenido por la autoridad superior eclesiástica, fueron trasladados a la capilla de San Jorge, y enterrados a las cinco y quince minutos de la misma tarde en una fosa abierta, al efecto, en el suelo hacia la parte central de la iglesia, habiendo colocado en dicho lugar una sencilla losa de marmol con la inscripción: «Aquí yacen los restos mortales de Casimiro Barello R. I. P.» De dichos actos, y de la forma con que se habian llevado a efecto, se levantó acta por el Notario D. Enrique Oltra, de la cual se remitió copia al Emmo. Cardenal Arzobispo de la Diócesis.

Con motivo de la reedificación de la referida iglesia de San Jorge, desviáronse los cimientos del nuevo templo de los que tuvo la derruida iglesia, y así quedó la sepultura de Casimiro hacia la parte de la epistola; no pudiendo alterarse el lugar de la misma, ni tocarse la lápida primitiva, quedaron intactas la sepultura y la lápida, enterradas bajo el nuevo pavimiento, pero hízose nueva lápida con inscripción latina, colocada en el centro de la actual iglesia. La distancia que media entre la sepultura del penitente y la antedicha nueva lápida, es la

siguiente: del centro de la repetida lápida al centro también de la sepultura, un metro y setenta y siete centímetros, con dirección al lado de la epístola; y desde el centro de la sepultura a la primera grada del presbiterio dos metros y cinco centímetros.

En fecha 6 de diciembre de 1894, expusieron los Rvdos. Señores Curas de esta ciudad al Exmo. Prelado, que siendo depositarios de las limosnas que se recaudaron a raiz de la muerte del Penitente, con el fin de construirle un panteón, cuyo proyecto, con el enterramiento de sus venerables restos en la iglesia de San Jorge quedaba irrealizable, o, por lo menos, en suspenso por un tiempo indefinido, se hallaban perplejos e indecisos acerca de la aplicación que podia darse a la cantidad recaudada, que ascendía a 2.200 pesetas, y le suplicaban confirmara y sancionara la determinación que habían de tomar. A lo que contestó el Exmo. Prelado en fecha 4 de marzo de 1895, que se anunciara, para que llegara a conocimiento de los donantes, que no teniendo aplicación los fondos recaudados para el fin que se propuso, podían recojer las cantidades con que contribuyeron.

Honras fúnebres

Todos los años, en dicha iglesia, el 9 de marzo, aniversario de la preciosa muerte de Casimiro Barello, ha venido celebrándose, sin

interrupción, la Misa que sufraga la familia de Valero; y en el año 1909, Alcoy celebró con gran pompa el XXV aniversario de la muerte del siervo de Dios.

Las honras fúnebres que se realizaron en Alcoy en honor del penitente, resultaron lucidísimas, en los dias 7, 8 y 9 de marzo. En primer lugar deben mencionarse las sufragadas por la Reverenda Comunidad de hermanitas de los ancianos desamparados, en cuyo Asilo se albergó unos dias Casimiro, y por las Cofradias de la Purisima y de Ntra. Sra. del Carmen, en las que figura, como asociado, su nombre.

Presidieron estos actos, venidos exprofeso de Cavagnolo, pueblo natal de Casimiro, el Rvdo. D. Juan Buzio, Arcipreste de dicha población. D. Domingo Morello, tío materno del penitente y su ahijado en el Santo Bautismo D. Casimiro Valero Vicedo.

El día 9 a las nueve y media se celebró con un gentío inmenso, el solemne aniversario en la Parroquia de Santa María, con asistencia de los Reverendos Cleros, autoridades' Junta organizadora y comisiones invitadas. La iglesia estaba severamente enlutada. Ofició Monseñor Juan Buzio, y pronunció la oración fúnebre el Rvdo. P. Juan M.ª Solá S. J. que se editó en la tipografía «La Buena Prensa.»

Organizada la comitiva, al terminar la oración fúnebre, se trasladó la concurrencia a la iglesia de San Jorge, en donde sobre la tumba de Casimiro se cantó un responso, y luego a la

calle de Polavieja, casa número cinco, en la que el señor Morello dejó al descubierto la lápida conmemorativa, en la que se leía: «En esta casa murió el penitente Casimiro Barello Morello el día 9 de marzo de 1884. Alcoy le dedica este recuerdo en el XXV aniversario de su muerte.» Esta lápida se quitó al reedificarse la casa.

En la Casa de Beneficencia se sirvió a los pobres una comida de más de 300 cubiertos.

Por la noche celebrose en el Círculo Católico una solemne velada literaria-musical en honor del piadoso piamontés, que resultó un verdadero acontecimiento, y en las noches 7, 8 y 9 Alcoy presenció espléndidas iluminaciones.

Mil plácemes merecieron los organizadores de estas fiestas en honor de Casimiro Barello, entre los que merece especial mención, por haber sido el iniciador y el alma, el ilustrado y celoso sacerdote D. Rafael Monllor Casasempere. Fueron, en suma, estas fiestas, un triunfo para sus organizadores y para Alcoy en masa, de las que guarda, todavía, grato recuerdo.

Conclusión

Grandes han sido los beneficios con que ha colmado el Señor a nuestro pueblo, mirándole con ojos de misericordia. Lo dicen elocuentemente la aparición de San Jorge en el siglo XIII; el hallazgo milagroso de Jesús Sacramentado en el XVI; la aparición de la imagen de

Maria Inmaculada envuelta en lirios en la Fuente Roja en el XVII; y por fin la providencial estancia y muerte en nuestra ciudad del gran Casimiro Barello; como cantó en verso un enamorado de las glorías de nuestra ciudad: Pueblo dichoso que un dia—al Sacramento encontraste,—y en tus muros adoraste—do San Jorge aparecía.—¡Oh! nada temas, confía,—y huella el genio del mal,—que yo tu fe sin rival —comprendo y más cuando miro—la tumba de Casimiro—y el Lirio del Carrascal.

Prodigioso efecto y abundante fruto produjo a las almas en nuestra ciudad la providencial estancia y muerte de Casimiro, pues al calor que irradió aquel volcán de amor eucarístico, se multiplicaron los fieles de tal manera, que hicieron gloriosa la ciudad de Alcoy. Díganlo sinó las obras de celo que se desarrollaron aquel mismo año de la muerte de Casimiro.

Unos jóvenes obreros, mirando por la educación de la juventud, el 25 de mayo fundan el Patronato de la Juventud Obrera, cuna en Alcoy de la gran obra del Beato Bosco, compatricio de Casimiro. El 8 de junio, al grito de ¡a la Fuente Roja! se organiza aquella imponente romería de más de cinco mil almas al santuario del Carrascal, para construir una nueva y más capaz iglesia a la Inmaculada, cuyos más célebres santuarios visitó nuestro Casimiro. El 15 de octubre, los que aprendieron de Casimiro, cómo se adora a Jesús en el sacramento del amor, establecen la Asociación

de la vela nocturna. En las Cuarenta Horas del Carnaval siguiente a la muerte de Casimiro, se celebró por vez primera, y ha continuado celebrándose sin interrupción en nuestro primer templo parroquial, el Laus Perennis al Santísimo Sacramento. Y ¿quién duda, como decía un respetable y reverendo alcoyano, de la influencia del espiritu de Casimiro, en la desaparición de nuestra ciudad de la logia masónica y capilla protestante, sostenidas desde el momento álgido de la revolución de septiembre, y conversión de su Pastor?

Sabemos cuanto pueden para con Dios las almas justas; cuan fácilmente pueden sus méritos y virtudes inclinar en favor de los pecadores la balanza de las infinitas misericordias, y por esto no dudamos que Alcoy tiene allá en el cielo a Casimiro, protector benéfico, y hermano cariñoso que puede recompensarle con largueza los testimonios de verdadero cariño y de respeto santo que le cupo la dicha de tributarle durante los últimos dias de su vida penitente.

ÍNDICE

	Páginas
Cap. I.—Infancia y primeros años de Casimiro.	7
II.—Primer viaje de Casimiro a España y servicio militar	12
III.—Cartas de Casimiro	17
IV.—Segundo viaje de Casimiro a España	29
V.—Regresa Casimiro a Italia y peregrina por esta nación . . .	47
VI.—Casimiro en Cavagnolo hasta su llegada a España	69
VII.—Tercer viaje de Casimiro a España	78
VIII.—Casimiro en Játiva	100
IX.—Paso de Casimiro por varios pueblos, hasta su llegada a Alcoy.	128
X.—Casimiro en Alcoy y su enfermedad	140
XI.—Muerte de Casimiro y honras póstumas	166